



EL MITO COMO FACTOR DE IDENTIDAD

De La Araucana de Alonso de
Ercilla al Pastiche Mural

ABSTRACT

Este trabajo aborda un tema centrado en la época de la conquista de Chile, pero cuyas repercusiones alcanzan hasta nuestros días, de manera tal que lo que en el origen fue un poema —cuestión estrictamente literaria, regida por convenciones y formas propias— fue influyendo primero en la construcción histórica del entonces Reino de Chile, hasta sacralizarse en el perfil de nuestra identidad nacional como República. En consecuencia, este ensayo plantea que un mito, como el de La Araucana, se encuentra en la raíz del que probablemente sea otro mito, el de la identidad nacional.

SERGIO A. ROSALES GUERRERO
MAGÍSTER EN HISTORIA MILITAR Y PENSAMIENTO
ESTRATÉGICO (ACAGUE)

*El Mito Como Factor de Identidad.
De La Araucana de Alonso de Ercilla al Pastiche Mural
Por Sergio A. Rosales Guerrero*

El gran enemigo de la verdad es, a menudo, no la mentira —deliberada, artificial y deshonesta— sino el mito —persuasivo, persistente y engañoso. Demasiado a menudo nos aferramos a los clichés de nuestros antepasados. Sometemos todos los hechos a un conjunto prefabricado de interpretaciones. Disfrutamos de la comodidad de la opinión sin la incomodidad del pensamiento.

—John F. Kennedy.

El mito es mucho más importante y verdadero que la historia.

—Joseph Campbell.

Nunca ha habido nacionalidad sin falsedad.

—Felipe Fernández-Armesto.

*El Mito Como Factor de Identidad.
De La Araucana de Alonso de Ercilla al Pastiche Mural
Por Sergio A. Rosales Guerrero*

Dedico este trabajo a mi amigo, Pablo Rodríguez Márquez.

AGRADECIMIENTOS

Deseo agradecer a la Academia de Historia Militar por haber hecho posible esta investigación, en particular al profesor Julio Retamal Ávila quien, desde el comienzo, se mostró entusiasmado por la idea. Asimismo, deseo agradecer a Eduardo Arriagada Aljaro, quien me prestó su apoyo, su consejo y su tiempo; al historiador estadounidense William Sater, de quien – tanto de él mismo como de la lectura de sus obras – aprendí que la desmitificación no es sinónimo de falta de amor a la patria sino lo opuesto de ello; al historiador chileno Sergio Villalobos, a quien no conozco, pero que representa para mí la mejor descripción de lo que puede ser el despliegue del oficio intelectual aplicado a la historia; a mis hijos, que poco a poco han aprendido que la duda puede ser un instrumento de la práctica de la virtud; a mi esposa, que no solo es mi primera lectora y crítica, sino el impulso mismo que demanda la escritura; y dejo para el final a mi amigo Pablo Rodríguez, privado actualmente de libertad, pero cuyo espíritu vuela más allá de los muros que encierran su existencia material; largas conversaciones desmitificadoras nos marcaron a los dos de maneras un tanto diferentes – lo importante, sin embargo, ha decantado en un ensayo como este, y por eso se lo dedico con todo mi aprecio y admiración.

INTRODUCCIÓN

La Academia de Historia Militar, en su afán por estudiar y comprender la historia militar de Chile, financia la posibilidad de realizar un estudio que sirva a ese fin. Este trabajo es, precisamente, fruto de esa posibilidad y aborda un tema centrado en la época de la conquista de Chile, pero cuyas repercusiones alcanzan hasta nuestros días, de manera tal que lo que en el origen fue un poema –cuestión estrictamente literaria, regida por convenciones y formas propias– fue influyendo primero en la construcción histórica del entonces Reino de Chile, hasta sacralizarse en el perfil de nuestra identidad nacional como República. En consecuencia, este ensayo plantea que un mito, como el de *La Araucana*, se encuentra en la raíz del que probablemente sea otro mito, el de la identidad nacional.

Para abordar el problema, las páginas siguientes contienen aproximaciones al tema de la identidad desde distintas perspectivas, filosófica, psicológica e histórica, sin otra pretensión que la de valerse de ellas para observar, a través de cada una de esas lentes, el fenómeno. Me atrevería a decir que he tomado en préstamo algunos de los conceptos e ideas que las informan, pues sin ellos no hubiese sido posible alcanzar algunas de las conclusiones a las que he llegado y que se entregan en el último capítulo del trabajo.

En este contexto, y en el prólogo al lector de su *Histórica Relación del Reino de Chile*, el padre Alonso de Ovalle nos advertía sobre cinco cosas que se debían tener presentes durante la lectura de su libro. La primera de estas advertencias decía que se había ajustado a la verdad sin apartarse de ella y que “lo demás que he oído o leído

en los autores lo refiero así mismo, como lo he entendido, sin añadir ni quitar nada a su verdad.” Esta misma convicción es la que he procurado mantener a lo largo de todo el ensayo, algo que el lector, espero, sepa tener en cuenta a la hora de emitir un juicio sobre él.

 Mi segunda advertencia tiene que ver con el contenido: este no es un libro sobre *La Araucana* o sobre Ercilla o sobre la conquista de Chile. Es un libro acerca de todos estos temas, pero centrado fundamentalmente en el fenómeno de la identidad, especialmente en el modo en que ella se construye y lo sorprendente que resulta el hecho de comprender lo enmarañada que puede llegar a ser. La identidad no es una singularidad sino una pluralidad, tal como el yo no es sino una construcción de nuestra mente que nos hace creer que hay alguien adentro de ella que se llama y hasta luce como nosotros.

 Mi tercera advertencia es acerca de las fuentes. El historiador Álvaro Jara decía en el prólogo a su admirable *Guerra y sociedad en Chile*, que el trabajo del historiador debe transcurrir en los archivos, algo con lo que estoy de acuerdo. Sin embargo, este trabajo se basa casi exclusivamente en fuentes de carácter secundario, de allí que antes que de estudio histórico prefiera hablar de ensayo, especie de animal literario bastante más libre y abierto que el del estudio histórico, pero en ningún caso inferior. Después de todo, y más allá de toda discusión, ambos acabarán siendo fuentes para los historiadores del futuro.

 Mi cuarta advertencia tiene que ver con el lector, a quien pido una lectura abierta y benevolente a la vez. El tema del mito como factor de identidad es tan amplio que no sería posible cubrirlo ni con veinte volúmenes, de allí que tenga también una tarea adicional que cumplir: la de poner en duda tanto mis proposiciones como sus propias objeciones. Después de todo, fue la duda la que me impulsó a realizar este trabajo y no espero, por tanto, que no vayan a surgir otras.

*El Mito Como Factor de Identidad.
De La Araucana de Alonso de Ercilla al Pastiche Mural
Por Sergio A. Rosales Guerrero*

Y, por último, advierto que mi afición por la historia solo queda superada por mi afición a la literatura. Es muy probable que el deleite por ciertos temas hubiese abarcado más espacio que el necesario, pero he tratado, hasta donde me ha sido posible, mantenerlo bajo control. Espero que el lector perdone este y otros desaciertos, ya sea que esté o no en desacuerdo conmigo.

Dejo aquí esta introducción, pues es al libro al que se debe dar paso, a eso y nada más hemos venido.

Concón, octubre de 2016.

CAPÍTULO I

EL MITO

“Si dices la verdad,” escribía Mark Twain, “no tendrás que recordar nada.” Y en el evangelio de Juan se lee que “La verdad os hará libres.” En el caso del primero se nos recuerda a la memoria en cierto modo hipotecada por la mentira. En el caso del segundo, la memoria queda implícita pues la verdad libera de la necesidad de tener que recordar (memorizar) la falsa estructura de causas y efectos que se propone como verdad. Casi veinte siglos separan al autor estadounidense del evangelista neotestamentario, pero no se ha avanzado mucho en materia de mentiras. Es tan difícil decirlas hoy como lo fue decirlas entonces. Y la dificultad no radica tanto en la invención de la mentira en sí, como en el ocultamiento de los hechos del pasado. Como las cosas suceden de una sola manera, el pasado carece de escondites, con lo cual la mentira pasa a formar como un abultamiento en la trama lisa del pasado, pues en el espacio de un hecho no caben dos. No es casualidad entonces que Edgar Allan Poe haya comenzado su relato *El enterrado vivo*, diciendo, “La relación de ciertos hechos, a pesar del interés vivísimo que inspiran, son a veces demasiado horribles para que sirvan de argumento a una obra literaria. Ningún novelista podría echar mano de ellos sin grave peligro de disgustar y hasta de hacer daño al lector. Para que puedan aceptarse asuntos semejantes, es preciso que se presenten con el severo traje

de la verdad histórica.”¹ Pero, ¿qué es el severo traje de la verdad histórica y por qué el célebre escritor estadounidense lo señala al comienzo del relato?

El severo traje de la verdad histórica es ni más ni menos que el recurso del método de investigación que sigue un historiador para estudiar un hecho del pasado. El método es un conjunto de pasos que se siguen para establecer el perfil completo de un hecho. En el caso de *El enterrado vivo*, estamos en presencia de un hecho que no es lo que leemos en la narración, lo relatado, sino el relato mismo que fue publicado en el *Philadelphia Dollar Newspaper*, en julio de 1944. Lo relatado no es cierto, pero la publicación sí que lo es. Separar lo real de lo ficticio es un acto que se presenta con el severo traje de la verdad histórica, esto es, clasificado, fechado, atribuido, etcétera. El mismo Poe se encargará de cargar de ropajes históricos el relato, presentando una serie de hechos que sí fueron históricos y que al presentarse unidos a la invención suya le asignan a esta un valor de verdad del que, de otro modo, carecería completamente. ¿Qué ha hecho Poe al plantear esta posibilidad y proyectarla así en su narración? Ha incorporado la ficción en la realidad, ha suavizado el abultamiento que un asunto sin cronología produce en el devenir histórico tras insertarse (si tal cosa fuese posible) a posteriori. Una variación interesante es la de otro escritor estadounidense, Nathaniel Hawthorne, que en sus *Historias dos veces contadas* sugiere, desde el título, que ellas ya sucedieron una vez o que al menos ya se contaron una vez, ocultando el hecho de que pudo inventarlas él mismo desde cero. Y es que la necesidad de inventar ejerce sobre el hombre un magnetismo sin remedio. Ulises, en *La Odisea*, pone cera en los oídos de sus hombres mientras ordena que él mismo sea atado al mástil de la embarcación que los traslada. Sabe que el canto de sirenas es más poderoso que cualquier voluntad, incluida la suya. ¿Quién puede resistir el influjo de aquel canto irresistible que atrae a los marinos hasta el punto de que ellos prefieren perderse en el intento antes que ignorarlo? Sin embargo, Ulises, el más astuto de los

¹ Tomado de Edgar Allan Poe; *Narraciones extraordinarias*; México, D.F.; Editorial Porrúa; 1997; p. 182.

hombres, no cubre sus oídos con cera, es demasiado sagaz para hacerlo. Al ordenar a sus hombres que taponen sus oídos, desconecta la computadora de su nave (diríamos hoy) para que mientras dure el paso por aquel lugar de perdición, ella no obedezca sus órdenes, por muy imperiosas o elocuentes que sean. Sin embargo, Ulises no se priva del placer mayor, aquel que le brindaba escuchar el canto, y por eso no taponaba sus oídos sino que solo ordena ser atado al mástil, pues en su fuero íntimo desea ardientemente oír.

LOS INGREDIENTES DEL MITO

Para ser verdadera, una mentira debe ser creíble. Antes que nada, es necesario que el mentiroso crea firmemente en su propia mentira. Los escritores viven sus mentiras de tal manera que incluso las llaman con otros nombres, mucho menos inexcusables como mitos, ficciones, fábulas, cuentos, asegurando de este modo que el rechazo natural que pudiera provocar la etiqueta verdadera (la de que se trata de una mentira) se abra paso a través de la desconfianza natural del lector.



Figura 1: Odiseo y las sirenas, obra de Herbert James Draper.²

² Tomado de Internet - Wikipedia; <https://goo.gl/nBI1uc>; acceso: 2/2/2016.

Una de las maneras de contrarrestar la desconfianza natural de las personas es apelar a la suspensión del juicio, algo que nuestros cerebros hacen de un modo igualmente natural. Es lo que sugiere uno de los personajes de la película *Divergent*: “Las mentiras requieren compromiso.”³ El lector, el espectador en este caso, se compromete a creer lo que le dicen, solo que esta vez se encuentra al tanto de que todo lo que ve es una farsa. Lo experimentará todo como si fuese cierto, el miedo, la ansiedad, la angustia, pero todas estas pasiones tendrán su origen, ciertamente, en una mentira. No era el caso de Ulises, que sabía que todo era cierto.

Pronto se caldeaba la cera, ya que la forzaba una fuerte presión de los rayos de Helios... A todos mis compañeros, uno tras otro, les taponé con la masa los oídos. Y ellos me ataron a su vez de pies y manos en la nave, erguido junto al mástil, y reforzaron las amarras de éste. Y sentados a los remos se pusieron a batir el mar espumoso con sus palas.

Pero cuando ya distábamos tanto como lo que alcanza un grito, en nuestro presuroso avance, a ellas no les pasó inadvertido que nuestra nave rauda pasaba cerca, y emitieron su sonoro canto...

Y mi corazón anhelaba escucharlas, y ordenaba a mis compañeros que me desataran haciendo gestos con mis cejas. Ellos se curvaban y bogaban. Pronto se pusieron en pie Perimedes y Euríloco y vinieron a sujetarme más firmemente con las sogas.⁴

Y lo que era cierto para Ulises era falso para el lector y así la verdad era mentira y por lo tanto la mentira era la verdad: ¿Fue Ulises verdaderamente seducido por el canto de las sirenas hasta el punto de ordenar a sus compañeros que lo desatasen? Sí. El poder de creer lo que vemos es superior a lo que pensamos, tanto así que podemos afirmar que “[lo] que creemos es lo que vemos,” hasta el punto de que “el realismo depende de la creencia.”⁵ Si lo creo, entonces es verdad.

³ *Divergent*; Dir. Neil Burger; EE.UU.; CA: Lionsgate; 2014.

⁴ Homero; *Odisea* – versión de Carlos García Gual; Madrid; Alianza Editorial; 2013; pp. 260-1.

⁵ Michael Shermer; *The believing brain: From spiritual Faiths to Political Convictions*; London; Constable & Robinson Ltd.; Kindle version; 2012; p. 26.

Crear mentiras es el costo que pagamos por la enorme capacidad que poseemos los humanos de imaginar cosas. La imaginación es una herramienta que sirve a un fin: sobrevivir. Pero tiene un costo: creemos ciertas cosas que no tienen cabida en la realidad. Más aún, toda vez que nuestro mecanismo de realidad basado en la creencia lo requiere, hallaremos razones para respaldar la creencia de que se trate.⁶ De hecho, la inteligencia no es un factor para creer menos o más. “Una vez que las personas se entregan a una creencia, los más inteligentes serán los mejores a la hora de racionalizar esas creencias.”⁷

En consecuencia, entre los ingredientes de cualquier creencia, el más importante de todos es nuestro propio cerebro, que tanto crea como cree en lo creado. Nuestro cerebro puede crear instancias que nadie más haya producido. No requiere de un narrador ni de otros agentes, como ruidos o luces. La capacidad que tenemos de asustarnos o aquejarnos a nosotros mismos con historias de fantasmas o de enfermedades es ejemplo de ello.

En la corteza de nuestro cerebro se ubica una red neuronal que los neurocientíficos denominan el intérprete del hemisferio derecho. Es, para decirlo de algún modo, el contador de historias que reconstruye eventos en una secuencia lógica y los teje de tal manera que adquieren el sentido de un relato. El proceso es especialmente potente cuando se trata de biografías o de autobiografías.⁸

El contador de historias que llevamos dentro no resiste los espacios en blanco. Le molestan las grietas y por lo tanto las rellena, no con brea sino con historias o microhistorias que él mismo añade para que el continuo de la realidad no aparezca, en fin, trizado. Se trata solo de un mecanismo que evolucionó para favorecernos como especie.

⁶ Michael Shermer; ob. cit., p. 32.

⁷ Michael Shermer; ob. cit.; p. 42.

⁸ Michael Shermer; p. 44.

El intérprete, último eslabón en la cadena informativa del cerebro, reconstruye los hechos cerebrales, y lo hace incurriendo en gruesos errores de percepción, de memoria y de juicio. La clave de cómo estamos hechos no es solo, entonces, esa maravillosa capacidad para ejecutar cometidos superiores, sino también las adulteraciones que se perpetran al reconstruir los sucesos. Toda biografía es mito. Toda autobiografía es irremediabilmente fabulatoria.⁹

Este párrafo, tomado de *El pasado de la mente* de Michael Gazzaniga, sintetiza algunos de los hallazgos más notables en la historia de las neurociencias. Aquel libro fue publicado en la década de 1990. Más tarde, en 2011, Gazzaniga publicó otro, en la misma línea, y que refrenda lo ya dicho hasta aquí. Creo que es interesante agregar un párrafo tomado de esta última publicación, en el que hace mención a su infancia en el desierto del sur de California y en el hecho de haberse librado de mordeduras de serpientes o caídas gracias a su agilidad para salvar peligros, algo que ciertamente no se debió únicamente a él, esto es, a su cerebro consciente, sino que a reacciones que su cerebro previno mucho antes de que él fuese consciente de haberlo hecho. Dice así:

Quando explicamos nuestras acciones, elaboramos un relato a partir de observaciones *post hoc* sin acceso al procesamiento inconsciente. Y, es más, el hemisferio izquierdo amaña un poco las cosas para que encajen en un relato lógico. Solo cuando los relatos se alejan demasiado de los hechos, el hemisferio derecho pisa el freno. Estas explicaciones se basan en los datos que recibe nuestra consciencia, pero la realidad es que las acciones y los sentimientos suceden antes de que seamos conscientes de ellos y, en su mayoría, son consecuencia de procesos inconscientes, que nunca intervendrán en las explicaciones. A decir verdad, atender a las explicaciones que da la gente acerca de sus acciones resulta interesante (y, en el caso de los políticos, divertido), pero a menudo es una pérdida de tiempo.¹⁰

La creencia penetra en nuestros sistemas de ideas porque nuestro cerebro lo permite, más que eso, lo crea, funciona así, y por lo tanto estamos sujetos al mito tanto como éste se encuentra sujeto a nosotros. Si un árbol cae en un bosque sin que haya una

⁹ Michael Gazzaniga; *El pasado de la mente*; Santiago de Chile; Andrés Bello; 1998; p. 20.

¹⁰ Michael Gazzaniga; *¿Quién manda aquí?*; Madrid; Paidós; 2012; pp. 101-2. (La cursiva es del autor.)

mente humana que lo note, el árbol igual ha caído. Pero sin una mente humana que lo relate, no hay manera de hacer que Ulises escuche a las sirenas. Las sirenas necesitan a Homero tanto como Ulises mismo desea escucharlas.

LA IRRESISTIBLE VOLUNTAD DE CREER

Tal como aquel personaje de la película *Divergent* que llamaba a comprometer a los espectadores, invocamos el compromiso de quienes nos oyen o ven cuando buscamos ser creídos y recordados, proyecciones estas de los dos pilares de la creencia, el mito y la memoria, que era lo que decíamos al comienzo de este capítulo. Al hacerlo, apelamos a la disposición de las personas a creer cosas y a creerlas tal como se las contamos. En los orígenes, la poesía se transmitía de manera oral. Para poder traspasar oralmente un texto tan largo como *La Ilíada* o *La Odisea* era imprescindible hacerlo de modo que los contenidos arraigaran en la memoria. Una de las formas era la de recordar, sencillamente, lo aprendido y para eso se podía recurrir a la repetición del fragmento de que se tratara, tantas veces como fuese necesario. Otra forma habría consistido en recurrir a reglas de recordación que facilitasen el rescate de lo aprendido. Es probable que sea este el origen de la poesía lírica. Sus ritmos, sus rimas, su métrica, no habrían tendido sino a este fin, el de ser recordadas exactamente iguales a como habían sido concebidas. El no hacerlo produciría una disonancia que acusaría en forma inmediata el error.

Y es precisamente un poeta al que se atribuye la fundación del recuerdo como método. Simónides de Ceos (c. 556 – 468) habría sido contratado por un tal Escopas, un millonario tesalio que le habría encargado al poeta que compusiera una oda a Cástor y Pólux, pero que luego de recibida se habría negado a pagar. Estando en casa del millonario, sentados a la mesa y celebrando un banquete con distintos invitados, Simónides recibe un aviso en que se le dice que dos jóvenes lo buscan y que le esperan afuera de la casa. Simónides sale y descubre que los jóvenes no están allí donde le

habían dicho, pero no solo eso: en ese preciso instante la casa se desploma con todos los comensales en el interior, que mueren aplastados bajo el peso de la construcción.

Ahora Simónides se hallaba ante un paisaje de cascotes y cuerpos sepultados. El aire, donde momentos antes se habían oído bulliciosas risotadas, estaba lleno de humo y silencio. Equipos de rescate comenzaron a excavar frenéticamente en las ruinas. Los cadáveres que sacaron de los escombros estaban completamente desfigurados. Nadie podía decir a ciencia cierta quién había estado allí. Una tragedia agravaba [a] la otra.

Entonces sucedió algo extraordinario que cambiaría para siempre la manera de pensar en la memoria. Simónides se aisló del caos que lo rodeaba y dio marcha atrás mentalmente en el tiempo... Simónides alcanzó a ver fugazmente a cada uno de los invitados en su sitio, cada cual a lo suyo, ajeno a la inminente catástrofe (...).

Simónides abrió los ojos, cogió de la mano a cada uno de los histéricos parientes y, caminando con cuidado por los escombros, los fue llevando, uno por uno, hasta el lugar que habían ocupado sus seres queridos.

Cuenta la leyenda que en ese instante nació el arte de la memoria.¹¹

Recordar es fundamental para comprender. Para los “escritores de la Antigüedad, una memoria ejercitada no significaba solo poder acceder fácilmente a la información, sino fortalecer la ética personal y ser una persona más completa. Una memoria ejercitada constituía la clave para cultivar ‘el criterio, la ciudadanía y la piedad.’”¹² Lo que no recordamos, no existe, no puede ser visto, conocido, analizado. Dependemos de nuestra memoria para funcionar. El problema es que de tanto repetir caemos en la trampa de la ilusión del saber. Es lo que dice Stephen Hawking cuando señala que el mayor enemigo del conocimiento no es la ignorancia, sino la ilusión de conocimiento.¹³ Pretender que sabemos porque recordamos es tan ilusorio como pretender que el Apolo 11 nunca llegó a la Luna porque nunca estuvimos ahí para

¹¹ Joshua Foer; *Los desafíos de la memoria*; Madrid; Paidós; 2012; pp. 9 y 10.

¹² Joshua Foer; p. 129.

¹³ Stephen Hawking; Internet – Goodreads; <https://goo.gl/Z0yb04>; acceso: 14/3/2016.

verlo. No es ilusorio recordar que el número atómico del hidrógeno es 1, pero sí lo es que Ulises hubiese escuchado a las sirenas por el hecho de que, aun atado al mástil, sus oídos iban libres de cera. Es aquí donde entra el historiador para hacer la diferencia. Aquí es donde cabe clasificar, señalar y separar lo ilusorio de lo real.

Sin embargo, no siempre hay una voluntad dispuesta a escuchar y a cambiar de parecer. La inclinación que sentimos porque las cosas sean como las vemos y no como nos las presentan es más fuerte que la razón que demuestra que estamos equivocados. En la figura siguiente, procure el lector indicar cuál es la diferencia de color entre los cuadrados señalados con una letra A y una letra B.

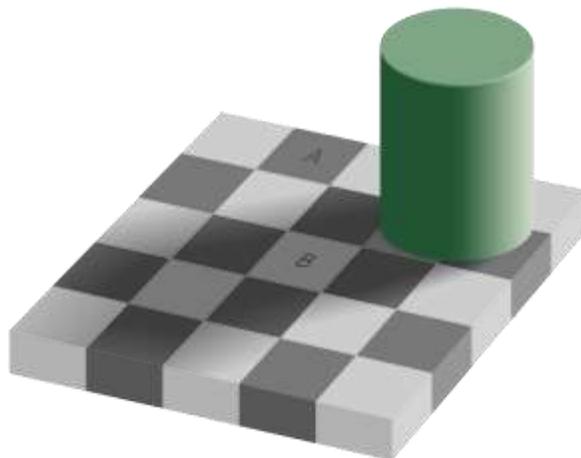


Figura 2: La ilusión del tablero de damas.¹⁴

Lo normal es ver lo que vemos todos: el cuadrado A es de color gris oscuro y el cuadrado B es de color gris claro. Pero todo eso no es más que una ilusión pues ambos cuadrados tienen exactamente el mismo color. Si le cuesta convencerse es porque sus sentidos han sido moldeados por la selección natural para hacerle creer que usted está en lo cierto, aunque esté equivocado. Y con razón.

¹⁴ Tomado de Internet – Wikipedia; <https://goo.gl/Ku4k4y>; acceso: 18/3/2016.

La selección natural favorece los procesos no conscientes. Lo rápido y lo automático son el secreto del éxito. Los procesamientos conscientes resultan caros: requieren no solo de mucho tiempo sino [de] mucha memoria. En cambio, los procesos inconscientes son rápidos y se rigen por normas. Las ilusiones ópticas son claros ejemplos de procesamiento inconsciente. Nuestro sistema visual recibe ciertas señales y automáticamente adapta las percepciones en consecuencia... Así pues, cuando ciertos estímulos engañan al sistema visual y construyen una ilusión, aunque sepamos que se trata de un engaño, la ilusión perdura. La parte del sistema visual que produce la ilusión permanece inmune a la corrección basada en el conocimiento consciente.¹⁵

Nuestro cerebro es un gran fabulador. Es un fabulador consumado que aparece en las costuras, justo donde es más difícil descubrirlo, pues no vemos costuras, vemos un continuo. Y si vemos un continuo es porque no hay costuras. ¿O sí?

EL HOMBRE QUE SE RESISTÍA A VER

El primer capítulo de *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* es tan bello como el último. Ambos capítulos juegan con la ilusión, no solo en el plano del personaje, como en *La Odisea*, sino que también en el del autor. No le bastó a Cervantes con hacer que su héroe se enfrascara tanto

en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.¹⁶

No le bastó con esto a Cervantes, por lo que a su debido tiempo tuvo que inventarse un autor para dar así mayor valor de autenticidad al relato. De este modo,

¹⁵ Michael Gazzaniga; *¿Quién manda aquí?*; p. 103.

¹⁶ Miguel de Cervantes; *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*; México, D.F.; UTEHA; 1961; p. 2.

en el capítulo IX de la Primera Parte nos dice que no cabe dudar de la verdad de lo referido, salvo por el hecho de

haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos; aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado. Y así me parece a mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio. Cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En ésta sé que se hallará de todo lo que se acertare a desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la traducción, comenzaba de esta manera.¹⁷

Y aquí Cervantes cede la voz al arábigo de marras, con lo cual entra en escena este relator que podrá parecernos, a ratos, algo fantasioso o mentiroso pero que es tan verdadero como el mismísimo Cervantes. Pero no todo acaba aquí, porque el narrador de la historia no es Cervantes mismo sino un narrador, alguien que cuenta la historia que cede a su vez el paso al mentado Cide Hamete Benengeli (el autor arábigo). Cervantes no nos dice que es Cervantes, aunque todos sabemos que él es todos ellos al mismo tiempo. Lo sabemos hoy pero no lo supieron entonces los que tuvieron ocasión de leerlo en la España de fines del siglo XVI y comienzos del XVII. ¿Por qué ocultaba Cervantes a Cervantes? Y si de verdad quería ocultarlo, ¿cuál era el propósito de hacer aparecer su nombre en la primera edición del libro? Y el propósito no puede ser más claro: valor de realidad, Cervantes quería hacer creer que el Quijote bien podría haber existido hasta el punto de inspirar crónicas y relatos. Quería que su creación viviera y la única manera de lograrlo era haciendo que sus lectores dudaran de la autoría. Si además algunos hechos debían tomarse como ciertos mientras que sobre otros cabía dudar, la semilla, podemos decir, quedaba sembrada en tierra fértil.

¹⁷ Miguel de Cervantes; p. 67.

Una de las mayores ironías de cualquier creación literaria es la de hacer creer a quienes leen que lo que se relata sucedió en la realidad. Que lo que se dice fue tal como se dice que fue. Es esta una de las ironías más bellas que quepa concebir, pues el Quijote pierde el juicio de tanto leer que es como decir que lo pierde de tanto creer que lo que leía era cierto. Y nosotros, que nos consideramos sanos, podemos llegar al extremo de pensar que el sujeto existió, pues el narrador nos dice que supo todo ello por un tal Cide Hamete Benengeli...

Y podemos creérnoslo sin más.

O dudar de parte a parte y decir que Cervantes tejió todo el asunto, que se lo inventó de principio a fin y que el narrador es el mismo Cervantes que es el mismo Cide Hamete Benengeli que escribió y no escribió la novela del ingenioso hidalgo.

Parecen trucos de espejos de los que siempre debemos estar advertidos. ¿Tendría eso en mente el apóstol Tomás cuando en el evangelio de Juan se pregunta por la veracidad de la muerte de Jesús?

Empero Tomás, uno de los doce, que se dice el Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino. Dijéronle, pues, los otros discípulos: Al Señor hemos visto. Y él les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré.¹⁸

Más adelante, el mismo Jesús le contesta: “Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron y creyeron.” No sabemos si Cervantes tendría en mente o no este pasaje, pero sí sabía que todos los que leen creen sin necesidad de ver, algo que debemos tener en mente cuando pensemos en Alonso de Ercilla y *La Araucana*. Ercilla fue coetáneo de Cervantes, aunque fuera catorce años mayor que este último –Ercilla había nacido en 1533 y Cervantes en 1547. Por su parte, es seguro es que el autor del Quijote no solo conocía al vate, conocía su obra y, al parecer, la admiraba, pues la

¹⁸ Evangelio de Juan; 20: 24 – 31; en Internet - Bible Gateway; <https://goo.gl/as5sNN>; acceso: 22/3/2016.

rescata de la hoguera que al final del capítulo sexto organizan el cura y el barbero para deshacerse de todas las perniciosas influencias que envenenaran la mente y confundieran el buen juicio del famoso hidalgo.

Salvado de la hoguera del Cervantes – Narrador, Ercilla salta a la inmortalidad por partida doble. Su obra vive por sí sola, pues se trata de una construcción épica que resiste todas las comparaciones (no por nada todavía se la lee y estudia, a la par que “*La Eneida* de Virgilio, *La Farsalia* de Lucano, el *Orlando* de Ariosto, *El Infierno* de Dante y la *Biblia*”¹⁹), con el aval de figuras como Cervantes y Voltaire, pese a que este último reprocha a Ercilla que su poema se componga de “treinta y seis cantos²⁰ muy largos. Se puede suponer con razón – señala – que un autor que no sabe o no puede detenerse, no es merecedor de una tal carrera.”²¹ Pero ni la mayor de las diatribas volterianas podría enviar a la lona a un poema que ha superado los cuatro siglos de vida saludable y que al decir de la Enciclopedia Británica es el “mayor canto épico sobre la Conquista Española.”²² Algo que debemos tener presente a la hora de comprender que un clásico, con independencia de las definiciones que del término se hayan hecho, es algo que tarda en pasar de moda, aunque se le dé poco uso o se recuerde de él apenas una estrofa.

LA ÉPICA COMO SIGNIFICADO Y CONTENIDO

La Araucana es un poema épico, por definición. Veamos brevemente qué significa esto. Empecemos por establecer que la épica es un género literario aplicable a multitud de obras y estilos. Sin ir más lejos, el escritor checo Milán Kundera escribió certeramente sobre Kafka en *El arte de la novela*, al decir que este había “transformado el material profundamente antipoético de una sociedad altamente burocratizada, en

¹⁹ Ofelia Garza de Del Castillo; *Don Alonso de Ercilla y Zúñiga*; en *La Araucana*; México D.F.; Editorial Porrúa; 2006; p. XX.

²⁰ Son treinta y siete.

²¹ Alonso de Ercilla; *La Araucana*; Santiago de Chile; Pehuén Editores; 2001; p. 7.

²² Alonso de Ercilla; en *ibídem*; p. 3.

la gran poesía de la novela; transformó – nos dice – una historia ordinaria, como la de un hombre que no puede conseguir un empleo... en un mito, en una épica, en un tipo de belleza nunca antes visto.” Y aquí aparece, en parte, la clave de lo que buscamos. El mito es una mentira lisa y llana, pero expresada elegantemente en esas cuatro letras de apariencia inofensiva: mito. Pero a la luz de lo que nos sugiere Kundera, debemos preguntarnos qué es la épica. Y la épica, pensamos, es la belleza del mito. Odiamos las burocracias porque ellas dan cuenta de nuestro fracaso al intentar crear un mundo civilizado que al mismo tiempo resulte posible, es decir, funcional. Pero amamos las novelas de Kafka. Y las amamos porque son mitos bellamente contruidos. La épica, o lo épico, tienen que ver con el arte que hace de la mentira un objeto de contemplación y estudio, un objeto estético.

En el poema de Ercilla, el componente épico lo constituyen las octavas en que está escrito, las rimas, la sonoridad, la precisión del verso, las imágenes que nos describen el conflicto entre araucanos y españoles, los planos de realidad que se forman y desaparecen ante nuestra mirada. Todo ello, sumado a lo que veremos más adelante, es no solo el adorno, el ornamento del poema. Es su manera de atraernos, es el anzuelo que mordemos antes de ser arrancados de la realidad cotidiana y caer en una aventura guerrera que, a diferencia de otras, carece de protagonista.

La épica es una forma de movilidad, un desplazamiento desde la uniformidad de lo ordinario a la distinción y la gracia. Esta distinción no quiere señalar lo que es diferente por sí mismo (como podría ser un grifo en relación a un bosque de pinos), sino lo que es diferente *en* la semejanza (un pino más robusto y más alto que todos los otros). La belleza, en este contexto mítico, se consigue elevando al plano de lo estético lo que de otro modo sería solo un dato de la realidad. Elevar o bajar los distintos planos de la realidad para poner de manifiesto las diferencias, es la tarea del artista. Separa para poner de relieve lo que él quiere que se vea. El historiador, en cambio, no manipula los relieves para que luzca más alto lo que es bajo o más bajo lo que es alto,

no es esa su tarea. Por el contrario, el historiador llega —o debiera llegar— a los hechos sin un plan, sin un guión, atraído únicamente por la posibilidad de que algo emerja del caos de las cosas y explique por qué están de un modo y no de otro. Esta es una demanda de la que el poeta o el narrador pueden prescindir, pues tienen la licencia para hacerlo. De allí que el historiador y el poeta compartan el afán por explicar la realidad, pero difieran en el método.

Un ejemplo de esta divergencia saltó a los noticiarios del mundo cuando en septiembre de 2012 se hallaron los restos del rey Ricardo III de Inglaterra en la antigua Greyfriars Friary Church en Leicester, lo que trajo a las primeras planas de los periódicos no solo el valor arqueológico del hallazgo sino también la discusión acerca de la relación entre el drama y la historia, que es el objeto de estudio de este trabajo. En una edición de marzo de 2015, el diario *The Telegraph* publicó un artículo del Dr. Phil Stone que lleva por título *Richard III: A hero maligned by Shakespeare*²³ (Ricardo III, un héroe denostado por Shakespeare). En parte del mismo, el Dr. Stone señala:

La historia no ha tratado con justicia la reputación póstuma de nuestro último rey Plantagenet. Muchas ideas comúnmente sostenidas acerca de él provienen, no de los estudios históricos, sino de William Shakespeare. Su obra “La tragedia del rey Ricardo III,” estrenada por primera vez en 1633, es una pieza dramática espléndida, que describe al rey como a un monstruo, el mal encarnado, que disfruta de un ascenso plagado de asesinatos hacia el trono, pese a que los hechos sencillamente no pueden apoyar esta versión de los eventos. Como muchas de las otras obras de Shakespeare, la politiquería solapada y una elevada cifra de cadáveres sirven a las demandas de un espectáculo grandioso, pero no así a la historia.²⁴

Una de las pruebas más evidentes de la distorsión impuesta por el drama es la del síndrome del brazo seco de Ricardo, una deformación congénita que afecta mayoritariamente a los hombres. Sin embargo, no hay evidencia de este defecto en el esqueleto encontrado en Leicester. Otro tanto ocurre con la joroba que se le atribuye,

²³ The Telegraph; Phil Stone; *Richard III: A hero maligned by Shakespeare*; 21/3/2015; en <http://goo.gl/Fvdsqt>; acceso: 3/4/2016.

²⁴ *Ibidem*.

lo que también desmiente el hallazgo, pues lejos de tratarse de una deformación de este tipo, lo que se aprecia en el esqueleto es un sesgo muy pronunciado de la espina dorsal, lo que se debería más bien a una escoliosis severa, no a una joroba.



Figura 3: El torso de Ricardo III.²⁵

La divergencia de que hablamos y que se aprecia cuando se compara una pieza dramática como *Ricardo III* y la realidad de un hallazgo arqueológico como el comentado, resulta categórica. Y es que los propósitos de una obra teatral y los de la historia son distintos y no deben confundirse. Así, resulta injusto o por lo menos apresurado, tildar de poco ajustada a los hechos a una obra de este tipo, pues el dramaturgo no es un historiador, es un artesano. Tal es el caso de Shakespeare y de otros antes o después de él. No buscaba el bardo sentar una verdad histórica, lo que buscaba era entretener. ¿Buscaba lo mismo Ercilla? Nuestra respuesta es que sí, Ercilla también buscaba entretener, pues la entretención es el medio de que se sirve el escritor para mantener cautivo al lector; sin entretención no hay editor, no hay lector, no hay mecenas y, probablemente, tampoco posteridad. El medio formal del que se valió fue el de la poesía lírica. El medio circunstancial, fue el de la lucha de los conquistadores en Chile. El propósito ya lo hemos señalado, entretener. En consecuencia, ¿dónde nos

²⁵ *Ibídem.*

deja esto? Si lo que buscaba el poeta entonces era lo que cualquier poeta busca hoy, el ser leído y reconocido, ¿qué fue lo que transformó una pieza literaria de carácter épico en historia? ¿Qué fue lo que hizo a unas cuantas tribus aborígenes del neolítico transformarse en figuras espartanas, con discursos y retóricas más propias de Demóstenes o de Cicerón que de nativos que apenas salían del asombro de ver hombres montados a caballo? Y más interesante aún, ¿con qué consecuencias?

Hemos dado una mirada sucinta al mito y a la épica desde la perspectiva literaria y desde la perspectiva biológica. Podemos concluir que hay una tendencia natural a concebir y a propagar mitos y que ella es producto del mecanismo cerebral que opera en nosotros. En otras palabras, no podemos dejar de producir mitos y no podemos, en cierto modo, dejar de creerlos. Digo en cierto modo porque pese a todo hay una inclinación igualmente natural a creer en lo que no vemos.²⁶ Ellas actúan como soportes eficaces de la vida de la mente. No son ciertos, pero nos ayudan a vivir. Por eso están aquí.

Tanto *La Araucana* de Ercilla como el *Ricardo III* de Shakespeare, son mitos de carácter épico. Ambos se han basado en circunstancias reales, aunque no necesariamente verdaderas. Ni los araucanos han hablado como habría hecho Cicerón en el senado de Roma, ni Ricardo III habría sido un jorobado cruel y malicioso. Quizá si su único pecado fue el de haber sido el último de una línea de monarcas que después fue sustituida por otra que, de paso, era la que financiaba, o por lo menos no impedía, las obras del genio de Stratford. Podemos apreciar, igualmente, el afán estético en la narrativa, en la estructura formal, en la construcción de la historia, que es el que a la larga hace posible la aparición de los planos de que hemos hablado más arriba y que nos muestran el mundo articulado y preparado, en este caso, para la lucha (el *agón* de los griegos clásicos).

²⁶ Cfr., entre otras obras similares, Bruce M. Hood; *Supersense. Why we believe in the unbelievable*; New York; Harper Collins Publishers; 2009.

Tanto la España de Ercilla como el poeta mismo dejaron de existir hace mucho tiempo, pero *La Araucana* sigue viva en la idea que el pueblo de Chile tiene de sí mismo, lo que equivale a decir que las ideas viven más que el material que las comunica y las hace reales. Ercilla lo sabía, pues, inmortal él, sin saberlo, se había formado estudiando a otros que en su tiempo ya lo eran: “Estudia,” nos dice Alfonso Escudero, “Y lee a Virgilio, Lucano, la Biblia, Ariosto, el Dante (por lo menos el Infierno), parte de Bocaccio, Sannazaro, Petrarca, Garcilaso de la Vega.”²⁷ Estudia y se aviene con ellos, pues qué duda cabe que el talento del poeta se desarrolla y crece en las formas líricas con la misma familiaridad con que las hojas del pino adquieren su forma propia y no la del sauce o del álamo. En otras palabras, al estudiar a los clásicos (esto es, no solo al leerlos), Ercilla va oyendo su propia voz que parece emerger con el metro, el ritmo y la rima incluidos. Un viejo profesor de castellano de la secundaria, solía decirnos que poetas como Garcilaso o Lope, pensaban en endecasílabos tal como cualquiera de nosotros piensa en prosa, o de un modo más habitual, prosaicamente. El poeta piensa en formas que de alguna manera quebrantan el pensamiento para arrancar de él solo lo más esencial y es la costumbre del pensar en formas líricas la que hace del pensar un asunto que el poeta siempre y en toda ocasión debe tomarse con la mayor seriedad. En el capítulo previo hemos visto de qué manera y con cuánta facilidad el mito penetra y anida en nuestras mentes. No solo eso, el mito hace una vida en nosotros que venimos a ser como su hábitat y su elemento. Hemos visto, también, que nuestra mente tiene una disposición natural no solo a admitirlos sino a formarlos ella misma. Sin embargo, no quisiéramos dar la impresión de que el poeta es un creador de mitos o, en un sentido más banal y prosaico, un inventor de mentiras. Si bien los poetas pueden mentir, las más de las veces lo que hacen es equivocarse. Un poeta no es un ensayista sino alguien que vive su realidad como si estuviese sumido en ella. Los mejores analistas consiguen

²⁷ Alfonso M. Escudero; Ercilla y Chile; en Jorge Román-Lagunas; *Don Alonso de Ercilla, inventor de Chile*; Santiago de Chile; Ediciones Nueva Universidad – Universidad Católica de Chile © 1970; Editorial Pomaire © 1971; 1971; p. 40.

distanciarse de la realidad para verla desde fuera y desde lejos, tal vez de ese modo consigan explicar lo que sucede. El poeta, en cambio, vive sumido en el devenir como el pez en el agua. “*Si me preguntáis en dónde he estado, / debo decir ‘Sucede’...*” escribía Neruda hacia 1935, “*Debo de hablar del suelo que oscurecen las piedras, / del río que durando se destruye.*” Poco espacio deja la poesía para escudriñar en ella, pues ella misma es el fondo. No se viaja hacia el interior de un poema para descubrir su secreto pues el poema es el interior de algo que no tiene un afuera, un exterior. Y así como con Neruda sucede también con Ercilla. El primero escribe “*...como un párpado atrozmente levantado a la fuerza / estoy mirando;*” y el segundo “*Dad orejas, Señor, a lo que digo, / que soy de parte dello buen testigo.*” Antes que explicar la realidad el poeta da testimonio de ella. Para el poeta la realidad, aún la de la imaginación, es total, no hay fronteras entre lo real y lo soñado. Por eso mismo, Dante comienza su Divina Comedia asegurando que en “*Nel mezzo del cammin di nostra vita / mi ritrovai per una selva oscura / che la diritta via era smarrita.*” Es decir, el haber perdido la ‘recta vía’ era algo que le había pasado a él, era algo que le había sucedido, no era invención. Ercilla, que se había formado en esta tradición literaria no va a ponerse objeciones a la hora de asumir la realidad poéticamente, pues su realidad, la de su vida, es poética, al menos la parte de ella que es el ejercicio más natural de su existir, la que en los hechos reconocemos como más propia. Con Ercilla, como con quienes nos rodean, solemos pensar en términos de lo que ellos hacen. Y lo que una persona hace viene a ser lo que ella es. En Ercilla, la actitud poética es lo esencial, no lo accesorio. Lo accesorio es haber sido soldado y cortesano. Lo esencial es haber habitado el mundo poéticamente y es precisamente aquí, en esta grave divergencia, donde la tradición se extravía y toma –para parafrasear a Juan Guzmán Cruchaga– lo soñado por vivido. No hay un *Infierno* como el de Dante ni hay un pueblo como el de *La Araucana* que viva fuera o aparte del poema, pues ni el poema es un espejo ni son reflejos los pueblos. No hay un pueblo del que no se pueda decir que son esforzados sus hombres y hacendosas sus mujeres. Es solo que no todos los pueblos tienen a un poeta que les cante como hizo Ercilla a

los habitantes del Chile hispánico, privilegio con el que no todas las naciones han podido contar.

Una de las consecuencias del Renacimiento, como remedo de lo grecolatino y como desatención a la Edad Media, consistió en que cada pueblo se creyera en la necesidad de tener su epopeya. Ya Roma había dado el ejemplo con *La Eneida* de Virgilio. Así nacen obras entre las cuales las más salvables son el *Orlando Furioso* de Tasso, *Os Lusíadas* de Camões, *La Araucana* de Ercilla.²⁸

En el caso que aquí nos ocupa, Ercilla no solo canta, como podría pretenderse, a los aborígenes que salen al encuentro del conquistador, sino a estos últimos también. Lo dice al comienzo del poema cuando aclara que: “*No las damas, amor, no gentilezas / de caballeros canto enamorados...*” sino “*el valor, los hechos / de aquellos españoles esforzados / que a la cerviz de Arauco no domada / pusieron duro yugo por la espada.*” El héroe de Ercilla no es el araucano únicamente, sino el español, que es al final el que prevalece, pese a que la presencia de este es menos singular que la de aquél. De hecho, los personajes mejor perfilados no son los peninsulares sino los aborígenes (Lautaro, Caupolicán, Tucapel, Rengo, entre otros). La obra ha sido escrita “[p]or un español valiente y justiciero, [así,] canta LA ARAUCANA más que el triunfo del vencedor, la gloria del vencido,”²⁹ nos dice Ofelia Garza en el prólogo a la obra, y agrega que “[l]a simpatía de Ercilla por los araucanos flota en todo el ambiente de la obra *ya que todo lo merecen... pues ha más de treinta años que sustentan su opinión, sin jamás haberseles caído las armas de las manos.*”³⁰ El araucano es la prueba y la medida del español.

Los unos que no saben ser vencidos,

Los otros a vencer acostumbrados.³¹

²⁸ Alfonso Escudero; p. 44. (La cursiva es del original.)

²⁹ Ofelia Garza; p. XXVIII

³⁰ Ofelia Garza; p. XXI. (Las cursivas, en el original.)

³¹ Citado por Ofelia Garza; p. XXI.

El araucano es la demanda que extrae del conquistador no solo el arrojo, el esfuerzo, el coraje, sino la virtud. Y también el vicio. Si bien se trata, en el caso de *La Araucana*, de una obra de carácter épico, no es por ello menos una reflexión o una instancia de autoconocimiento. Ercilla sabe que las pruebas y las fatigas van dando cuenta del ser, desnudándolo de las apariencias que sobre él pone la vida de corte, y que todo eso merece ser cantado (so pena de ser olvidado). La guerra es un espacio de revelación, una ocasión para que lo que se dice sobre o alguien o lo que decimos de nosotros mismos, aflore. Garcilaso: “*Cuando me paro a contemplar mi estado / y a ver los pasos por do me ha traído, / hallo, según por do anduve perdido, / que a mayor mal pudiera haber llegado...*” O, más tarde, y al pie de la letra de su joven precursor, Lope: “*Cuando me paro a contemplar mi estado, / y a ver los pasos por donde he venido, / me espanto de que un hombre tan perdido / a conocer su error haya llegado.*” Y Ercilla: “*...Yo, que tan sin rienda al mundo he dado / el tiempo de mi vida más florido, / y siempre que camino despeñado / mis vanas esperanzas he seguido.*” El poeta se adentra en su propio ser en sentido inverso al de la guerra que desde afuera saca lo que hay adentro de cada hombre. Su naturaleza más instintiva, el animal – para decirlo derechamente – carente de civilización.

Hay en el colectivo del conquistador una oposición a la singularidad del nativo araucano. Los peninsulares se amontonan con sus nombres que luego de leídos olvidamos, pues no laten, no se elevan hasta lo que el poeta español Luis Rosales denominó el tono poético, para señalar el estado en que la construcción poética penetra con paso de andadura en nuestro entendimiento y se hace uno con él.

No menos se mostraba peleando

Juan de Torres, Garnica y Campofrío,

don Martín de Guzmán y don Hernando

Pacho, Gutiérrez, Zúñiga, y Berrío,

Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,

haciendo cosas que el ingenio mío,
aunque libre de estorbos estuviera,
contarlas por extenso no pudiera.³²

Estos nombres, comparados con los araucanos, Lautaro, Caupolicán, Tucapel, son apenas como un rumor, un fondo. ¿Por qué? Porque en Ercilla el pueblo araucano va a representar el último vestigio de un mundo incontaminado por la civilización, una idea que ronda (y rondará) a los hombres de todas las latitudes desde que quedaron atrás el nomadismo, la caza y la recolección. Ercilla anticipa a Rousseau en su mirada hacia el *buen salvaje*.³³

Vi los indios, y casas fabricadas
de paredes humildes y techumbres,
los árboles y plantas cultivadas,
las frutas, las semillas y legumbres;
noté dellos las cosas señaladas,
los ritos, ceremonias y costumbres,
el trato y ejercicio que tenían,
y la ley y obediencia en que vivían.³⁴

³² Alonso de Ercilla; *La Araucana*; México D.F.; Editorial Porrúa; 2006; p. 279; (en adelante, Porrúa).

³³ En este y otros lugares recurriré a la expresión salvaje, en el sentido propuesto por José Ortega y Gasset: "El vocablo «barbarie», nos dice, en su uso más frecuente, se ha vaciado de significación propia y conserva solo un sentido peyorativo de descalificación. Lo mismo pasa con la palabra «salvaje». Se olvida que una y otra significan dos tipos de espiritualidad que constituyen dos estudios ineludibles del desarrollo histórico, como en la vida individual lo son la niñez y la juventud... La civilización es hija de la barbarie y nieta del salvajismo." En Ortega y Gasset; *Obras Completas – El Espectador*; Madrid; Alianza Editorial – Revista de Occidente; 1983; p. 427.

³⁴ Porrúa; p. 494. Por su parte, Barros Arana, afirma que "Ercilla, como casi todos los poetas y los filósofos de su tiempo, creía que los conquistadores habían llevado todos los vicios a esas sociedades primitivas en que solo eran conocidas hasta entonces las sencillas virtudes de una vida patriarcal y llena de poesía;" en ob. cit.; T. II; p. 130.

La civilización irrumpe, descompone y destruye lo que más de humano había en el hombre. Viola, por así decir, el estado de pureza que este habitaba. De esta manera, la edad heroica tiene los nombres de los que la civilización carece, pues esta edad es la edad de los héroes. En la actualidad, la ley, no el héroe, es la que impone el orden y la costumbre queda así fijada y sancionada por la norma.

La sincera bondad y la caricia
de la sencilla gente de estas tierras
daban bien a entender que la cudicia
aún no había penetrado aquellas sierras;
ni la maldad, el robo, la injusticia
(alimento ordinario de las guerras)
entrada en esta parte habían hallado
ni la ley natural inficionado.³⁵

El nombre se pierde en la corriente de lo cotidiano, el héroe salta en pedazos y es reemplazado por la muchedumbre de los nombres indiferenciados. Ercilla sabe que algo se ha perdido con la vida de corte, con las ciudades, algo que ya ni siquiera pervive en las aldeas o los pueblos más alejados. Lo sabe no porque lo vea en el aborigen sino porque lo reconoce en él. Ercilla se ha formado en la tradición heroica y como todo poeta (no como todo estudiante sino como todo poeta) desea regresar, recuperar, traer de vuelta el paraíso perdido, sea lo que fuere lo que esto signifique. Tres siglos más tarde, Nietzsche lo pondrá de esta manera en la primera de sus producciones, *El origen de la tragedia*:

¿Es necesariamente el pesimismo el signo de la decadencia, de la desilusión... como fue para los indios, como... es en todos nosotros, los hombres "modernos" y europeos? ¿Hay un

³⁵ Porrúa; p. 493; ("cudicia," en el original).

pesimismo de los fuertes? ¿Una inclinación a la dureza, al horror, al mal, a la incertidumbre de la existencia, producida por la exuberancia de salud, por un exceso de vida? ¿No hay una valentía temeraria en aquella mirada que busca lo terrible como el enemigo, el digno enemigo contra el cual quiere ensayar sus fuerzas, del cual quiere saber cuál es el "terror"?³⁶

Ercilla es un poeta que debe vivir para escribir, esto es, intensamente. Después de Chile, no vendrá tan solo la comodidad de la corte de un rey aburrido y soporífero como Felipe II a quien, de paso, Ercilla parecía estimar con sinceridad,³⁷ sino nuevas guerras, viajes y aventuras.

¡Cuántas tierras corrí, cuántas naciones
hacia el helado norte atravesando,
y en las bajas antárticas regiones
el antípoda ignoto conquistando!
Climas pasé, mudé constelaciones
golfos innavegables navegando,
extendiendo, Señor, vuestra corona
hasta casi la austral frígida zona.³⁸

Como todos los grandes poetas, Ercilla posee una conciencia que nos supera, pues su obra no se agota con una lectura, sino que parece ir cambiando a medida que la releemos, de modo que nos parece que los que cambiamos somos nosotros y no sus personajes. *La Araucana* no es un poema, es más que eso, es una catedral en la que se esconde más de un misterio. El mismo autor es uno de ellos. Si esto no fuera cierto, no caeríamos en la trampa que él mismo nos ha puesto, el de creer que somos hijos de dioses.

³⁶ Friedrich W. Nietzsche; *El origen de la tragedia*; México D.F.; Editorial Porrúa; 2006; pp. 3-4.

³⁷ Ofelia Garza en ob. cit.; p. XXIV: "...hay que confesar que el poeta tenía sincero afecto al monarca..."

³⁸ Porrúa; p. 512.

CAPÍTULO II ERCILLA EN CHILE

Ercilla llegó a Chile en abril de 1557, específicamente a Coquimbo, pero solo en junio de ese año pisará tierra araucana. Y permanecerá en ella hasta fines de 1558. Su presencia aquí se debió a numerosas causas: a la muerte de Valdivia, al hecho de haber trabado amistad con el sucesor de éste, Jerónimo de Alderete, a la rebelión de Hernández Girón en Perú, a la decepción amorosa, al espíritu de aventura, a la poesía (pese a que era algo que Ercilla traía, digamos, inscrito en él); en una sola palabra, su presencia aquí se debió al azar o, cuando menos, también a él. El primero de estos motivos, sin embargo, es anterior a todos ellos y puede agruparse en la diada Descubrimiento y Conquista. Comencemos por esta última que es la que traerá efectivamente al poeta “hasta casi la austral frígida zona.”

LOS CONQUISTADORES - ERCILLA

Alonso de Ercilla es parte de una empresa formidable que se conoce como Conquista de América. El origen de la misma puede remontarse a la Corona Española, que no existía antes de 1479, y que nace con el matrimonio de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla ese mismo año.³⁹ Por otra parte, el nombre con que se conoció al nuevo continente por mucho tiempo fue el de las Indias, que es el que va a alimentar la imaginación de Ercilla. “[E]n los siglos XVI y XVII,” escribe el historiador Jacques Lafaye, “el nombre de ‘Indias’ es empleado casi siempre para designar lo que ahora

³⁹ Jacques Lafaye; *Los Conquistadores*; México D.F.; Fondo de Cultura Económica; 2000; p. 19.

llamamos América.”⁴⁰ El mismo autor, establece como período de la Conquista al que va de 1510 a 1545. “Son pues,” dice, “esencialmente, los años de 1510 a 1545, bajo el reinado de Carlos I de España y V del [Sacro] Imperio, en los que se desenvuelve la Conquista de América.” Y agrega, por tanto, que podemos hablar de una “generación de Conquistadores... [L]os más viejos, como Balboa, habían nacido alrededor de 1475; los que vivieron más murieron hacia 1580, como Bernal Díaz del Castillo, el cronista de la conquista de México, muerto en 1584. Casi todos llegaron muy jóvenes a las Indias – con frecuencia entre los quince y los veinte años –, por ejemplo, Cortés a los diecinueve.”

Toda distinción histórica obedece a perspectivas arbitrarias, lo que en el caso del continente americano ha dado lugar a distintos acuerdos. En el caso de Chile, por una cuestión geográfica, la Conquista deberá esperar hasta 1536 (veintiséis años después del inicio de la misma según Lafaye) y se extenderá hasta 1598, año del desastre de Curalaba y de la muerte, en la misma ocasión, del gobernador Martín Oñez de Loyola (esto es, cuarenta y tres años después de cerrado el ciclo de Lafaye). La Conquista se despliega y se asienta en momentos diferenciados, pues lo que se ha descubierto no es lo que piensa Colón, un conjunto de islas que corresponderían a Japón, sino un continente nuevo, situado entre Europa y Asia.

Colón se creía en Japón (llamado entonces Cipango) y no sospechaba la existencia de un continente entre las Antillas y el Asia (la China que imaginaba cercana), del continente que muy pronto habría de ser llamado Tierra Firme (por oposición a las islas) y, más adelante, América (por Americo Vespucci, el navegante florentino).⁴¹

En este contexto nace Ercilla, en 1533, un 7 de agosto, en Madrid.⁴² Hijo de Fortún García de Ercilla de Bermeo (en Vizcaya) y de la riojana Leonor de Zúñiga (en

⁴⁰ Jacques Lafaye; *Ibidem*; p. 21.

⁴¹ *Ibidem*; pp. 11, 2.

⁴² Colón había muerto en 1506; Cortés en 1547, cuando el joven Ercilla recién alcanzaba los catorce años. En cuanto al lugar de nacimiento, otras fuentes sostienen que habría nacido en Valladolid (Barros Arana), sin

Castilla la Vieja).⁴³ Al año de nacido, el poeta queda huérfano de padre. El puesto de “guardadamas, de doña María, infanta de España,” conseguido por su madre, le abre las puertas de la corte, donde con tan solo quince años pasará a “ocupar un lugar entre los pajes del príncipe don Felipe.” Hacia mediados de la década de 1550, acompaña en un viaje al futuro soberano, “que va a casarse con María I Tudor. En Londres reciben las noticias de la rebelón de Hernández Girón en el Perú y de la muerte de Pedro de Valdivia a manos de los araucanos.” El conocimiento de Jerónimo de Alderete, sucesor de Valdivia, junto a las noticias recibidas desde las Indias, avivan el ánimo del joven cortesano que, con fecha 5 de marzo de 1555, “obtiene licencia para pasar a Perú y Chile, con cuatro criados. Se embarca el 15 de octubre.” Contaba a la sazón con veintidós años de edad.

Alderete muere en Panamá, “en la isla de Taboga, el 7 de abril de 1556.” Ercilla prosigue viaje al sur, hasta Lima, donde “se hospeda en casa del virrey, marqués de Cañete, don Andrés Hurtado de Mendoza,” el cual, ante la noticia de la muerte del sucesor de Alderete,

nombra gobernador de Chile a su hijo don García, que se embarca el 2 de febrero de 1557 hacia el sur con el mayor ejército que hubiera venido hasta entonces a Chile y un respetable séquito de damas, consejeros... y caballeros como don Francisco de Andía e Irarrázabal, don Simón Pereira y don Alonso de Ercilla. Desembarcan el 23 de abril en la bahía de Coquimbo, junto a La Serena. [Aquí] recibe don García el homenaje de Francisco de Aguirre y pobladores y el de un emisario de Francisco de Villagra, gobernador interino. A ambos, a Aguirre y a Villagra, los remite don García presos al Perú.

embargo, sigo a J. T. Medina en su análisis, que cierra el caso estableciendo su lugar de nacimiento en Madrid (véase más abajo la referencia a la *Vida de Ercilla* de este autor.)

⁴³ Alfonso Escudero; p. 51. En adelante, todos los rasgos biográficos tomados de aquí, a menos que se indique lo contrario. Sobre la prisión de Aguirre y Villagra, véase Barros Arana, *Historia General de Chile*; T. I; p. 83 y ss.; disponible en Internet: Memoria Chilena; <https://goo.gl/F3IYrp>; acceso: 4/7/2016.

La prisión de Aguirre y de Villagra⁴⁴ da cuenta del ánimo que debía reinar en el entorno del nuevo gobernador, del que formaba parte el mismo Ercilla. Todo parece indicar, siguiendo a Barros Arana, que el nuevo gobernador, un joven impulsivo y ambicioso de veintiún años de edad, traía un guión premeditado desde Lima por su padre el virrey, en el que claramente no figuraban los nombres de los sucesores de Valdivia. En consecuencia, Aguirre es apresado en La Serena y Villagra en Santiago. Este último, según Barros Arana, al momento de su detención “no profirió una sola queja. ‘Señor capitán, dijo resignadamente a Juan Remón, el señor Gobernador no necesitaba de este aparato de la fuerza para hacerme ir a dónde él quisiese. Habría bastado una orden suya para que yo la cumpliese sin vacilar.’” Y, agrega el historiador, nada de esto “impidió que se consumase aquella injusta humillación.”⁴⁵

46

Ercilla permanecerá en Chile hasta diciembre de 1558 o comienzos de 1559, lo que totaliza unos veinte meses, algo menos si se considera que recién va a desembarcar en la isla Quiriquina (territorio con presencia araucana) el 28 de junio de 1557. Valdivia había caído en Tucapel, cuatro años antes, en 1553, de modo que Ercilla nunca lo conoció. Aun así, no tiene una buena impresión de su persona, influido seguramente por don García, a juzgar por lo que hemos señalado más arriba, de modo que al finalizar el Canto II de la Primera Parte, cuando el gobernador se acerca a su destino final en Tucapel, escribe:

⁴⁴ Barros Arana escribe ‘Villagrán;’ cfr. *Historia General de Chile*; Santiago; Editorial Universitaria; 2000; T. II, p. 85 y ss.

⁴⁵ Barros Arana en *ibídem*; p. 86 y ss.

⁴⁶ Góngora Marmolejo tampoco tenía buena impresión de él. “Gobernó,” escribe, “con poca ventura, porque todo se le hacía mal. Era [...] amigo de andar bien vestido y de comer y beber; enemigo de pobres; fue bienquisto [bien querido o estimado] antes que fuese gobernador y malquisto después que lo fue;” en Alonso de Góngora Marmolejo; *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado*; Estudio, edición y notas de Miguel Donoso R.; Santiago de Chile; Editorial Universitaria; 2015; p. 41.

*El Mito Como Factor de Identidad.
De La Araucana de Alonso de Ercilla al Pastiche Mural
Por Sergio A. Rosales Guerrero*

Valdivia, perezoso y negligente,
Incrédulo, remiso y descuidado,
hizo en la Concepción copia de gente,
mas que en ella en su dicha confiado;
el cual si fuera un poco diligente
hallara en pie el castillo arruinado,
con soldados con armas, municiones,
seis piezas de campaña y dos cañones.

Pero esto no es todo. Dice Ercilla que llevado por su codicia el gobernador se desvía del itinerario, lo que da oportunidad a los araucanos de emboscarlo antes de llegar a su destino:

Pero dejó el camino provechoso
y, descuidado de él, torció la vía,
metiéndose por otro codicioso,
que era donde una mina de oro había:
y de ver el tributo y don hermoso
que de sus venas ricas ofrecía
paró de la codicia embarazado,
cortando el hilo próspero del hado.⁴⁷

En el poco tiempo que permaneció en Chile, el poeta (de veintitrés años al llegar y de veinticinco al partir) se hizo cargo de sucesos que lo habían precedido, a los que fue añadiendo otros que él mismo presencié o que conoció por terceros, hasta

⁴⁷ Alonso de Ercilla; *La Araucana*; Santiago; Editorial Pehuén; 2000; pp. 34-5; (en adelante, Pehuén).

completar finalmente las tres partes del poema. El caso de Valdivia pertenece a la primera especie, esto es, a los hechos que ya habían sucedido. Escudero:

...en la primavera emprenden excursión al sur, Ercilla en compañía de Rodrigo de Quiroga... Vuelve con don García [y con fecha 15 de abril de 1558] el poeta manda a don Felipe una carta que es lástima que se haya perdido y en que le refería la historia de Chile, *o sea lo que los testigos le habían contado*.⁴⁸

A estos hechos relatados por testigos, Ercilla agregó consideraciones propias basadas con toda seguridad en la idea que esta ola de reemplazo, llegada con Hurtado de Mendoza desde Lima, se hizo (o que ya tenía) del gobierno de Valdivia. Para Barros Arana, sin embargo, Ercilla es una fuente a considerar y lo va a citar incluso (aunque no especialmente) cuando la crónica se detenga o se forme un vacío que nadie, salvo el poeta, pueda rellenar. Tal es el caso, por ejemplo, del descubrimiento del archipiélago de Chiloé, acerca del cual Barros Arana escribe en una nota al pie:

Aun cuando don García Hurtado de Mendoza ha dado cuenta de este viaje... y aun cuando se hace referencia a él en otros documentos..., todas las noticias consignadas en esas piezas son de tal manera vagas y generales que casi se limitan a decir en globo⁴⁹ que fue preciso soportar muchos padecimientos para llegar hasta el archipiélago de Chiloé. No se busquen allí indicaciones geográficas o cronológicas porque no se hallará nada de eso. En cambio, nos queda la relación consignada por Ercilla en los cantos XXXIV, XXXV y XXXVI de La Araucana y, aunque menos precisa en sus indicaciones de lo que son otros pasajes del ilustre poeta, constituye un documento de gran importancia... *cuanto que es la única fuente auténtica que contenga algunos pormenores y detalles*. Por esta razón las hemos seguido fielmente, reproduciendo con frecuencia sus mismas palabras.⁵⁰

Ercilla es fuente de los hechos y pese a todas las salvedades y distancias que quepa guardar, es parte del corpus de que se dispone para estudiar el período: “Este combate [dice Barros Arana refiriéndose al asalto a Concepción de diciembre de 1555, que

⁴⁸ Alfonso Escudero; p. 42. (La cursiva es mía.) Véase también Barros Arana; T. II; p. 78, n. 32.

⁴⁹ En conjunto, en general.

⁵⁰ Barros Arana; T. II; p. 128; n. 10. (La cursiva es mía.)

Ercilla no pudo conocer sino de oídas] ha sido referido con gran verdad en su conjunto por Ercilla en el canto citado de su poema [el IX] aunque ha engalanado la descripción con episodios poéticos...” Los que el historiador contrastará en pie de igualdad con Mariño de Lobera, Góngora Marmolejo, Gerónimo de Vivar y las actas del Cabildo de Santiago. La salvedad que hace Barros Arana es la vertiente poética que el poeta incorpora y que, querámoslo o no, les añaden significado estético a los hechos (“...episodios poéticos de buen efecto,”⁵¹ los llama Barros Arana) del que por sí solos carecen. Esta añadidura es lo que va a desplazar y a separar al poema de la crónica histórica. Barros Arana lo sabe: “...no debe exigirse,” dice, “en su poema la escrupulosa prolijidad de la historia.”⁵² Véase, por ejemplo, la atribución de una causa milagrosa (ya en el título del Canto) a la dispersión de los araucanos en Imperial y, más adelante, en la estrofa 18 del mismo:

Heme, Señor, de muchos informado,
porque con más autoridad se cuente:
a veinte y tres de abril, que hoy es mediado,
hará cuatro años, cierta y justamente,
que el caso milagroso aquí contado
aconteció, un ejército presente,
el año de quinientos y cincuenta
y cuatro sobre mil por cierta cuenta.

⁵¹ Barros Arana: T. II; p. 60.

⁵² Barros Arana; T. II; p. 69.

Y, luego, en la 22,

Digo pues que los bárbaros llegando
al valle de Purén, paterno suelo
las armas por entonces arrimando
dieron lugar al tempestuoso cielo
...
[el cual] del todo apoderándose en la tierra
pone punto al discurso de la guerra.⁵³

Es claro que un historiador no puede permitirse este tipo de licencias, algo que, por lo pronto, llama la atención al mismo Barros Arana que ve en Ercilla a alguien “poco inclinado a creer en prodigios sobrenaturales,” señal inequívoca de que el poeta está al tanto de que no es la poesía la que se ha puesto al servicio de la historia sino justo lo contrario. Algo similar ocurre cuando el historiador nos refiere el final de Lautaro en compañía de Guacolda (véase el capítulo siguiente), en referencia a los cantos XIII, XIV y XV del poema: “Figura entre éstos el cuadro de los amores de Lautaro con una india llamada Guacolda, en el cual el poeta ha prestado a esos bárbaros los sentimientos tiernos y patéticos que sólo se hallan entre las gentes de una civilización mucho más adelantada.”⁵⁴ Ercilla: “...aquella noche el bárbaro dormía / con la bella Guacolda enamorada, / a quien él de encendido amor amaba, / y ella por él no menos se abrasaba.”⁵⁵ Todo parece indicar que la muerte real del araucano ofrece al poeta la posibilidad de inmolarlo en compañía de una mujer, un detalle que Barros Arana no

⁵³ En Barros Arana; T. II; p. 48. Cf. también Francisco A. Encina; *Historia de Chile*; cap. IX., que en la sección “El hambre y el tifus diezman a los mapuches,” señala: “Alonso de Ercilla confirma el hecho, y, si hubiéramos de referir todos los testimonios, tendríamos que copiar las palabras de casi todos los españoles que hablan de las calamidades de 1554-1557;” en ob. cit.; Santiago; Sociedad Editora Revista Ercilla Ltda.; 1983; T. II; p. 25.

⁵⁴ Barros Arana; T. II; p. 80, n. 35.

⁵⁵ “...abrasaba,” en el original.

pasa por alto pues no lo incluye ni tan siquiera lo glosa en su narración, haciendo notar que “[e]sta jornada ha sido referida sumariamente y sin muchos accidentes por Góngora Marmolejo, cap. 22; por Mariño de Lobera, cap. 55; y por Antonio de Herrera [cap. 8],”⁵⁶ desterrando al campo de la tradición al personaje femenino de marras.

Ercilla ha venido a Chile en condición de poeta.⁵⁷ Más aún, como poeta desencantado, producto de un amor no correspondido, de modo que las vicisitudes del vate no comienzan con la guerra de Arauco, sino que más bien se prolongan en ella.



Figura 4. Lautaro y Guacolda.⁵⁸

En esta perspectiva, la del poeta autoexiliado, que busca una salida a la frustración amorosa, debemos reconocer el motivo, la causa de la inspiración ercillana para abordar la guerra en Chile. Si ya para el historiador es difícil deshacerse de prejuicios y de experiencias personales antes de escribir sobre un determinado periodo histórico, para el poeta es imposible. No hay objetivación posible, el poeta es

⁵⁶ Barros Arana; T. II; pp. 79 – 80, nn. 33 y 35.

⁵⁷ Tal como Neruda que en 1927 asumió, aun como Cónsul en Rangún, en esa misma condición.

⁵⁸ Memoria Chilena; Internet: <https://goo.gl/ar4q3m>; acceso: 23/8/2017.

pura subjetividad. Al referir las causas de la presencia del vate en Chile, José Toribio Medina lo dice así:

Junto con él se resolvieron también a seguirle [a Chile] otros dos pajes; sus compañeros, a quienes más tarde hubo de recordar en sus cantos y alguno de los cuales se radicó para siempre en Chile. No le llevaba, de fijo, el propósito de enriquecerse, que había sido el de tantos que antes que él surcaron el vasto océano y peregrinaron en las apartadas y salvajes regiones del Nuevo Mundo, y que tan pocos lograron, según era ya notorio. ¿Era el simple deseo de servir a su príncipe, según él cuidaba de hacerlo notar al dedicarle su obra, el que le impulsaba a abandonar su situación en aquella brillante corte y, junto con ella, sus halagos, su vida descansada, sus expectativas de medrar a la sombra del favor de su amo, para trocar todo eso por una vida llena de penalidades y peligros? ¿No hubo algo más que influyera en tan romántica resolución, como la llama Ticknor? Para nosotros el hecho no admite duda, y que esa causa no debió ser otra que los desengaños de una pasión amorosa tan vehemente como contrariada y que tan honda huella dejara en su corazón de joven, ¡a los veintiún años!, que muchos, muchos más tarde asaltaban su memoria y la llenaban de honda amargura.⁵⁹

Recapitulemos, Ercilla atraviesa el Atlántico para desembarcar en la isla de Taboga donde muere Alderete (7 de abril de 1556); se embarca para Chile (2 de febrero de 1557) en la comitiva de García Hurtado; llega a Coquimbo (23 de abril), continúa viaje al sur y, sin pasar por Santiago, llega a la isla Quiriquina (28 de junio); ya en tierra “[emprende] excursión al sur, Ercilla en compañía de Rodrigo de Quiroga,”⁶⁰ cruza el Biobío (28 de octubre); el 19 de enero asiste a la fundación de Cañete (19 de enero de 1558), llega a Imperial (24 de enero), a la isla de Puluqui (28 de febrero)⁶¹ al sur de Puerto Montt en el seno de Reloncaví, ocasión que le inspira una de las octavas más conocidas del poema (“*Aquí llegó donde otro no ha llegado, / don Alonso de Ercilla que el primero, en un pequeño barco deslastrado, / con solo diez pasó el desaguadero...*”⁶²) y que escribe con cuchillo en un tronco (“*...y en el tronco que vi de más grandeza / escribí con*

⁵⁹ José Toribio Medina; *Vida de Ercilla*; México D.F.; Fondo de Cultura Económica; 1948; pp. 30-1.

⁶⁰ Alfonso Escudero; p. 41.

⁶¹ ¿O en Chiloé? Véase más abajo la discusión del caso.

⁶² Canto XXXVI.

cuchillo en la corteza...”); en marzo asiste a la fundación de Osorno y en junio o comienzos de julio de 1558 se produce el incidente entre don Alonso y don Juan de Pineda.

ERCILLA EN CHILE

Basados en el párrafo precedente, contrastemos la presencia de Ercilla con los hechos más importantes acaecidos en aquel tiempo. Tomemos como base, entonces, el texto del poema mismo. *La Araucana* abarca todo el período del levantamiento a cuya cabeza se ha puesto Caupolicán. Desde los primeros cantos hasta el último, él constituye la presencia misma de aquel pueblo, el símbolo de la resistencia. Pese a que no posee la estructura clásica del poema épico, en que suele haber (no siempre es así, pero suele ser un rasgo más o menos frecuente) un protagonista cuyas aventuras y desventuras se siguen como en un primer plano (Orlando, en el caso del *Orlando Furioso*, Dante en el caso de la *Divina Comedia*, Eneas en el de *La Eneida*), en este caso es Caupolicán el que viene a ser el hilo conductor de la narración. Está presente en las tres partes del poema, que prácticamente termina con su cruel suplicio. Agreguemos, además, que cada parte está compuesta de quince cantos, con excepción de la tercera que tiene solo siete.

Si trazamos entonces el itinerario ercillano y lo superponemos con el del poema, que sigue un orden cronológico,⁶³ se nos revelarán los hechos ya sea como presenciados por Ercilla o como acaecidos en su ausencia. En este esquema, digamos que hacia el final de la Primera Parte de *La Araucana*, los hechos narrados ocurrieron antes de que Ercilla pusiera un pie en Chile. Así, en el Canto XII (de un total de quince), el poeta escribe:

⁶³ “En LA ARAUCANA no hay un plan determinado: el poeta narra los acontecimientos conforme se van desarrollando;” Ofelia Garza; p. XXIII.

Hasta aquí lo que en suma he referido

Yo no estuve, Señor, presente a ello...⁶⁴

Después agrega:

Y pongo justamente solo aquello

en lo que todos concuerdan y confieren,

y en lo que en general menos difieren.⁶⁵

Lo mismo va a acontecer cuando se trate de la muerte de Caupolicán, suceso que el poeta no podrá presenciar por hallarse lejos del lugar, en expedición al sur. Sí estuvo en otros, como veremos, siguiendo la fuente más autorizada sobre Ercilla, que es la de José Toribio Medina.⁶⁶

Ercilla estuvo presente en la defensa del fuerte levantado por García Hurtado en Penco, el 25 de agosto de 1557,⁶⁷ donde permanecerá con el resto de la guarnición hasta comienzos de noviembre, momento en que se da inicio a la expedición al sur: “El 1° de noviembre Hurtado de Mendoza partía de sus cuarteles a la cabeza del más grande y numeroso ejército español que se hubiese visto hasta entonces en Chile.”⁶⁸ Durante la marcha, deberán enfrentar en varias oportunidades a los araucanos. El 8 de noviembre, la primera de ellas, participa Ercilla, como parte —según parece— de la fuerza encomendada a Rodrigo de Quiroga⁶⁹:

Donde de nuestro cuerno arremetimos

un gran tropel a pie de gente armada,

⁶⁴ Porrúa; p. 180.

⁶⁵ Porrúa; p. 180.

⁶⁶ Ofelia Garza: “El mejor de los biógrafos de Ercilla;” en ob. cit.; p. IX.

⁶⁷ En estas circunstancias Ercilla incorpora a Tegualda y Tucapel; cfr. Canto XX y s.

⁶⁸ Medina; p. 49.

⁶⁹ Medina; p. 49.; Barros Arana designa a esta batalla con el nombre de Lagunillas. En T. II; p. 105 y ss.

que con presteza al arribar les dimos
espesa carga y súbita rociada:
y al cieno retirados, nos metimos
tras ellos, por venir espada a espada,
probando allí las fuerzas y el denuedo
con rostro firme y ánimo, a pie quedo.⁷⁰

Entre los prisioneros, y luego de terminado el encuentro, los españoles practicaron toda clase de mutilaciones destinadas a servir de escarmiento al resto de la población. Entre los mutilados se hallaba “Galbarino, preso en circunstancias que se había adelantado mucho de sus filas.”⁷¹ La marcha se reinicia y el día 29 levantan campamento en un sitio denominado Millarapue. En él tiene lugar el desafío que le propone, por medio de un mensajero, Caupolicán a Hurtado de Mendoza, consistente en un combate singular (que este último acepta sin que el mismo tenga lugar) para definir de una vez por todas la suerte de la guerra.⁷² Al día siguiente se produce el encuentro en una batalla que será favorable a los peninsulares. En ella es apresado por segunda vez Galvarino, el cual es condenado esta vez a la horca, suceso que Ercilla relata con minuciosa intensidad y crudeza. Conmovido por la sentencia aplicada al araucano, Ercilla “porfiaba... en que se le dejase con vida, y sin lograrlo, dice,

Forzado me aparté, y él fue llevado
a ser con los caciques justiciado.”⁷³

⁷⁰ En José Toribio Medina; p. 51.

⁷¹ Medina; p. 52.

⁷² Medina; p. 53. Ercilla, Canto XXV.

⁷³ Medina; p. 55. Ercilla, Canto XXV.

La batalla de Millarapue fue para Ercilla, “la más sangrienta que se peleó en todas las campañas.”⁷⁴

Luego de ejecutados los prisioneros, García Hurtado reemprende la marcha y tres días más tarde “arribaba a la casa fuerte llamada que había sido de Tucapel. En breve levantaron los muros de la derruida fortaleza, y... se dio principio a las excursiones a tierra enemiga, procurando siempre por todos medios (sic) reducir a sus pobladores a la obediencia.”⁷⁵ En una de las incursiones, de las que Ercilla dice haber formado parte, tuvo ocasión de salvar la vida a un salvaje de nombre Cariolano.⁷⁶ Días más tarde, el 19 de enero, este último tendrá ocasión de devolverle la mano al poeta, advirtiéndole del peligro que corrían de ser emboscados, él y el piquete que integraba, en la denominada sierra de Purén. En efecto, una emboscada araucana se dejó caer sobre ellos, lo que los obligó a buscar refugio en la cuchilla de un cerro.⁷⁷ Desde ese lugar pudieron montar una defensa hasta tal punto eficaz, que consiguieron espantar a los salvajes, con lo cual “bien pronto... se dieron a la fuga [...] Así terminó aquel extraordinario combate, que Ercilla juzgaba haber sido el más peligroso de cuantos hasta entonces había habido en la campaña.”⁷⁸

Lo que sigue es un conjunto de acciones de marcha, mezcladas con encuentros más o menos prolongados con los araucanos. La tarea inicial, de abastecer de víveres y provisiones al fuerte de Tucapel se había cumplido de acuerdo a lo esperado. Entretanto Concepción es repoblada (6 de enero de 1558) y García Hurtado procede al trazado de Cañete.⁷⁹ Visita y “reforma” “las ciudades de la Imperial, Villarrica y

⁷⁴ Medina; p. 56. Con todo, Góngora Marmolejo no menciona aquel incidente en el ajusticiamiento de Galvarino; cfr. Alonso de Góngora Marmolejo; *Historia*; ob. cit.; p. 249.

⁷⁵ Medina; p. 56.

⁷⁶ En Ercilla; Canto XXVIII, e. 6 y ss.

⁷⁷ Medina; p. 58.

⁷⁸ Medina; p. 58.

⁷⁹ Entre los títulos de este joven e impetuoso gobernador de Chile estaba el de Marqués de Cañete, de donde procede el nombre del pueblo de marras. Las ciudades de Osorno y Mendoza también deberán sus nombres a referencias familiares del mismo.

Valdivia.”⁸⁰ Al llegar a la Imperial, Ercilla es despachado en un piquete de treinta hombres a reforzar la recién fundada Cañete. Los indígenas, enterados de esta división de las fuerzas, nos dice Medina, “comenzaban a alterarse,” por lo que a comienzos de febrero se hallaba de nuevo allí. Y es aquí precisamente donde tendrá lugar la traición de que un yanacona de nombre Andresillo hará víctima a Caupolicán.⁸¹ Dispuesto a entregarlo a los españoles, los convence de dejarse caer sobre el fuerte a la hora en que estos duermen.

Vieron en sus estancias recogidos
todos los oficiales y soldados,
sobre sus lechos sin dormir dormidos,
con aviso y cuidado descuidados;
los arneses acá desguarnecidos,
los caballos allá desensillados,
todo de industria al parecer revuelto,
en un mudo silencio y sueño envuelto.⁸²

Esta es la escena que contempla Pran, enviado de Caupolicán, cuando acompañado por Andresillo visita el fuerte español. Convencido, entonces, Caupolicán ordena el asalto y, con él, un número cercano a los dos mil araucanos se deja caer sobre el fuerte cuya guarnición, convenientemente preparada, rechaza el ataque. “Los que habían perecido eran muchos, y no menos lo que se tomaron prisioneros De estos últimos se eligieron tres caciques para ser atados a la boca de un cañón y destrozados con un solo disparo.”⁸³ Este fue el comienzo del fin para

⁸⁰ Medina; p. 59. Cfr., además, Barros Arana; T. II; Capítulo Décimo Séptimo.

⁸¹ En *La Araucana*, Canto XXXI.

⁸² Canto XXXI.

⁸³ Medina; p. 61. La crueldad en el trato de los prisioneros era similar en ambos lados; siglos de civilización en el caso de los europeos no alcanzaban todavía para domeñar el salvajismo ancestral de los pueblos primitivos.

Caupolicán. Pronto será capturado. Por lo pronto, digamos que Ercilla sí estuvo presente en la acción de Cañete y que el poema recoge, entonces, todo el estremecimiento y la dureza del encuentro. De hecho, saldrá en persecución del cacique, “practicando algunas correrías y trasnochadas en busca de [él].” A lo largo de los días posteriores, Ercilla se incorporará a la hueste de García Hurtado,

Que a la nueva conquista había partido
de la remota y nunca vista gente.⁸⁴

Es ello lo que le impedirá “impedir el suplicio de Caupolicán, que tuvo lugar por aquellos días.”⁸⁵

Paréceme que siendo enternecido
al más crüel y endurecido oyente
de este bárbaro caso referido,
al cual, Señor, no estuve yo presente...⁸⁶

La expedición de García Hurtado lleva a Ercilla hacia el sur, más allá de las tierras araucanas hasta Villarrica, donde alcanzará al gobernador, y luego más al sur, hasta “el último límite de Chile entonces conocido.”⁸⁷ Medina:

Según esto, Ercilla ha debido salir directamente de Cañete, pasar nuevamente por la Imperial, siguiendo el camino de la costa y atravesando la región de Toltén Bajo, alcanzar a Hurtado de Mendoza en Villarrica, y pasando por Valdivia, detenerse en el campamento de las orillas del lago.⁸⁸

Según el mismo autor, la expedición parte de Valdivia el día 14 de febrero de 1558. Desde allí va a transcurrir un lapso de dos a tres semanas que van a posicionar

⁸⁴ En Medina; p. 61.

⁸⁵ Medina; p. 61.

⁸⁶ Canto XXXIV; e. 31; en Pehuén; p. 339.

⁸⁷ Medina; p. 62.

⁸⁸ Medina; p. 65.

a Ercilla en lo más austral del mundo conocido.⁸⁹ El viaje no fue fácil. Los obstáculos naturales demandaron lo mejor de su esfuerzo al español. Abrirse paso por bosques y parajes espesos, subir y bajar cerros, soportar el frío, las lluvias, el granizo, el barro, pondrán a prueba la resistencia y el coraje del conquistador. Pero aun “[v]iéndose así abandonados, en tierra desierta, hostigados del hambre y la fatiga aquellos hombres no trepidaron un punto,” escribe Medina. La visión del lago Llanquihue debe de haberles resultado conmovedora. Añade el mismo autor que la expedición siguió la extensión oriental del lago, aquella que pasa por la falda del volcán Osorno y por la punta de Ensenada, hacia la caída occidental del volcán Calbuco, para desde allí encaminarse a lo que es hoy Puerto Montt.

A los once días de viaje vieron desplegarse ante sus miradas atónitas las aguas del espacioso seno de Reloncaví, pobladas de islas que parecían deleitosas, y surcadas por numerosas piraguas. Por un impulso instintivo, todos ellos a una se arrodillaron para dar gracias a Dios de haberlos escapado de peligros que parecían irremediables. Con los ánimos ya más levantados, presto bajaron a lo llano y derramados por allí en cuadrillas, iban saciando el hambre con la frutilla, de que estaban sembrados aquellos campos, sin perdonar hojas ni ramas.⁹⁰

Uno de los pasajes más célebres de todo el poema es aquel en el que Ercilla dice haber llegado a donde ningún otro antes que él. Medina no resiste la tentación de decir que Ercilla se adelanta unos pasos hacia el sur para hacer verídico lo observado (que él es el primero), en un gesto lleno de juvenil exaltación. Era él, no otro, quien se hallaba en el extremo más septentrional del planeta.

[...] Ercilla deseoso de poner el pie más adelante que ninguno de sus compañeros, fingiendo que reconocía el terreno, avanzó aún una media milla para grabar en la corteza de un árbol

⁸⁹ Para la expedición de que formaba parte Ercilla y que aquí nos ocupa, se consideraban que el Estrecho de Magallanes, estaba algo más al sur de Valdivia, esto es, a unos quinientos kilómetros de lo que hoy día es Chillán. Véase más adelante en el texto. También en Medina; p. 63.

⁹⁰ Medina; p. 68.

con la punta de un cuchillo la inscripción que marcaba su estancia allí a las dos de la tarde del 28 de febrero de 1558.⁹¹

Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado,
con solo diez pasó el desaguadero,
el año de cincuenta y ocho entrado
sobre mil quinientos, por febrero,
a las dos de la tarde, al postrer día,
volviendo a la dejada compañía.⁹²

Para Alfonso Escudero, sin embargo, la inscripción de Ercilla se materializó en la isla de Puluqui y no en Chiloé, justo lo contrario de lo que sostiene Medina, para quien Ercilla dejó su nota en este último sitio. Aun así, Medina discute el testimonio del poeta en lo referido a la latitud (Ercilla creía estar en las cercanías del Estrecho de Magallanes) señalando en cambio que la confusión no se debería tanto al hecho de haber inventado esta su presencia allí, cuanto a la latitud real del Estrecho en relación a la imaginada por él, pues, dice Medina, “[é]l, como seguramente la totalidad de sus compañeros ignoraban, o erraron... la altura cierta a la que se hallaba aquel paso de uno al otro mar, creyéndola enormemente más cercana del punto a que habían alcanzado, tal cual era la opinión corriente entonces...” En consecuencia, creyéndolo más cercano, no había errado al afirmar, al comienzo del poema, que el Estrecho se hallaba cerrado:

⁹¹ Medina; p. 69. La idea de que Ercilla se adelanta y escribe con cuchillo en la corteza de un árbol, no sale de la imaginación de Medina; antes bien, de la del poeta mismo, en la estrofa que precede a la que se cita a continuación.

⁹² Pehuén; p. 355.

Fue por falta de piloto, o encubierta
causa, quizá importante y no sabida,
esta secreta senda descubierta
quedó para nosotros escondida;
ora sea yerro de la altura cierta,
ora que alguna isleta removida
del tempestuoso mar y viento airado,
encallando en la boca, la ha cerrado.⁹³

Cerrado, esto es, el paso de uno a otro mar. Con todo, cabe todavía averiguar si Ercilla anotó su célebre pasaje en Chiloé o en la señalada isla de Puluqui. Se pregunta entonces Medina,

¿dónde grabó Ercilla su célebre estrofa? ¿En la isla de Chiloé o en el continente? Después de referirnos cómo efectuó su travesía a la isla, cuenta que luego volvió a atravesar el canal, y a renglón seguido, que deseoso de señalarse escribió aquellos ocho versos. Parece, pues, desprenderse de aquí que había vuelto ya al continente cuando tuvo lugar ese hecho. La colocación de la estrofa en el orden en que está en el poema contribuye a afirmar esta opinión; pero, en el último de los versos de esa estrofa expresa que la grabó “volviendo a la dejada compañía”: luego, decimos, fue cuando aún no se había juntado al grueso de la expedición, esto es, cuando estaba todavía con sus diez compañeros en la isla. Desde el continente, en efecto, ¿hacia adónde habría avanzado más que todo ellos? Venía del lado oriental, al norte estaba lo explorado; tenía, por tanto, que referirse al punto más austral que se hubiera alcanzado, que fue en la isla.⁹⁴

⁹³ Canto I, e. 9; citado por Medina; p. 75.

⁹⁴ Medina; n. 180; p. 349.

La versión de Barros Arana propone un itinerario más simple,⁹⁵ haciendo ver que

[a]quellos isleños, movidos por la curiosidad que despertaba en ellos la vista de estos extranjeros, de sus ropas y de sus armas, hicieron más todavía para obsequiarlos. Pusieron a su disposición una piragua grande que debía servir a los españoles para explorar las islas y las costas vecinas. Diez españoles se acomodaron en esta embarcación. Iba por jefe de ellos aquel licenciado Jualián Gutiérrez de Altamirano (sic), conocido por su carácter aventurero y emprendedor, que acababa de dejar el gobierno de la ciudad de Valdivia para agregarse a la columna expedicionaria. Don Alonso de Ercilla, deseoso, como dice, de conocer el último término de esta jornada era uno de los diez exploradores. [Así,] visitaron tres islas pequeñas; y doblando después al occidente, llegaron hasta la isla grande de Chiloé, donde bajaron a tierra.⁹⁶

No parece haber en Ercilla la intención de engañar o de inventar deliberadamente episodios históricos. Ercilla no inventa, embellece los hechos para asignarles el valor poético que la obra demanda (el poema es, recuérdese, una construcción eminentemente estética), sin faltar por ello a la verdad, de manera que el lugar en que escribió los célebres versos, no es algo que le quitara el sueño. Más aún, cuando habla de Estado araucano, por ejemplo, o de Senado araucano, lo hace sobre la base de que no lo hay, él lo sabe y con toda seguridad espera que sus lectores también lo sepan o se den cuenta. El supuesto Senado no es sino una concesión que él hace a la estructura épica del poema y, por lo tanto, sería grave tomarlo por su valor literal. Es este el pecado de los autores posteriores a Ercilla que van a asimilar su narración con valor historiográfico, algo de lo que carece, salvo en la cronología, en alguna toponimia, y en ciertos sucesos en los que le cupo participar, tal como se verá en los capítulos siguientes.

⁹⁵ Cf. Barros Arana, T. II, n. 10, en p. 128.

⁹⁶ Barros Arana; T. II; p. 131. Véase además la discusión que hace del caso Medina, contradiciendo al primero ("Pero todo esto es inaceptable.") en lo referido al asunto de la fecha exacta en que se produjo el cruce de Ercilla a Chiloé; p. 347; n. 180.

Por ahora, regresemos al momento en que Ercilla exploraba las orillas del seno de Reloncaví y cruzaba el canal de Chacao, para señalar que por esas mismas fechas se capturaba a Caupolicán⁹⁷ en el combate de Antihuala. Aunque va a ser ejecutado algunos meses más tarde (como sostiene Barros Arana, a comienzos del invierno), Ercilla no estará presente — como hemos señalado más arriba — en la ocasión del cruel suplicio.

Luego de finalizado el periplo chilote, Ercilla se une a la columna de García Hurtado y emprenden el regreso al norte. Van a recorrer unos trescientos cincuenta kilómetros hasta llegar a Imperial. En el ínterin, tras haber atravesado una “selva espesa,” como refiere Medina, “llegaron a terreno más descubierta, y siguiendo... las vecindades de la costa, se encontraron a orillas del mar el 6 de marzo... [en] Maullín.” Luego de atravesar el río, la columna siguió viaje al norte, dejando “a su izquierda” la cordillera de la costa

con el propósito de llegar al lugar que se llamaba entonces de Chauracaví, donde don García, a su paso para el sur, creyó encontrar sitio adecuado para trazar la ciudad que tenía proyectada, como lo hizo a mediados de aquel mes, dándole el nombre de Osorno en homenaje a su abuelo, el conde de ese título. Delineada la nueva población, señaladas sus autoridades y hecho el reparto de los solares y encomiendas, tareas que le ocuparon pocos días, Hurtado de Mendoza siguió viaje a Valdivia, y allí permanecía aún el 4 de abril. Muy poco después arribaba a la Imperial...⁹⁸

⁹⁷ Barros Arana refiere que esto debió suceder hacia comienzos del invierno (junio) de 1558; en ob. cit.; p. 138, n. 24. Encina, que parece seguir a Ercilla y a Rosales, no da fechas (en ob. cit.; p. 144; ver nota 51 a este texto); en todo caso se inclina por el relato del primero, lo mismo que Barros Arana, para quien la versión de Rosales es “antojadiza” (ver referencia anterior). Para una mayor discusión véase el capítulo siguiente; ver además la nota que dedica el Archivo Nacional de Chile a “La muerte inmortal de Caupolicán,” que fija el “deceso del toqui... [un] 27 de junio de 1558,” cuatro meses después de su captura en la batalla de Antihuala (localidad situada al este de Lebu y al norte de Cañete); en <https://goo.gl/nc3JGh>; acceso: 15/10/2016. Medina, en una de sus notas al *Arauco Domado* de Pedro de Oña, habla de “mediado el año de 1558 hizo empalar al gran Caupolicán,” p. 331, n. 14; en Pedro de Oña; *Arauco Domado*; Edición crítica de la Academia de la Lengua; Anotada por J. T. Medina; Santiago de Chile; Imprenta Universitaria; 1917; en Memoria Chilena; <https://goo.gl/oxk9uo>; acceso: 4/8/2016.

⁹⁸ Medina; p. 76.

En este último lugar pasaran algún tiempo que Ercilla aprovechará en escribir y completar su poema con los testimonios de testigos presenciales de los hechos que no pudo conocer. Dice Medina que los vecinos de la ciudad

dispensaron la mejor hospitalidad... a los recién llegados, quienes iban así, por fin, a saciar el hambre y encontrar un descanso a las fatigas de la larga y penosa jornada que acababan de realizar. Para Ercilla, al reposo de que gozaba por primera vez después de su arribo a Chile,⁹⁹ se unía la circunstancia de que podía contar entonces allí con la presencia de los que habían sido actores en los sucesos de la conquista, y, sin perdonar momento, se dedicó a continuar la redacción de la obra en que estaba empeñado. El mismo refiere que el 15 de abril, apenas llegado puede decirse, escribía lo que había acontecido cuatro años antes en el asalto de la ciudad por los indios. Y, no contento con eso, y aprovechándose de las informaciones que le suministraron los que fueron compañeros de Valdivia y de Villagra, redactó una larga carta para Felipe II, en la que, al par de felicitarle por su elevación al trono, consignaba cuanto había acontecido hasta entonces digno de recordarse en la historia de Chile.¹⁰⁰

Ercilla va a completar esta primera etapa del mayor de sus viajes, precisamente aquí, en Imperial. La mayor de las vicisitudes de toda su existencia va a vivirla en este lugar del que hoy poco y nada queda, pues la ciudad original sería abandonada hacia 1600 y refundada en 1882¹⁰¹ durante el proceso de pacificación de la Araucanía, en un lugar, si bien cercano, distinto del que ocupaba en la época del poeta. Es aquí, decimos, donde tendrá lugar el altercado que por poco va a costarle la vida, tanto al hombre y al escritor, como al mito que — sin desearlo — terminó por construir.

⁹⁹ Esto parece completamente acertado a la luz de la cronología que hemos venido siguiendo.

¹⁰⁰ Medina; p. 77. Véase también Alfonso Escudero, ob. cit., p. 42. La carta en cuestión es considerada un documento de primera importancia cuyo contenido se desconoce completamente. Dice Medina, “[r]eferimos la fecha de la carta, que de ninguna fuente consta, a los meses de permanencia de Ercilla en la Imperial, porque fue la única época y la primera en que pudo disfrutar de alguna holgura, o quizás, añadiremos, en los últimos meses de su estada en Chile, cuando estuvo preso en la prisión impertinente de que habla en su poema...;” p. 353; n. 195.

¹⁰¹ En Internet; Nueva Imperial; <https://goo.gl/l4gGk4>; acceso: 15/10/2016.

LA MUERTE Y LA DONCELLA

Un año después de haber puesto pie en la isla Quiriquina, Ercilla es condenado a muerte por García Hurtado de Mendoza. Si el amor no correspondido ha traído a Ercilla a Chile, esta nueva fatalidad no puede sino atribuirse a la misma desgracia. Ha recorrido las huellas de un territorio inhóspito; con el paso de los años y los siglos algunas serán caminos y otras se habrán perdido para siempre; ha superado las pruebas del hambre, el frío, las lluvias; los ataques de los aborígenes, las vicisitudes de la vida guerrera (él, un cortesano); y helo ahora, en la flor de la juventud, enfrentado al trance más difícil de la muerte, una muerte con fecha, hora y verdugo. ¿Cómo fue que llegó a tener que enfrentar este duro trance?

Turbó, nos dice Ercilla,

la fiesta un caso no pensado,
y la celeridad del juez fue tanta
que estuve en el tapete ya entregado
al agudo cuchillo la garganta;
el enorme delito exagerado
la voz y fama pública le canta,
que fue solo poner mano a la espada,
nunca sin gran razón desenvainada.¹⁰²

Y, en efecto, “fue solo poner mano a la espada” lo que suscitó las horas más aciagas de su existencia. Ello, sumado a la prisa de un juez inexperto (García Hurtado no cumplía todavía los veintitrés años) y apresurado (“la celeridad del juez fue

¹⁰² Pehuén; p. 355.

tanta...”), determinó que la hora del final fuese señalada e invocada la causa de una pena inmerecida.

Don García —escribe Barros Arana— mandó preparar grandes fiestas en la Imperial para hacer la proclamación de Felipe II [como rey de España]. Dispuso juegos de sortijas y de cañas, especies de torneos militares a que eran muy aficionados los capitanes españoles, y en que lucían su destreza en el manejo de la lanza y del caballo... Don García Hurtado de Mendoza, con todo el ardor de la juventud y con la arrogancia de caballero y de soldado, tenía gran pasión por estas fiestas y por todas aquéllas en que podía ostentar su vigor y su agilidad. Preciábase de ser un eximio jugador de pelota, y creía que en el manejo de las armas no tenía rival... Así, pues, el día de la justa en la plaza de la Imperial, salió a caballo por una puerta excusada de su casa, con el rostro cubierto por la visera de su casco, como si quisiera no ser conocido en el palenque. Iban a su lado don Alonso de Ercilla y un caballero de Córdoba llamado Pedro Olmos de Aguilera. Otro capitán sevillano, llamado don Juan de Pineda, que también llegaba armado para tomar parte en la justa, metió atropelladamente su caballo entre los que montaban los dos compañeros de don García. Aquel acto de juvenil atolondramiento podía ser también una provocación que entre aquellos impetuosos capitanes daba siempre lugar a riñas y pendencias. Ercilla, lleno de cólera, echó mano a la espada “nunca sin razón desenvainada,” dice él mismo. El capitán Pineda sacó también la suya.¹⁰³

Y esto fue todo. Lo demás es atribuible por completo a la juventud atolondrada del hijo del virrey del Perú, que no ve otra salida a semejante acto de desacato, como señala Barros Arana, que el de condenarlos a ser decapitados en la plaza pública al día siguiente. Pese a haber corrido a refugiarse en busca de asilo en una iglesia que se hallaba vecina,¹⁰⁴ son sacados de allí a la fuerza y entregados a la custodia del capitán don Luis de Toledo. Dice, por otra parte, Medina, que el hecho fue presenciado por Góngora Marmolejo que habría estado allí presente.¹⁰⁵ Según este último, en efecto, ambos sublevados huyeron en busca de refugio

¹⁰³ Barros Arana; T. II; pp. 134-5.

¹⁰⁴ *Ibíd.*

¹⁰⁵ Medina; p. 353; n. 196. Allí dice que “[t]odo induce a creer que lo presencié.” Véanse también nn. 206 y 207.

a la iglesia de Nuestra Señora y se metieron dentro. Luego mandó que los sacasen y cortasen las cabezas al pie de la horca, y para el efecto se trujo un repostero y escalera para ponelles las cabezas en lo alto de la horca; y él [García] se fue a su posada y mandó cerrar las puertas, dejando comisión a don Luis de Toledo que los castigase; mas en aquella hora muchas damas que en aquella ciudad había, queriendo estorbar el castigo o que no fuese con tanto rigor, quitándole alguna parte del enojo, con algunos hombres de autoridad entraron por una ventana en su casa y se lo pidieron por merced. Condescendiendo a su ruego, los mandó desterrar de todo el reino.¹⁰⁶

Medina se detiene en los detalles y es más reflexivo a la hora de elaborar la narración, incluso que Barros Arana o que el mismo Góngora Marmolejo, de quien todo parece indicar que estuvo allí. Desde luego, Ercilla no habría corrido a refugiarse en la iglesia “de Nuestra Señora,” nos dice Medina, pues este “se hallaba a pie y maltrecho,”¹⁰⁷ y por eso anota “Pineda, al ver esto [a Ercilla agredido y en el suelo, al gobernador fuera de sí], huyó a buscar asilo en la iglesia, de donde luego le sacó el coronel don Luis de Toledo.”¹⁰⁸

La desmesura en la sanción no fue obstáculo para que esta se preparara como si fuese a ejecutarse. Tan desmesurada fue, sentencia Medina, que los hombres que presenciaron el hecho intentaron por todos los medios persuadir al gobernador para que revocase la sentencia, pero este se sentó en sus trece y no escuchó opiniones, lo que dará lugar a una de las relaciones más disparatadas y pintorescas de nuestra historia, algo que más se parece a un entremés o pantomima, que a la tragedia con final de comedia que acabó siendo. Lo que ocurrió fue que los del pueblo, como los llama Medina, organizaron una audaz arremetida a los aposentos del gobernador, de

¹⁰⁶ Góngora Marmolejo; ob. cit.; p. 267.

¹⁰⁷ Medina; p. 355; n. 206.

¹⁰⁸ Mariño de Lobera no menciona el episodio de la corrida a la iglesia. Dice así: “Mas, como vio que era don Alonso de Ercilla el primero que había puesto mano a la espada, fajó [se trenzó a golpes] luego con él, y dándole en las espaldas un furioso golpe con una maza de armas que tenía en la mano, le postró del caballo abajo, y mandó al capitán de la guardia le llevase preso a buen recaudo.” En Medina; p. 355; n. 204. Además, en Mariño de Lobera; p. 237 (ver *infra*, nota 131).

ciertas damas, para que lo hicieran cambiar de parecer del modo que mejor se acomodara a los fines.

Era notorio – dice Medina – en la ciudad que [don García] cultivaba estrechas relaciones con una doncella – cuyo nombre no se calló en el juicio de residencia –, y a ella ocurrieron (sic) para que tratase de obtener de su amigo el Gobernador la revocación de la sentencia. Aceptó la joven dar el paso que se le pedía, y acompañada de una indígena llegó hasta las puertas de la casa del Gobernador, que encontró cerradas; pero, firme en su resolución de avistarse con él y ayudada de los que hasta allí la habían llevado, escalaron ambas entonces las ventanas. Allí permanecieron toda la noche jugando con don García, y sin poder reducirle durante este tiempo a que cediera en su resolución. Afuera se creía ya perdida toda esperanza. Con las primeras luces del día, los reos habían sido sacados al lugar del suplicio, cuando se vio llegar allí corriendo a don Pedro de Portugal, uno de los que formaban la guardia del Gobernador, con la orden de suspender la ejecución.¹⁰⁹

Y se pregunta Medina a continuación. “¿A costa de qué precio había conseguido al fin el perdón aquella doncella? De seguro – nos dice –, nada más que con halagos y simples promesas.”¹¹⁰ Todas las ironías ponen a prueba las certezas, incluida esta del insigne historiador, más aún cuando van precedidas de un “de seguro.” Como fuere, el hecho de que Ercilla salvara la cabeza resultó un hecho no solo afortunado, sino determinante de nuestra historia. En lo estrictamente doméstico, lo que vino a continuación, sin embargo, no fue la libertad inmediata para

¹⁰⁹ Medina; p. 79.

¹¹⁰ El hecho ha sido ampliamente documentado por Medina. Cfr. sus notas, esp. 211 a 214. En esta última señala que “[t]al es lo que se desprende del cargo 147 de la residencia [de García Hurtado]..., que continúa ahora así: ‘y permitía e permitió que entrase dicha doncella de noche por una ventana, y estando encerrado en su casa y habiendo mandado hacer justicia de don Alonso de Arcila (sic) y don Juan de Pineda, por intercesión de la dicha doncella y otra mujer que fue con ella, lo dejó de hacer; y se estuvo jugando con ellas, casi toda la noche, estando los dichos caballeros [Ercilla y Pineda] confesándose para hacer justicia dellos, y decía y dijo y escribió de su letra, que valía más gobernarse por una india, que no por una puta soberbia.’ La ira y el despecho de don García –prosigue Medina– bien se dejan ver entre líneas a qué obedecían: tildaba de meretriz a aquella muer porque se había manifestado inflexible..., y hacía el propósito de guiarse en lo de adelante por los dictados de una india. Considerando este cargo en la sentencia, aparece mal resumido en ella: ‘Ítem, en cuando al cargo ciento e cuarenta e siete, ques que se gobernaba el dicho don García por una india, le pongo culpa grave.’ Si hubiéramos de estarnos a su tenor, pudiera creerse que la revocación de la sentencia se debió a la intercesión de la india; pero don García no dijo lo que se le atribuye en ella, pues sus palabras consignadas en el cargo respectivo fueron simplemente optativas [o sea, admitidas por García Hurtado, no dichas por él].”

el joven poeta, sino que debió pasar cerca de tres meses encerrado “mientras llegaba el momento en que saliese desterrado para el Perú, a donde don García lo mandó a disposición del Virrey su padre.”¹¹¹ Si los hechos, como supone Medina, tuvieron lugar en julio de 1558, él mismo calcula, siguiendo a Crescente Errázuriz, que debió permanecer en prisión hasta fines de septiembre, 20 o 22, nos dice, “fecha en que don García partió de la Imperial para Cañete,” ocasión en la que “debió de salir con él a campaña, ya que Ercilla dice también que tomó parte en las correrías que se emprendieron, a partir de ese momento contra los araucanos.”¹¹² No por nada el mismo Ercilla escribe:

mas, aunque así agraviado, no por eso

(armado de paciencia y fiero hierro)

falté en alguna lucha y correría,

sirviendo en la frontera noche y día.¹¹³

Entre escaramuzas, “refriegas y asaltos,” el hecho de armas más destacado fue “el ataque al fuerte de Quipeo... que dirigió en persona don García... los días 13 y 14 de diciembre de... 1558, pero en el cual no le tocó a él hallarse.” Ercilla vivía sus últimos días en Chile: “ha debido partir de Concepción en los últimos días de diciembre de 1558, o en los primeros del mes de enero de 1559.”¹¹⁴ Nunca más regresaría. La vida de Ercilla iba a cambiar, otros negocios, nuevas andaduras, la muerte de su hermana, doña María, su matrimonio con doña María de Bazán, la muerte de su hijo natural, don Juan, tras el naufragio de uno de los buques de la Invencible Armada;¹¹⁵ pero nunca más regresaría. Solo la preparación y la publicación

¹¹¹ Medina; p. 79. Nuestro autor sigue en esto a Mariño de Lobera; ver n. 215.

¹¹² Medina; p. 358-9; n. 215.

¹¹³ Pehuén; p. 355; cita de Medina.

¹¹⁴ Medina; p. 80. Véase además n. 222.

¹¹⁵ Escribe Medina: “Muy pronto dos desgracias de familia iban a amargar sus días, ocasionándole una de ellas el más grande dolor que hasta entonces hubiera experimentado después de perder a su madre; la muerte de su hermana doña María, ya entonces viuda hacía tiempo, acaecida en uno de los primeros meses de 1586,

de su gran obra iba a traerle, aunque por mediación del pensamiento, de regreso a estas tierras. Desde 1558 – 1559, pasarán diez años, poco más o menos, hasta que se imprima y publique la primera parte, en 1569. La segunda deberá esperar hasta 1578 para salir de la imprenta. Y la tercera hasta 1589. Es cierto,

afanes sin cuento, hambres, infinitas noches de vigilia, y hasta sangre le costaba; casi dos años de lo más florido de su juventud dejaba en sus recuerdos; se había visto, por fin, condenado a muerte con notoria injusticia, y ya con el cuchillo a la garganta, y con razón, al despedirse de esta tierra, podía llamarla ingrata –que de tan lejano abolengo arranca “el pago de Chile” –; pero en ella, los ejemplos de valor y de abnegación sin límites de sus hijos al defender la patria, habían hecho germinar en su mente la idea (que nunca celebraremos bastante), de relatar la epopeya de su conquista, y se llevaba escrita mucha parte de *La Araucana*, que había de consagrar su nombre para siempre ¡a la inmortalidad! Y a su tiempo, primero que en país alguno, una hija de esta patria ingrata vendría a ofrecerle corona de laurel imperecedera ante su figura de bronce, en testimonio de su gratitud y de su aplauso.¹¹⁶

Pocos hombres parecen haber vivido más intensamente su obra. Por eso, Ercilla es, a lo menos, tan grande como *La Araucana*. Ni Barros Arana ni Medina, dejan de anotar, como veremos, que Ercilla es honesto (a lo menos en la cronología, como insiste aquí y allá Barros Arana en su *Historia General*) y por eso mismo es fuente histórica. No es lo mismo que Neruda cuando escribe en *Residencia en la Tierra*, “Hablo de cosas que existen, Dios me libre / de inventar cosas cuando estoy cantando!” Lo que en Neruda es una aspiración, en Ercilla es un hecho. No necesita invocar divinidades para aspirar a la verdad, pues habla de cuanto ve. Y de cuanto no ve, la poesía se basta a sí misma para ilustrar al lector: tal es la fuerza de su arte poética. Hay algo que ha creído ver Medina en Ercilla y que parece provenir de la obra misma, ¿será el tono poético de que hablábamos? Ercilla va entrando a nuestra mente con un período marcado por la métrica que escogió, pero también por la firme naturalidad

dejando muy escasos bienes de fortuna y cuatro hijas... y la de su hijo natural don Juan de Ercilla, joven de veinte años, que pereció en el naufragio de la nave San Marcos, que formaba parte de la Invencible Armada, cuando en 1588 se dirigía a Inglaterra;” en ob. cit.; p. 137.

¹¹⁶ Medina; pp. 80-1.

con que su canto, sin monotonía, se extiende uniforme por toda la obra. La narración parece temblar, como una gota de rocío en el último extremo de una hoja, sin caer. En su tiempo no existía el ensayo como lo conocemos hoy, ni la novela, ni el cuento. La poesía era el medio de que se valía el mensaje, casi en pie de igualdad con la crónica – ambas eran testimonios. La poesía por siglos había sido el medio *par excellence*. Y la épica era el registro que alcanzaban los hechos heroicos, su clave musical. Sin ella, los hechos podían esfumarse. No era tanto la celebración la meta de la épica sino más bien la preservación de algo que se desvanecía y que urgía rescatar, esto es, las hazañas, eso que no se programa ni planifica, sino lo que sucede desde las entrañas de los hombres. Y es que el valor, el coraje, la resistencia, la perseverancia, no son insumos, no son activos con los que se pueda contar. Esta solía ser la tarea del poeta. Por eso no es lo mismo leer a los cronistas que leer a Ercilla; por eso, pensamos, los historiadores del siglo XVII, del XVIII y del XIX van a encontrar en Ercilla (y casi con exclusividad en él) lo que faltaba en los cronistas del XVI. Eso es la épica, la sublimación de la virtud, de aquello que por sí solo no depende de lo que ocurra finalmente, del resultado de una o de varias acciones, sino del camino que se recorre para llegar a él. Ganar o perder no hacen la diferencia, y en esto Ercilla, plenamente consciente de su obra, resulta insuperable. Ercilla es una marca, una medida. No es esa la razón, pensamos, de que se le hubiese dedicado la estatua de que habla Medina. La patria cuya raza aborígen ensalzó le había sido ingrata, qué duda puede haber, el homenaje tardío no hacía más que refrendarlo. Siglos más tarde Nietzsche escribiría que los grandes hombres debían huir en busca de la soledad, alejarse: “has vivido – decía – demasiado cerca de lo pequeño y de lo miserable... Ellos zumban a tu alrededor con sus alabanzas: impertinente es su alabanza... A menudo fingen encanto. Pero esa siempre ha sido la estratagema del cobarde. De hecho, los cobardes son astutos... Ellos – agrega sentencioso – te castigan por tus virtudes, mas perdonan enteramente tus defectos.”¹¹⁷ Nada bueno le sucedió al joven cortesano en este mundo

¹¹⁷ Robert M. Price; *The reason driven life*; New York; Prometheus Books; 2006; p. 297.

de esfuerzos, hazañas y fatigas, y en el que García Hurtado encarnaría lo que Medina llamará el “pago de Chile.” Si Ercilla hubiese contado solo con su talento, este no le habría bastado. Supongo que es eso lo que nos quiere decir Medina. Y su estatua de la plaza Ercilla, también nos lo dice, solo que como un poema sin palabras, en silencio.



Figura 5. Estatua de Ercilla en Santiago.¹¹⁸

LA FIESTA DE LAS PALABRAS

Recurro en esta parte a Caupolicán como eje del ensayo, porque es a partir de él donde mejor advertimos la relación entre la narrativa histórica y el género épico (o en un sentido más amplio, entre la historia y el mito). Técnicamente, Caupolicán abre el poema en el Canto II y lo termina en el XXXIV. Él es el arco que describe la suma narrativa que va desde el alba (elección del Capitán General como la llama Ercilla) hasta el ocaso (muerte de cacique), de manera que su presencia, ya sea explícita o

¹¹⁸ Medina; en ob. cit., páginas centrales.

implícita, modera el clima poético de toda la obra. Caupolicán es un arco en tensión, algo que hace de él el araucano por antonomasia, la encarnación del pueblo todo. Ahora bien, Ercilla construye tan admirablemente el poema que una lectura apresurada pasaría por alto los detalles de su albañilería. La Araucana es como un círculo hecho de ladrillos, un círculo que al ser observado de lejos (es decir, con la lectura apresurada) vemos perfectamente redondo, pero que, al aproximarnos, solo al aproximarnos, revela estos segmentos de bordes rectos de que está hecho. La relación de distancia, la óptica con que juega el poeta en *La Araucana*, es un logro estético formidable. No solo cuenta las cosas que ve, oye, percibe, sino que incorpora su propia percepción en el relato ("*Pues yo, de amor desnudo y ornamento, / con un inculto ingenio y rudo estilo, / ¿cómo he tenido tanto atrevimiento, / que me ponga al rigor del crudo filo?*"¹¹⁹), sus propias ideas, sean estas religiosas, morales o filosóficas. Por lo tanto, el poema no es una superficie única, sino un agregado de capas que cada cierto tiempo emergen un tanto aquí para desaparecer un poco más allá, de modo que la narración misma – que vamos experimentando por medio de la lectura – puede verse como una onda, una ola que es algo imposible de retener. (Podemos ser los dueños de todo un mar, pero no podemos decir que somos los dueños de una sola ola.) Son tantos los temas, los tópicos, las semblanzas. Piense el lector un canal de curso rectilíneo, que une una partida, A, con una llegada, B. El lector, a medida que transita por el canal, cree moverse en línea recta, sin embargo, no es eso lo que sucede. Si el lector pudiera ver el trayecto que ha seguido a lo largo de *La Araucana*, vería una serie alucinante de ríos que bien podrían formar el curso único del Biobío, pero del que ha recorrido cada meandro, cada afluente, cada recodo. Este es el logro estético de que hablamos, el de hacernos creer que luego de leer nos movimos en derecha, que escuchamos un único discurso, que asistimos a la defensa de una sola causa, olvidando que Ercilla es, antes que nada, un fabulador o, en palabras del poeta portugués Fernando Pessoa, un fingidor. Y así, la obra transita todos los cauces, todas las orillas, todas las rutas,

¹¹⁹ Porrúa; p. 207.

aunque creamos ver solo una. Ercilla, entonces, en tanto narrador viene a ser como una cumbre que no cede sino al que ha resbalado cientos de veces por ella antes de alcanzar la cima. Tal vez la mayor ironía de *La Araucana* no sea la de habernos hecho creer que todo lo que allí se decía era cierto, sino lo contrario: el de habernos hecho creer que todo lo que allí se decía no lo era. ¿Pero dónde está lo cierto, lo vivido, y dónde lo imaginado, lo fabulado? Ercilla, para decirlo borgeanamente, nos ronda con su laberinto, con sus espejos, con sus ruinas circulares. Es tan vasto e inaprensible que por eso Medina, para definir al poeta, requiere de tres palabras o, mejor aún, de tres oficios: poeta, guerrero y filósofo.¹²⁰ Y no podía ser de otro modo, Ercilla es hijo del Renacimiento, aquella época, única en la historia, para la que nadie parecía estar realmente preparado, de allí que no le bastara con tener o adoptar una sola ocupación: la de cortesano. Si quería alcanzar los límites de su época, necesitaba más de una. Medina acierta en su juicio, Ercilla es varias cosas a la vez, aunque el precio que deba pagar sea el de descubrir, finalmente, que se es solo una, siempre: un hombre. ¿Es esta constatación un signo del fracaso al que van destinadas todas las obras humanas? “Trabajo infructuoso como el mío / que siempre ha dado en seco y en vacío.”¹²¹ ¿Es eso únicamente, o ironía, una ironía postrera del autor? Nos enfrentamos aquí, como en toda gran obra, al dilema que ellas nos presentan. Las obras menores suelen acabar en finales concretos, alguien es descubierto, alguien es engañado, alguien es asesinado, etc. Las obras mayores, en cambio, no tienen término. Tienen final, sí, pero todos esos finales son solo provisionales, límites físicos que impone la condición libresca del asunto, algo que no guarda relación con la obra. La obra sigue, ya no más allá del libro sino que, por el contrario, adentro de él. Las grandes obras son como infinitos acotados, limitados por la convención de las tapas y el número de hojas. Roque Esteban Scarpa, en una edición abreviada de la obra sugiere algo parecido cuando dice que Ercilla ofrece una historia de la historia: “Se ha procurado también

¹²⁰ Medina; p. 143.

¹²¹ Citado por Medina; p. 150.

no romper, en lo posible, la unidad del episodio organizado por el poeta en [cantos], y la ligazón se ha establecido en las prosas intermedias [incorporadas para abreviar y] que permiten seguir la historia de la historia.”¹²²

Y la historia de la historia encuentra en Caupolicán el eje fundamental en torno del cual va a girar la esfera ercillana. No irá a serlo a la manera de Aquiles en *La Ilíada* o de Odiseo en *La Odisea*. En el caso de *La Araucana*, la figura de Caupolicán será más bien instrumental, puesto que el desarrollo del personaje en sí, del protagonista, carece de la complejidad que alcanzan los otros dos, especialmente el segundo. Barros Arana lo dice así:

La personalidad de Caupolicán, realzada sobre todo por el poema de Ercilla, aparece mucho más pálida a la luz de la crítica y de la historia. Los mismos españoles del tiempo de la Conquista, acostumbrados a ver ejércitos más o menos organizados y con un jefe a la cabeza, no acertaban a comprender que la sublevación de los indios de Chile fuese el levantamiento en masa de muchas tribus que se reunían para dar una batalla, pero que no tenían cohesión suficiente para someterse a la voz de un caudillo reconocido por todas ellas. De ahí provino, sin duda, la idea de suponer a la insurrección araucana la existencia de un jefe superior, y de atribuirle la dirección del levantamiento y de todas las operaciones militares. Seguramente Caupolicán no fue más que uno de esos caudillos de tribu. Se ilustró en una o más jornadas de la guerra: y por su valor y por su constancia, llegó a tener cierto ascendiente entre sus compatriotas. Su crédito y su importancia fueron exaltados por los españoles cuando en la embriaguez de sus triunfos, tuvieron la ilusión de creer que la captura y la muerte de ese cacique importaba el término definitivo de la conquista. Los documentos antiguos hablan raras veces de él. Su nombre no está comprobadamente ligado a más que a uno que otro hecho de la insurrección: pero su gloria, basada, sobre todo, en los magníficos cantos de *La Araucana*, es indestructible. Caupolicán es para la posteridad el heroico defensor de la independencia de su patria y el organizador de una resistencia indomable, que era en realidad la obra espontánea de la masa de la población indígena.¹²³

¹²² Roque Esteban Scarpa en Alonso de Ercilla; *La Araucana*; Santiago de Chile; Editorial Andrés Bello; Tercera Edición – 2005; p. 5.

¹²³ Barros Arana; T. II; p. 139.

Caupolicán es una especie de metonimia del pueblo araucano, su nombre reemplaza lo que de otro modo hubiese sido lo que Barros Arana denomina una masa de población indígena. En todo caso, era lo que Ercilla necesitaba para que el poema no solo se sostuviera sino que además girara como una esfera en torno de su eje, justo lo contrario de lo que va a acontecer con los conquistadores que, en el otro principio de esta pulsión, son un colectivo sin un nombre que oponer al del salvaje.

Un estudioso español –prosigue Scarpa en el texto ya citado– de la épica sostiene que del bando español no destaca ninguna figura capaz de personificar la raza conquistadora: jefes y soldados, y entre ellos el autor, se muestran en sus virtudes y sus defectos, sin estaturas desmesuradas. Pero tienen el deseo de arraigarse en esta tierra, su voluntad de ser en un medio hostil, pobre y lejano del lugar de origen y de partida. Son portadores conscientes de un ideal que, en ocasiones, sirven sospechando su indignidad. Traen, sin embargo, a Chile, una herencia de lenguaje que integra a la nueva nación a la cultura universal, una fe que lo proyecta trascendentalmente, y dan cohesión a lo que era dispersión en un territorio largo, diverso y complejo de climas y posibilidades de existencia.¹²⁴

¿Es acaso el lenguaje – con toda su carga de civilización – lo que opone Ercilla a un aborigen fuerte y decidido, valiente y audaz, pero que al cabo no podrá sino sucumbir? Es posible, pues la poesía es un asunto propio del lenguaje. El espesor literario de la obra permite sugerirlo y, en abono de ello propongo entender los nombres que Ercilla sugiere, las palabras que los indígenas emplean en sus discursos, el genio retórico de que dan muestras y las instituciones que poseen, entre las cuales se cuenta el mismo Estado araucano.¹²⁵ En consecuencia, no sería sino el triunfo de la lengua sobre la fuerza lo que nos sugiere el anonimato hispano frente a la individuación araucana en la persona de Caupolicán.

¹²⁴ Roque Esteban Scarpa en ob. cit.; p. 7.

¹²⁵ “El Estado araucano, acostumbrado / a dar leyes, mandar y ser temido...;” En Ercilla; Porrúa; Canto I.; p. 26. Esto, sin perjuicio de que, como nos aclara el profesor Mario Orellana R., “[t]ambién la gran provincia de Arauco era conocida como el “Estado” y cuando Valdivia aún vivía (antes de 1554) no sólo estas tierras le pertenecían sino que había mandado construir en 1551 un pequeño fuerte;” en *Chile en el siglo XVI. Aborígenes y españoles, el proceso de aculturación*; Santiago de Chile; Librotecna Editores; 2005; p. 64.

*El Mito Como Factor de Identidad.
De La Araucana de Alonso de Ercilla al Pastiche Mural
Por Sergio A. Rosales Guerrero*

En el capítulo siguiente revisaremos la influencia del poema tanto en los cronistas de los siglos XVI y XVII como en los historiadores que a partir del siglo XVII y, más todavía, en el XVIII, van a escribir una historia más cercana a la idea moderna de composición. Veremos quiénes son, cuáles fueron sus obras, y si acusaron de alguna manera, la influencia del poeta.

CAPÍTULO III

LA ARAUCANA Y LA HISTORIA

Cuando Ercilla llegó a Chile, ya estaban los cronistas aquí. De hecho, suelen ser tres los que se reconocen como tales y que escribieron durante el siglo XVI. Jerónimo de Vivar, autor de la *Relación Copiosa y verdadera del Reyno de Chile* (1558); Alonso de Góngora Marmolejo, autor de la *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado* (1536-1576); y Pedro Mariño de Lobera, autor de la *Crónica del Reino de Chile*, terminada poco antes de su muerte, en 1598.¹²⁶ Ninguno de ellos era historiador, pero los tres fueron soldados y vivieron lo que relataron. Antes que historiar, testimoniaron el tiempo de su paso por Chile. A su manera, hicieron lo mismo que Ercilla, pese a no alcanzar la fama de este.

LA GUERRA DE ARAUCO COMO PULSIÓN ERÓTICA

Amamos más el poema que la historia y, al hacerlo, hemos hecho de él una especie de fetiche. No es el Caupolicán de Góngora Marmolejo o el de Barros Arana el que anhelamos, no, es el de Ercilla. Pero vayamos por partes. Una de las causas de que la historia se diera con la singularidad y la riqueza con que se dio en Chile fue, a juicio de Francisco Encina, la guerra de Arauco.

Este factor —dice—, que influyó poderosamente en todos los aspectos de nuestro desenvolvimiento material, intelectual y moral, encierra, también, la primera de las influencias que gestaron nuestra vocación histórica. Las peripecias de la guerra y las impresiones duraderas que grabaron en la imaginación de los actores, instaban a conservarlas en

¹²⁶ Todos estos datos tomados de Internet; Memoria Chilena; <https://goo.gl/flXHCL>; acceso: 12/8/2016.

memorias. Se trataba de acontecimientos fáciles de retener, al alcance de cualquier soldado o espectador inteligente, cuya narración no requería perspicacia psicológica, ni cultura ni arte literario. El deseo de legar a la posteridad el recuerdo de los hechos en que se actuó y el ocio forzado de los días de tregua o de reforma, hicieron el resto.¹²⁷

El deseo de legar a la posteridad y el ocio forzado fueron los ingredientes, dice Encina, con que hicimos nuestras primeras armas con la historia. La acción nos provee del elemento narrativo, del qué contar. El ocio, la condición necesaria para que aparezca el relato. El ocio, no el aburrimiento, se halla en el origen de la reflexión que hace posible también la creación literaria —esto es, la creación de literatura de imaginación. La acción es, en este punto, casi lo opuesto de ella (*otium* y *nec otium*, lo que daría origen a *negocio*, marcan tanto la reflexión como el término de ella), de modo que Encina debe estar en lo cierto, pero no solo en el caso especial de Chile sino en todos los otros casos en los que haya producción histórica. En cuanto a la guerra de Arauco en sí, dice Encina que emana de ella

algo cósmico, inaccesible a la razón, que se adentró muy hondo en actores y en espectadores, y que despertó un profundo interés dramático... La araucana no es una vana ficción poética: Ercilla captó ese algo cósmico que emanaba de las almas, de los cuerpos, de la tierra, de los ríos y de los bosques y que envolvió a la contienda de Arauco en el mismo vaho que a la epopeya de Troya.¹²⁸

Con todo, prosigue el mismo autor, “hacia la mitad del siglo XIX, las crónicas coloniales dormían, casi todas inéditas, en los archivos españoles o americanos.” No era el caso de *La Araucana*, pues el éxito

que tuvo en España fue extraordinario; de 1569, año de publicación de su primera parte, al de 1592, dos antes de la muerte del autor, se publicaron catorce ediciones, que don José Toribio Medina describe en la BIBLIOTECA HISPANO AMERICANA, haciendo notar que la de 1578, Madrid,

¹²⁷ Francisco A. Encina; *La literatura histórica chilena*; Edición, prólogo y notas de Alfredo Jocelyn-Holt L.; Santiago de Chile; Editorial Universitaria; 1997; p. 44.

¹²⁸ Encina; *La literatura*; pp. 44-5.

es digna de mención, porque es la primera que obtuvo privilegio para las Indias. Hasta 1917-1918 Medina logró reunir cuarenta y ocho ediciones.¹²⁹

En consecuencia, Ercilla no se basó en las crónicas sino en los relatos de sus coetáneos y camaradas de armas. Las fuentes suyas deben haber sido muchas, si no todas, primarias, aun cuando la imaginación – al revés de lo que juzgaba Encina de cara al trabajo de Barros Arana (en el que la imaginación, decía aquel, no entra para nada) – suponía algo más (pero no mucho más) que el elemento ilativo del relato, o mejor, del testimonio. El propio Mariño de Lobera, que debió tener a la vista la obra de Ercilla al comentarla en su *Crónica del Reino de Chile*, nos advierte:

No quiero dejar de advertir al lector sobre este punto, que si acaso leyere la historia llamada Araucana, compuesta por el ilustrísimo poeta don Alonso de Ercilla vaya con tiento en el dar el legítimo sentido a las palabras con que pondera el largo tiempo que este Caupolicán¹³⁰ tuvo en sus hombros un pesadísimo madero, arrojándole después un grande trecho de sí como cosa en que consistía [sic] su elección por estar determinado que el que más tiempo sustentase aquel madero, fuese electo; en lo cual me refiero a su historia avisando aquí al lector que entienda que este caballero habla como poeta con exageración hiperbólica, la cual es tan necesaria para hacer excelente su poesía, como lo es para mi historia el ser verdadera sin usar de las licencias que Horacio concede a los poetas.¹³¹

Y agrega,

Pues no es menos subido de quilates Virgilio, por haber dicho que Polifemo el de Sicilia tomó en la mano una gran viga, y se fue entrando por la mar, llevándola por báculo... ni finalmente Ovidio por no haber escrito casi otra cosa en sus metamorfosis (sic) sino fábulas, y así mientras la exageración es mayor tanto más se debe alabar a don Alonso de Ercilla: poniendo empero resguardo – dice de Lobera – a que entienda el lector que no por esto deja de ser verdad

¹²⁹ Ofelia Garza; p. 27.

¹³⁰ Sin tilde en el original.

¹³¹ Pedro Mariño de Lobera; *Crónica del Reino de Chile; en Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*; Tomo VI; Santiago de Chile; Imprenta del Ferrocarril; 1865; p. 149.

comúnmente lo que escribe, pues una ficción no quita el crédito a la poesía. Y así verá el lector *que en las más concuerda con lo que aquí se escribe, que es lo que pasó en efecto de verdad.*¹³²

Aun así, en el caso de las fabulaciones que se encuentran en el poema, Ercilla es deliberado y sutil a la vez, que es como decir que no se sale de la continuidad de la “historia” para incorporar su vuelo fabulatorio en mitad de la misma, no la interrumpe, eso jamás.¹³³ Ercilla no solo domina la composición lírica, sino que también conoce las reglas y los motivos del género. Empero, lo suyo en el caso de este último, es una concesión que apunta antes que al estilo a los usos, de allí la aparición de brujos o de seres fantásticos en el relato, como en la historia de la madre de Gualemo, devorada por un caballo marino:

Cuentan, no sé si es fábula, que estando
bañándose en la mar algo apartada,
un caballo marino allí arribando,
fue de él súbitamente arrebatada,
y el marido a las voces aguijando
de la cara mujer, del pez robada,
con el dolor y pena de perdella
al agua se arrojó luego tras ella.¹³⁴

Aun así, en Ercilla parece cumplirse el mandato señalado por Encina, que glosa en esto a Barros Arana: “la investigación debe preceder a la historia.”¹³⁵ Más todavía,

¹³² Mariño de Lobera; pp. 449-50. (Las cursivas son mías.)

¹³³ El paso de la realidad a la fábula y de esta a la realidad, sin que haya solución de continuidad, nos invita a pensar en los orígenes del realismo mágico, en el que, en palabras de García Márquez, el “problema era borrar la línea de demarcación que separa lo que parece real de lo que parece fantástico.” Entrevista en Revista *Primera Plana*; Buenos Aires; N° 234; junio – 1967; pp. 52-55; en Internet – Wikipedia; <https://goo.gl/676lpV>; acceso: 14/7/2016.

¹³⁴ Pehuén; p. 218.

¹³⁵ Encina; *La literatura*; p. 53.

el camino que debiera conducirnos hacia la historia filosófica, tomando distancia de la historia *ad narrandum*,¹³⁶ no nos aleja tampoco de Ercilla, cuya reflexión si bien en algunos casos lo lleva al lugar común (no al facilismo), en otros alcanza cimas de intuición y profunda belleza.¹³⁷

En suma, no importa qué tanto nos distanciamos de él, al final siempre regresaremos a esa morada hecha de octavas reales que es *La Araucana*. Encina estaba en lo cierto, debíamos ignorar, como Odiseo, el canto de las sirenas para no sucumbir a las tentaciones del mito, debíamos dar paso a la historia como reflexión para no tener que enredarnos en los meandros de un poema por el que, pese a sus curvas y recodos, creemos circular — como he señalado — en derechura. Sin embargo, el influjo de Ercilla fue más fuerte y triunfó sobre el hombre corriente, que mucho antes de leer el poema ya lo supuso verdadero.

¹³⁶ En ibídem. La expresión está tomada de Quintiliano: “historia scribitur ad narrandum, non ad probandum,” esto es, “la historia se escribe *para* narrar, no para probar.”

¹³⁷ Sigo en esto a Ofelia Garza.

EL CONQUISTADOR, LOS CRONISTAS Y EL POETA

A continuación, propongo fijar un canon que sirva para reflejar de manera más esquemática lo que he venido sosteniendo. En la tabla siguiente, el lector podrá contrastar las épocas y las publicaciones de los cronistas en relación a Ercilla y la publicación de *La Araucana*.

NOMBRE.	NACIMIENTO Y MUERTE.	AÑOS EN CHILE.	OBRA Y FECHA DE PUBLICACIÓN.
Jerónimo de Vivar (¿Juan de Cerdeña?). ¹³⁸	¿H. 1525?	¿1549? ¹³⁹	<i>Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile;</i> terminada en 1558; publicada por el Fondo J. T. Medina en 1966. ¹⁴⁰
Alonso de Góngora Marmolejo. ¹⁴¹	1523 - 1576	Fines de 1550 (51) a 1576.	<i>Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado;</i> 1850. ¹⁴²
Pedro Mariño de Lobera.	1528 - 1595	1551(2) - 1562; después, intervalo en Perú; regreso a Valdivia h. 1570; finalmente, regreso al Perú, donde muere.	<i>Crónica del Reino de Chile;</i> 1865; publicada en la Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional.
Alonso de Ercilla.	1533 - 1594	1557 - 1558-9	<i>La Araucana;</i> 1569, 1578, 1589.

¹³⁸ Internet; Memoria chilena; <https://goo.gl/ntCdMu>; acceso: 2/10/2016.

¹³⁹ Sigo a Sergio Villalobos en su *Historia del pueblo chileno*; ver nota *infra* en cap. III.

¹⁴⁰ *Ibíd.*

¹⁴¹ Miguel Donoso R.; en Góngora Marmolejo; *ob. cit.*; Estudio preliminar; pp. 27-8.

¹⁴² *Ibíd.*; p. 47; "El manuscrito," escribe Donoso, "[se] acabó de redactar en diciembre de 1575... [S]egún apunta Francisco Esteve Barba 'Durante más de dos siglos durmió en la biblioteca del Monasterio de Montserrat en Madrid... y en 1859 lo publicó Gayangos... doce años antes de que fuera incluido, en 1862, en el tomo II de la Colección de Historiadores de Chile.'"

He dejado fuera a Pedro de Valdivia a quien suele considerarse, no sin razón, como a uno de ellos, pues a la llegada de Ercilla él ya no estaba. Y cuando más adelante González de Nájera vino a Chile, ya no estaba Ercilla, pues aquel llegaba al mundo el mismo año en que este arribaba a Lima y en que Felipe II ascendía al trono de España (1556). Por contrapartida, distinto es el caso de los tres que propongo en el listado precedente, a los cuales Ercilla con toda seguridad conoció. Para el historiador Fernando Casanueva,

[l]as crónicas principales de este período fundamental de la Historia de Chile, escritas todas por conquistadores, son las siguientes : las *Cartas* de Pedro de Valdivia (que sobrepasan ampliamente su intención epistolar, 1545-1552) ; Gerónimo de Vivar, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile* (1558); Alonso de Góngora Marmolejo, *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575*; Pedro Marino de Lobera, *Crónica del Reino de Chile* (1595) ; Alonso González de Nájera, *Desengaño y reparo de la Guerra del Reino de Chile* (1614).¹⁴³

A los anteriores podría sumarse también Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, pues pertenece a la categoría de los cronistas soldados (como Vivar, Góngora, Mariño y, por qué no, el mismo Ercilla), pero nació a comienzos del siglo XVII, unos cincuenta años después de la llegada del poeta a Chile y su célebre relato sobre el cautiverio,¹⁴⁴ recién saldría de imprenta en 1673, sin mención alguna de *La Araucana*.

En consecuencia, los cronistas soldados del siglo XVI van a marchar en cierto modo paralelos a Ercilla. Si bien lo mencionan..., todos ellos, unidos a él, van a ser fuentes de los historiadores ya más en forma del siglo XVII. A diferencia de los testimonios de Vivar, Góngora y Lobera, Ercilla va añadir un elemento nuevo,

¹⁴³ Fernando Casanueva; *Crónica de una guerra sin fin: La "Crónica del reino de Chile" del capitán Pedro Mariño de Lobera*; Internet; Persee; en <https://goo.gl/EOTtyy>; acceso: 12/7/2016.

¹⁴⁴ Otro cautivo insigne fue el hijo de Pedro Mariño de Lobera, Alonso, a quien su propio padre rescató. En Barros Arana; ob. cit.; p. 340; n. 23.

particularmente los nombres araucanos. El punto es puesto de relieve por Fernando Casanueva en su estudio introductorio a la obra de Mariño de Lobera:

La lectura de esta CRCh [Crónica del reino de Chile] nos da siempre la impresión de un puñado de heroicos españoles... luchando contra muchedumbres compactas de indios... al mando de los caciques Colocolo y Petegüelén. Pese a este anonimato indígena colectivo (para los cronistas de la época, los indígenas “son la tierra;” «se alzó la tierra,» dicen al referirse a las rebeliones generales), nuestros autores retoman los héroes indios que ya habían sido individualizados y enaltecidos por Ercilla en La Araucana: Lautaro, Caupolicán, Galvarino, Colocolo, etc., presentándolos siempre, [al igual que] la CRCh, en sus aspectos positivos de valor, patriotismo y excelencia guerrera. Allí aparece Lautaro, “tan pomposo con sus ilustres victorias, y tan estimado y querido de los suyos, que ponían en él los ojos como en su libertador y toda su gloria” (p. 355-356); Caupolicán, quien se presentaba en las batallas “en un caballo blanco y con una capa grana, como si fuera un español muy autorizado así en su traje como en el mandar y socorrer desde allí a sus escuadrones, con la expedición y traza que pudiera hacerlo el capitán más diestro de Ñapóles o Flandes » (p. 377); Galvarino, a quien los españoles cortaron las manos, “el cual venía delante de estos 3 escuadrones levantando los brazos sin manos, porque todos los viesan casi corriendo sangre, para incitar a ira y coraje de los suyos” (p. 378).¹⁴⁵

Ercilla saca del anonimato a los araucanos y, al hacerlo, cede, por así decirlo, sus derechos a la posteridad, el derecho de llamar a los aborígenes por los nombres con que él los ha bautizado, puesto que sus nombres originales eran sonidos carentes de grafía.¹⁴⁶ Para Barros Arana, los nombres de que Ercilla va dotando la presencia del aborígen no solo implican el modo de llamarlos sino los atributos con que el poeta los distingue: “Ercilla,” dice, “[...] ha realzado en su poema la figura opaca de ese

¹⁴⁵ Fernando Casanueva; *Crónica*; ob. cit.; pp. 141-2.

¹⁴⁶ En las notas a la *Historia* de Góngora Marmolejo, Miguel Donoso hace ver que el nombre de Queupolicán, que le da aquel en su obra, “suele presentar importantes variantes gráficas. Según la tradición mapuche, era natural de Pilmaiquén,” etc. En ob. cit.; p. 533. Barros Arana, no obstante, va más lejos: “Tenían por jefe a Queupolicán o Caupolicán, nombre más sonoro adoptado por Ercilla en su inmortal poema, y seguido más tarde por la generalidad de los historiadores;” en ob. cit.; T. II; p. 96. Por si esto fuera poco, en el mismo poema Ercilla adiciona *passim* una “o” a Caupolicán” dejándolo como “Caupolicano,” ganando ciertamente una vocal para formar el endecasílabo. Cf. Pehuén, p. 299 y Porrúa, p. 418. Vivar, por último, lo denomina Teupolicán (en Sergio Villalobos; *Historia del pueblo chileno*; p. 211; ver nota *infra*).

indio para constituirlo en héroe épico...” Figura opaca, escribe, como si su brillo lo debiera todo a la inspiración del poeta. Y aunque por otra parte, el historiador Julio Retamal Ávila, señala que Góngora Marmolejo se inspiró en la obra de Ercilla para llevar adelante la suya,¹⁴⁷ ello no lo mueve en modo alguno a ser generoso con el cacique, particularmente cuando al referir su muerte, relata que Reinoso, el capitán español, se había cansado de escuchar sus ofrecimientos para salvar la vida y, “viendo que era entretenimiento y mentiras... mandó a Cristóbal de Arévalo... que lo empalase y así murió.” Y, sin muestra alguna de conmiseración, agrega: “Este es aquel Queupolicán que don Alonso de Ercilla en su Araucana tanto levanta sus cosas.”¹⁴⁸ En el asalto a Cañete, aquel en que el yanacona Andresillo en connivencia con los españoles mete a los araucanos en una trampa mortal, Barros Arana se pregunta por la presencia real de Caupolicán:

¿Quién mandaba a los indios en esta jornada? Caupolicán, dice el mayor número de los historiadores posteriores, explicando que el traidor Andresillo¹⁴⁹ se entendió con él para incitarlo a caer sobre la ciudad. Sin embargo, ni la carta de Reinoso ni las crónicas contemporáneas de Mariño de Lobera y de Góngora Marmolejo nombran para nada a Caupolicán en estos sucesos.¹⁵⁰

Y algunas líneas más abajo sentencia: “Con esta ficción poética, Ercilla ha revestido a los guerreros araucanos de sentimientos completamente falsos ante la luz de la historia, haciéndolos aparecer como paladines de los libros de caballerías.”¹⁵¹

Con todo, esta ficción poética va a servir de escalón a los sucesores de Ercilla en el camino ascendente que casi sin excepción parece ser el relato de la nación, la biografía de la patria, tema que abordaremos en la última parte de este ensayo. Los cronistas van a dar paso en el siglo XVII al trabajo de escritores formados ya no en los

¹⁴⁷ Julio Retamal A.; *La cultura colonial*; Santiago de Chile; Editorial Salesiana; 1980; p. 14.

¹⁴⁸ Góngora Marmolejo; *Historia*; pp. 262-3.

¹⁴⁹ Góngora Marmolejo escribe “Andresico,” en *Historia*; ob. cit.; p. 258.

¹⁵⁰ Barros Arana; T. II; p. 124; n. 5.

¹⁵¹ Barros Arana; T. II.; p. 125; n. 5.

campos de batalla sino antes bien en las bibliotecas y salas de estudio. Para la historiografía tal cual la conocemos hoy, habrá que esperar hasta el siglo XIX.

Hacia la década de 1840 – escribe Cristián Gazmuri – se creó conciencia entre la elite política e intelectual de Chile que, como una forma de vertebrar a la joven nación, era necesario escribir la historia del país. Durante la época colonial, varios cronistas habían dejado una apreciable cantidad de material manuscrito. La mayor parte se trataba de relatos sin respaldo de investigación y, frecuentemente, copiados unos de otros. Sin embargo, hacia fines del siglo XVII, José Pérez García y Vicente Carvallo y Goyeneche habían hecho historiografía con la base documental seria y relativamente completa. Pero no contaron con la numerosa documentación existente en España (aunque puede que Carvallo llegara a conocerla muy parcialmente), en Perú, Argentina y, en menor medida, otros países europeos, así como crónicas que estaban en manuscrito y no eran conocidas en Chile.¹⁵²

Así, entonces,

[e]l primer gran estudioso que iba a emprender la tarea [de escribir la historia de Chile], no fue un chileno ni un historiador. Fue el naturalista francés Claudio Gay... Estudió... ciencias naturales y botánica en el Museo de Historia Natural de París, donde trabajó hasta 1828... En diciembre de ese mismo año llegaba hasta Chile, contratado para hacer clases en el Colegio de Santiago [y c]omo le sobraba tiempo (según decía), se dedicó a estudiar la flora y fauna de los alrededores...¹⁵³

En otras palabras, habrá que esperar hasta la primera mitad del siglo XIX para que podamos hablar de una historiografía en forma, pese a lo cual resulta imposible recoger la oración de Gazmuri, en la que dice que el primer gran estudioso de la historia de Chile no iba a ser chileno ni historiador, y no pensar en Ercilla. A semejanza de Gay, Ercilla también iba a ser fuente de consulta y referencia para los historiadores del siglo XVII. “Ercilla, el principal cantor de Chile colonial, tiene

¹⁵² Cristián Gazmuri R.; *Historiografía chilena*; T. I.; Santiago de Chile; Aguilar Chilena de Ediciones S.A.; 2006; p. 54.

¹⁵³ Gazmuri; p. 55.

vigencia actual y la ha tenido desde su aparición, inspirando poemas, crónicas, historias y, lo que es más, inspirando sentimientos patrióticos...”¹⁵⁴

¿Qué menos cabía esperar? Ahora, si la historia, en términos formales, comienza en Chile hacia bien entrada la primera mitad del siglo XIX, ¿qué hubo antes? Si seguimos a Julio Retamal en su brevísimo ensayo sobre la cultura colonial, encontraremos al mismísimo Pedro de Oña, primer poeta nacional universal,¹⁵⁵ que escribe su *Arauco Domado*, “tratando de retribuir los favores que Hurtado de Mendoza le había prodigado, imitando a Ercilla...,” y que en opinión de Menéndez y Pelayo “constituye un pecado de juventud. Fino poeta lírico pierde entonación al pasar a la épica.” Aun así, Pedro de Oña “no se contentó con esos versos... y escribió” otros, como *El Ignacio de Cantabria* y *El Vasauero*. Esta misma línea poética va a adentrarse en el siglo XVII con la composición de obras como *La Araucana*, “del andaluz Fernando Álvarez de Toledo” y *El Purén Indómito*, de Diego Arias, “que cuenta la muerte de Martín García Oñez de Loyola.”¹⁵⁶

Más importante, sin duda, que las anteriores, es la obra del capitán Alonso González de Nájera [ya citado]. Domingo Sotelo de Romay, es otro de los escritores soldados que viniendo desde España plasmaron con su pluma el ambiente chileno. Su *Historia de Chile*, que abarca desde la prehistoria hasta la guerra defensiva, tiene por objeto demostrar la improcedencia de este sistema de guerra... El manuscrito de Sotelo no ha llegado hasta nosotros y las pocas noticias que de él se tienen provienen del uso que le da Diego de Rosales... Otro esfuerzo hecho por un militar es el [de] Melchor Jufre del Aguila, que en verso escribió el *Compendio historial del descubrimiento, conquista y guerra del Reino de Chile*... impreso en Lima en 1630... Pero las grandes crónicas no han hecho su aparición. La primera de ellas es la *Histórica relación del Reino de Chile y de las misiones que ejercita en él la Compañía de Jesús* del padre jesuita Alonso de Ovalle... El libro de Ovalle es un canto glorioso a la belleza del país, todo lo natural resalta en sus páginas... [Para Encina, su] descripción de los Andes es una página maestra de la literatura universal... La obra de Alonso de Ovalle fue, desde 1726 incluida por la Real

¹⁵⁴ Retamal; *La cultura*; p. 13.

¹⁵⁵ Retamal; *La cultura*; p. 14.

¹⁵⁶ Todas las últimas citas y referencias en Retamal; pp. 14-5.

Academia Española en la lista de los escritores españoles que forman autoridad en materia de lenguaje... Otra de las grandes historias es la del jesuita Diego de Rosales, que tituló *Historia General del Reino de Chile. Flandes Indiano*. La obra de Rosales es cabalmente un primer intento de una historia de Chile, puesto que es producto de una revisión de las fuentes y de una observación aguda y profunda del medio que lo circunscribe. Rosales, oriundo de Madrid, había llegado a Chile en 1629... Rosales es dentro de la literatura colonial el historiador por excelencia.¹⁵⁷

El siglo XVIII, el de la Ilustración europea, también adquirirá carta de ciudadanía en Chile, en el que no solo avanzará aún más el estudio de la historia, sino que también lo harán “las ciencias naturales, la teología y la poesía.”¹⁵⁸ La primera obra relevante en el género historiográfico será la *Historia de Chile*

del capitán Pedro Córdoba de Figueroa, que abarca desde el descubrimiento de Chile hasta 1717... Viene en seguida una obra anónima que algunos han atribuido al padre Miguel de Olivares y otros al padre Juan Bernardo Bell, ambos jesuitas, y que lleva por título *Breve noticia de la provincia de la Compañía de Jesús de Chile*... Miguel de Olivares... nacido en Chillán, [e]scribió una Historia militar, civil y sagrada de lo acaecido en la conquista y pacificación del Reino de Chile, que alcanzó a terminar hasta el año 1655... Movidó por el mismo amor al terruño, que ya había movido otras plumas, el jesuita Felipe Gómez de Vidaurre se dio a la tarea de escribir una obra sobre su país y en 1788, concluía en su destierro de Bolonia, su *Historia geográfica, natural y civil de Chile*... Pero no solo religiosos incursionan en la historia de Chile, los seculares Vicente Carvallo y Goyeneche y José Pérez García darán fin al ciclo historiográfico del siglo XVIII... El primero nació en Valdivia por 1740... [y] concibió el deseo de escribir una *Descripción geográfica e histórica del Reino de Chile*, que superará a las anteriores. El manuscrito [de la obra], que se conserva en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, y del cual en Chile existe copia, ha sido aprovechado con creces por los historiadores nacionales, pues es, sin duda, la más completa de las obras escritas durante la Colonia... [José] Pérez García, natural de Vizcaya... [r]evisó el archivo del Cabildo de Santiago y con la ayuda de su gran cantidad de manuscritos escribió en 1804-1810 su *Historia general, natural, civil y militar del Reino de Chile*. Los hechos son relatados desde la Conquista incásica hasta el Gobierno de

¹⁵⁷ Retamal; *La cultura*; pp. 15-8.

¹⁵⁸ Retamal; *La cultura*; p. 19.

Muñoz de Guzmán en 1808, en estricto orden cronológico, se empeña en meter en el saco todos los datos con que contaba, sin analizarlos ni pesarlos; es el primer historiador liberal de Chile, todo lo que sucede y él conoce tiene cabida en su historia, verdadero o falso, da lo mismo, él no se forma opinión, escribe para que otros se la formen.¹⁵⁹

He aquí entonces un dibujo del panorama historiográfico hasta fines del siglo XVIII. Hemos dejado fuera autores importantes como los jesuitas Molina y Lacunza por haber destacado en otras áreas del saber, pero en lo reseñado cabe buena parte de la producción histórica en Chile en los siglos inmediatamente posteriores a la Conquista. En consecuencia, lo que nos resta es conocer hasta qué punto estas obras recibieron y absorbieron la influencia de Ercilla y si se hacen cargo de la semblanza que este dejó de los aborígenes.

LA PRIMERA HISTORIA DE CHILE

La Araucana es el poema total, algo que Neruda va a ensayar en su *Canto General*, abarcando todos los temas de la patria americana: la flora, la fauna, la geografía, la historia. Ercilla no irá tan lejos pero sí va a llegar más allá de Neruda, por cuanto el peninsular va a influir en la historia, en el relato histórico mismo, un espacio que para el parralino será un coto vedado. Con todo, *La Araucana* es el primer aullido, el primer vagido del pueblo chileno que, como todos los pueblos, es el producto de un encuentro, una coincidencia de medios, humanos y geográficos, y de la superación de las diferencias para, hegelianamente, plasmar una realidad nueva y diferente. Y Ercilla, si en muchas cosas fue el primero, en la descripción de la tierra, del lugar, se adelantó a todos:¹⁶⁰

Es Chile Norte Sur de gran longura,

costa del nuevo mar, del Sur llamado,

¹⁵⁹ Retamal; *La cultura*; p. 20.

¹⁶⁰ Debo esta magnífica intuición a mi maestro y amigo Julio Retamal Ávila.

tendrá del este al oeste de angostura
cien millas, por lo más ancho tomado,
bajo del Polo Antártico en altura
de veintisiete grados, prolongado
hasta do el mar Océano y chileno
mezcla sus aguas por angosto seno.

Esta es la geografía, parece decirnos. “Esta fue la morada, éste es el sitio...,” escribiría Neruda en *Alturas de Macchu Picchu*. Estas son las referencias, parece decirnos a su turno Ercilla. Lo importante es hacer ver que habrá esperar muchos años hasta que podamos pasar de este primer esbozo, en verso, de la forma y extensión de Chile, hasta una imagen más o menos aproximada del territorio, ambición que plasmará, con algún que otro intento previo, en la obra de Claudio Gay.

Por ahora, sigamos a Barros Arana en lo que corresponde al significado histórico de la obra. *La Araucana*, dice, “es la primera historia de Chile en el orden cronológico.”¹⁶¹ En cuanto a su composición, es poco probable que el poema haya sido compuesto por el autor en Chile. Numerosas fuentes dan por hecho que así fue, basados en las palabras que el autor escribe en el prólogo a la primera parte: “...y poco tiempo que para escribir hay con la ocupación de la guerra, que no da lugar a ello; así, el que pude hurtar, le gasté en este libro, el cual porque fueese más cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra,”¹⁶² etc. Pero si al poco tiempo que estuvo Ercilla en Chile, sumamos el hecho de que participó en casi todas las acciones de que da noticia, y en los traslados, marchas y desplazamientos que emprendió, eso nos deja un margen muy escaso como para componer una obra que tiene tres partes, 1.146 octavas reales, y que le tomó veinte años publicar. Por tanto, lo más probable, como

¹⁶¹ Barros Arana; T. II.; p. 203.

¹⁶² Porrúa; p. 11.

digo, es que, siguiendo a Barros Arana, “recogiese ciertas notas, o escribiese algunos fragmentos.”¹⁶³ No más. Por otra parte, si vamos a hablar de influencia debemos tomar nota de las fechas en que terminaron sus manuscritos los cronistas (Vivar, Mariño, Góngora), lo que deja un margen bastante restringido, pues la primera parte se publicó en 1569. Con ello, Vivar no la pudo conocer, pues su manuscrito acaba en 1558. Góngora y Mariño sí la conocieron, pues la mencionan en sus obras.¹⁶⁴ En cuanto a influencia, no resulta tan claro, pues los hechos de que trata el poema son prácticamente los mismos que relatan todos ellos por haberlos vivido. De allí que a lo largo de la relación de Barros Arana, este haga notar las discrepancias en los datos que cada uno proporciona. Tiene lugar entonces lo que anticipé más arriba, y es que todos ellos, desde Valdivia a Ercilla, sirvieron de fuente a los historiadores de los siglos venideros. Pero volvamos un momento a Barros Arana:

La primera parte de La Araucana, publicada, según ya dijimos, en 1569, es una obra esencialmente histórica, y contiene la relación de todos los sucesos ocurridos en nuestro país hasta la llegada del autor con don García Hurtado de Mendoza, en 1557. Ercilla había recogido estas noticias en su trato con los primeros soldados españoles que penetraron en Chile; y las expuso en la forma más natural, siguiendo fielmente el orden cronológico de los sucesos, fijando a veces las fechas con la más escrupulosa precisión, pero omitiendo los hechos y circunstancias que no era posible hacer entrar en un poema heroico. Su imaginación se limitó a embellecer los detalles, a crear algunos accidentes poéticos para engrandecer los hechos y a dar realce a los caracteres de sus héroes.¹⁶⁵

Después, dice el mismo autor, Ercilla modificó su plan, incorporando en la segunda parte y tercera partes, elementos más propios del género épico que del histórico, por tanto, para el historiador, la parte más eminentemente histórica es la primera, siendo las otras dos más poéticas.¹⁶⁶ En este cometido, la obra es efectivamente una fuente de consulta: “no es posible... poner en duda su valor...

¹⁶³ Barros Arana; p. 204.

¹⁶⁴ En Góngora, ob. cit.; p. 266.; en Mariño de Lobera, ob. cit.; p. 149.

¹⁶⁵ Barros Arana; p. 204.

¹⁶⁶ Barros Arana; p. 204.

como fuente de información de los hechos que cuenta.”¹⁶⁷ Tanto es así, que los cronistas y los historiadores subsecuentes, todos ellos le reconocen “su indisputable valor histórico.”¹⁶⁸ Uno de los rasgos que con mayor asiduidad asoman en Barros Arana es el de la cronología de los hechos, los que en su opinión siguen el “orden en que ocurrieron.”¹⁶⁹ Los más débiles son los propiamente poéticos, pues alargan o recargan innecesariamente la acción. En otros casos, incorpora elementos completamente fuera de lugar como en el caso de “la intervención de Lautaro en la batalla de Tucapel, donde supone el poeta que después de un hermoso y arrogante discurso, ese caudillo hace volver a la pelea a sus compatriotas y convierte en espléndida victoria una derrota desastrosa.”¹⁷⁰

La sola lectura del poema permite comprobar todo lo que le atribuye Barros Arana, con la salvedad de que dicha lectura – como ya he señalado más arriba – en la perspectiva exclusivamente histórica, es incompleta. El poema es más que la mera historia. Diría incluso que la historia es la excusa (ya lo he señalado, pero lo repito), pues inspira la devoción del poeta por la causa de los aborígenes que, superados en todo, se enfrentan incansables al conquistador. Los historiadores no suelen reparar mucho en el carácter literario de la obra y se adelantan, como Barros Arana, a reprocharle sus numerosos e insignificantes detalles en los que hallaría cierto regocijo (esto es, literario). Como si el arte de narrar poéticamente jugara en contra de su labor de historiador. Ercilla, es cierto, toca los hechos más relevantes, las batallas, y las va hilando con digresiones fabulosas o ficticias, o con presencia de magos y adivinos, que trasladan al lector de lugar y rompen el esquema unitario propuesto por Aristóteles. A esto cabe sumar las consideraciones morales y algunos juicios con los

¹⁶⁷ *Ibíd.*; p. 206.

¹⁶⁸ *Ibíd.* Tómese el caso de la llegada a Chiloé de la expedición de que formaba parte Ercilla: “Fuera de los cantos citados,” escribe Barros Arana, “no hay ningún documento que contenga noticias auténticas y medianamente prolijas acerca del viaje de don García Hurtado de Mendoza hasta el archipiélago de Chiloé.” En *ob. cit.*; T. II.; p. 230; n. 10.

¹⁶⁹ *Ibíd.*

¹⁷⁰ *Ibíd.*; p. 207.

que da cuenta de su propia humanidad, aspecto en el que llega a lo más alto en las bellísimas estrofas del final. Sin embargo, nada de esto se le puede reprochar al poema. Lo dice Barros Arana a su modo: “como documento histórico, no alcanza a constituir una guía tan segura [de haber tenido] menos atavíos literarios... [así y todo] es un auxiliar utilísimo para la comprobación de otras relaciones y que suministra, además, hechos que no se [encuentran] en otra parte.”¹⁷¹ Y este es su valor. Para Barros Arana, según nos lo ha hecho ver Encina, en la narración histórica no entra para nada la imaginación – como en *La Araucana* – y, por lo tanto, incorporarla es un rasgo censurable.

Hasta aquí, convengamos en que Ercilla es *fuentes* y no *influencia*. Si aceptamos, por otra parte, como cierta la diferencia establecida por Encina, de que nos movemos entre los extremos de la historia *ad narrandum* o narrativa y la historia filosófica o interpretativa, estaremos de acuerdo en que Ercilla pertenece a la primera definición sin ningún género de dudas. Pero si aceptamos esta clasificación, debemos aceptar también que, en lo narrativo, Ercilla va más lejos que sus colegas, como Vivar, Góngora y Mariño de Lobera, porque Ercilla no solo relata lo que ve sino que lo sublima por medio del artificio poético y, por este expediente, lo transforma todo – o casi todo – en epopeya. Ercilla no solo habita y registra el mundo poéticamente, además lo transforma, lo exagera, lo lleva al límite, sí, como si lo expandiera más allá de sus límites naturales, y eso nos deja en un espacio nuevo, diferente: el de la épica.

Es esto lo que molesta al Barros Arana historiador, el que Ercilla les atribuya a los aborígenes cualidades que no tenían ni podían tener: cohesión, espíritu de nacionalidad, fuerza física desmesurada, unidad militar, hasta el uso de armas de hierro “siendo que esos bárbaros no conocían siquiera el uso del cobre.”¹⁷² Todo está, así, exagerado, la retórica, el amor, las ideas. Los héroes araucanos son héroes dignos

¹⁷¹ Barros Arana; p. 207.

¹⁷² Barros Arana; T. II.; p. 207.

de ser imitados o admirados, “creando personajes imaginarios para los cuales inventa nombres y proezas,” o “tipos legendarios” como “Colocolo, Caupolicán, Lautaro, Rengo, Tucapel y Galvarino,” entre otros hombres y mujeres, imponiendo por esta vía (la de la épica) “sus poéticas ficciones en la tradición popular.”¹⁷³ Es este mismo fenómeno el que le llevará a lamentar “los horrores de la Conquista,” aquella que impone por la fuerza la civilización a las sociedades primitivas, auténticos modelos de virtud y de vida sencilla.¹⁷⁴

Ercilla será entonces la fuente que dotará a la historia de nombres, de lugares, de datos, especialmente los topográficos. El mismo Barros Arana lo reconoce cuando dice que no es poco lo que han servido estos antecedentes, “para establecer la geografía de la conquista de Chile.”¹⁷⁵

Es aquí, por tanto, donde se unen aquellos extremos, tan caros a Encina, y que no debieran unirse con tanta ligereza: los de la narrativa con los de la filosofía, pues Ercilla no solo puso nombres y describió parajes, no. Ercilla perfiló un tipo humano formidable, solo comparable a sus pares literarios griegos o latinos. Y este fue el problema, el de la tentación para numerosos historiadores de tomar a Ercilla al pie de la letra. “En la conquista de Chile,” dice Sergio Villalobos, “la exaltación épica predominó en los escritos a causa de la intensidad de la lucha... y su influencia ha sido tan grande, que los historiadores —y con mayor razón los ensayistas— han resbalado por la superficie brillante de la épica.” Ello, sugiere, es lo que explicaría el “falseamiento inconsciente o consciente de la empresa de dominación.”¹⁷⁶ La épica, dice Villalobos, poseía eficacia. El mito, nos dice, “no por falso deja de ser una realidad

¹⁷³ *Ibíd.*; p. 208.

¹⁷⁴ *Ibíd.* “Sus sentimientos poéticos,” escribe Barros Arana, “lo llevan a creer en esas fantásticas ilusiones de la edad de oro [clásica], llena de las más sencillas virtudes que él se figura descubrir entre los bárbaros.” (p. 208; n. 15.)

¹⁷⁵ *Ibíd.*; p. 209.

¹⁷⁶ Sergio Villalobos; *Historia del pueblo chileno*; Santiago de Chile; Empresa Editora Zig Zag; 1983; p. 208.

en la mente de la gente.”¹⁷⁷ Y esto es clave: la épica, histórica o religiosa, del tipo que sea, arrastra para bien y para mal esta cualidad.

Ercilla, entonces, aporta datos y una cosmovisión o, si se prefiere, una *weltanschauung* o visión de mundo. En ambos casos, se trata de términos y valoraciones relativas. “La proeza de los catorce de la fama,” escribe Villalobos, “que Ercilla presenta como una sucesión de actos heroicos, en la crónica [de Gerónimo de Vivar] está señalada como una fuga desordenada a merced del temor.” Algo similar ocurre con el suplicio de Galvarino o con la aparición de Fresia en momentos en que se apresaba a Caupolicán: “Según Bibar, mató a su hijo arrojándolo por una cuesta, mientras el poeta indica que lo lanzó a los pies del cacique...”¹⁷⁸ Ello se debería, sugiere Villalobos, a la repetición más o menos coincidente que de los hechos hacían los conquistadores y que por este expediente fueron alcanzando cierta difusión. Es poco probable, por otra parte, que ambos autores se hubiesen influido uno al otro, siendo la relación oral de los hechos, más o menos adornados o distorsionados, los que habrían servido finalmente como sustrato narrativo.

Así las cosas, se puede seguir encontrando ejemplos en que consten semejanzas y diferencias, pero lo que va emergiendo es un patrón que deja a Ercilla a la zaga de los cronistas por lo artificioso y ficticio de su arte literario, pero, curiosamente, a la cabeza de ellos en cuanto a cosmovisión. Ercilla ensalza el valor y la lealtad y denosta la cobardía y la traición. Es como si su arte no le permitiera encajar las dudas, los temores, las vacilaciones, manifestaciones todas ellas tan humanas como sus contrapartes, pero demasiado blandas para él. Por eso, en Millarapue, para referir la retirada de Caupolicán no se permite escribir que este sencillamente se dio a la fuga, sino que

¹⁷⁷ *Ibíd.*

¹⁷⁸ Villalobos; p. 210. (Bibar es la grafía que utiliza este autor.)

así la trompa a retirar tocaron,
y con paso, aunque largo, concertado,
altas y campeando las banderas
se dejaron calar por las laderas.¹⁷⁹

Góngora Marmolejo, por el contrario, no siente esa necesidad, y es que – en la misma batalla – habiendo sido rechazados los salvajes, los españoles cogen prisioneros a cierto número de caciques, diez, nos dice, “señores principales que hacían oficio de capitán...” Y en cuanto a Caupolicán, a quien Góngora llama “Queupolicán, capitán mayor, huyó.”¹⁸⁰

Tal es entonces el estado de cosas. Los cronistas se dejan inflamar por la épica. Ella es la que predomina, “[a] ellos no les interesaban otros aspectos. No ven las tareas constructivas, la creación de una agricultura, la vida de ciudad, el trabajo ni la administración. Esa existencia, repetida, y monótona, carecía de dramatismo,”¹⁸¹ y por tanto era la épica la encargada de inflamar el relato, pero es ella, al mismo tiempo, en virtud del estilo y del medio narrativo, la que va a separar a los cronistas del poeta. Ercilla se alejará de la crónica lo mismo que de la tierra que lo acogió, para redactar su memoria de los hechos – no la historia –, en forma de poema. Es tanto el brillo del poema, esa forma de evasión, como la llama Villalobos, que, pese a todo, se va a transformar en la primera historia de Chile.¹⁸²

No será, por cierto, el tema, el lugar, la época, lo que elevará *La Araucana* hasta la cumbre de las letras universales, sino el genio de su autor.¹⁸³ A semejanza de lo

¹⁷⁹ Pehuén; p. 264, Canto XXVI.

¹⁸⁰ “Si bien el cronista se dejaba influir por su sentido épico,” nos dice Villalobos, “este parecía mantenerse bajo control, pues ante la posibilidad de entregarse a la exageración, Góngora dejaba aflorar su tendencia ‘verista.’” En ob. cit.; p. 212.

¹⁸¹ Villalobos; p. 216.

¹⁸² Barros Arana; T. II.; p. 203.

¹⁸³ Villalobos; p. 222.

ocurrido con otros relatos fundacionales, serán los mismos beneficiarios de su canto los que mantengan la llama encendida,¹⁸⁴ la de la vanidad nacional, según Villalobos, criterio del que participo. En fin, un mecanismo fatal lo aseguraba, pues la épica obligaba a “elear los hechos y los personajes, porque solo así podían ser dignos de memoria. En lugar de avanzar en la historia, se regresaba al mito.”¹⁸⁵

Y el mito se hizo historia. “La obra,” sostiene Villalobos, en coincidencia con Barros Arana, “no fue rectificadada por ninguno de los protagonistas y hubo, en general, complacencia por su contenido.”¹⁸⁶

Unida a la cronología, el poema atrajo la atención de los primeros historiadores. Ellos consultaron los versos en busca de cifras, lugares, distancias. Poco a poco, sin embargo, fueron los nombres los que predominaron, y no tanto la cuota de victorias y derrotas, como las virtudes del pueblo encarnadas en esos nombres. La imaginación – hábitat natural de la epopeya – hizo el resto.

Y así fue como el verso abandonó la imaginación y se instaló en la consciencia de un personaje al que el mismo Ercilla nunca conoció: el chileno, tema que abordaré en el último capítulo de este ensayo.

¹⁸⁴ *Ibíd*em; p 223.

¹⁸⁵ *Ibíd*em.

¹⁸⁶ *Ibíd*em; p. 228.

CAPÍTULO IV

LA ARAUCANA COMO FACTOR DE IDENTIDAD

En una obra póstuma, publicada en 1981, Arnold Toynbee sostenía que un templo griego puede considerarse como una cabaña de madera en la que el terrado descansa sobre troncos verticales. Todos los componentes, decía, pueden considerarse ya sea horizontales o verticales (salvo el techo), y todos los ángulos que se forman son, en consecuencia, ángulos rectos. Al pasar de la madera a la piedra, los griegos no hicieron sino reiterar su modelo de vivienda, solo que a otra escala y con un material más pesado y durable (y muy abundante en Grecia). Lo importante, señalaba, era el hecho de que el diseño en sí mismo mantenía en el templo la concepción de la cabaña de madera. Como en aquella, todo parecía perfectamente rectilíneo. Sin embargo, si nos fijábamos en el Partenón, en la Acrópolis de Atenas, “el más famoso de todos... [n]o se percibe una sola curva. Ello se debe a que el arquitecto en realidad introdujo pequeñas curvas, cuidadosamente calculadas para que produzcan el efecto de una línea recta.”¹⁸⁷

El Partenón no es una ilusión, pese a ello parece recto en su base (la del estilóbato) aun siendo curvo. Lo rectilíneo es lo ilusorio. Fue construido así, para hacernos creer que la curva era una recta. Todo arte es fingimiento escribía Pessoa, y jugaba con la idea de que se podía incluso fingir la verdad. Pero Toynbee era un

¹⁸⁷ Arnold Toynbee; *Los griegos: herencias y raíces*; México, D.F.; Fondo de Cultura Económica; 1995; p. 66.

historiador y el historiador tiene el deber de desvelar el efecto para que sepamos la verdad sin fingimientos y veamos la curva *en* la recta.

Sin embargo, preferiríamos no saberlo. La explicación del truco mata la magia. “En cuanto dudas de que puedes volar,” escribía J.M. Barrie, “pierdes para siempre la posibilidad de hacerlo.” Hay algo en la magia lo mismo que en la creencia, que es más poderoso que la necesidad de saber. Ocasiones en que es mejor creer que saber. Y con los pueblos pasa lo mismo: “No les interesa el pasado objetivo,” escribía Toynbee, “que adopta la forma del karma, producto ineludible e indiscutible de acciones y experiencias previas. Los pueblos recientemente emancipados buscan una imagen del pasado que quizá no corresponda a la realidad, pero que les proporcionará un fondo, auténtico o imaginario, para hacer frente a los problemas de la vida de hoy.”¹⁸⁸ Y para refrendarlo, el mismo autor agregaba una cita de Benedetto Croce: “toda historia es historia contemporánea.” Con ello, entonces, la realidad se reduce al presente y en el presente no hay tiempo para desentrañar raíces. Mucho menos las del mito.

UNA AFRENTA DE TRES SIGLOS

Recuerdo que en la escuela básica mi profesor de historia nos hizo memorizar el himno nacional de Chile, de tal manera que debíamos recitarlo de principio a fin, las seis estrofas y el coro. Hasta donde puedo recordar, no me costó gran trabajo hacerlo y todavía hoy puedo recitar partes de él. Lo más importante, sin embargo, no fue eso, sino el hecho de recitar frente a la toda la clase el himno, sin entender una sola palabra de él. A los diez años no tenía mucho interés en comprender lo que podía significar la “lucha sangrienta,” o el por qué ya era “hermano el que ayer invasor.” Además, a nadie parecía importarle demasiado. Bastaba con recitarlo de memoria.

¹⁸⁸ Toynbee; p. 16.

Pero no fue el desconocimiento de su propio himno nacional entre mis compatriotas, algo que con los años fui constatando, lo que más llamó mi atención. (Muy pocas personas lo conocían y muy pocas también podían nombrar a sus tres autores.) Lo que sí atrajo mi atención fue de nuevo la idea de que cantábamos nuestro himno sin oír lo que decía. Sin comprenderlo. Y ello fue reforzando la idea de que la memoria (no el recuerdo) puede ser tan poderosa que, en ocasiones, suplanta a la comprensión. Más aún, es como si la aboliera. Creemos comprender, pero solo recitamos, entregando a la memoria un deber que está más allá de sus posibilidades.

El oficio de la memoria, decimos, suplanta a la comprensión y, por este expediente, el mito suplanta a la historia. La historia se vuelve la ocupación de unos pocos archiveros alucinados cuyos descubrimientos son como el de la curvatura en la base del Partenón, que todo el mundo sigue viendo igual de rectilínea. Algo que el escritor David Rieff deja entrever cuando se refiere a la relación entre la falda escocesa (*kilt*) y la tradición:

Eric Hobsbawm y Terrence Ranger han escrito sobre ‘la invención de la tradición,’ citando ejemplos como el kilt escocés, el cual, al parecer, fue sobre todo una creación de la imaginación romántica de Walter Scott y las opiniones pro unionistas con Inglaterra, y de la industria sombrerera de las tierras bajas de Escocia a principios del siglo XIX.¹⁸⁹

El mito (o el que los crea, como Ercilla) construye realidades que nunca existieron. Es el drama de don Quijote, que ya no puede ver la diferencia, pues su locura ha superpuesto los mundos –el imaginado y el real. O la de madame Bovary que se obliga a borrarla, pues anhela la realidad de la novela romántica y la vive ciertamente, aunque sin llegar a perder el seso por ello. De este modo, tanto la locura del uno como el estado de ensoñación de la otra, son equivalentes. Afirmar y negar son la misma cosa. “El manchego fue un inadapado a la vida por culpa de su imaginación..., y, al igual que [Emma Bovary], su tragedia consistió en querer insertar

¹⁸⁹ David Rieff; *Contra la memoria*; Barcelona; Random House Mondadori, S.A.; 2012; p. 35.

sus sueños en la realidad.”¹⁹⁰ Son reales, en cierto modo son más reales que la realidad que las produjo. Fue lo que llevó a decir a Flaubert que Madame Bovary era él; ¿otra manera de reflejar que el autor es desplazado por su obra y que lo único que resta es sumarse a ella so pena de desaparecer sin dejar rastro?

Pero era sobre todo a las horas de las comidas, cuando Emma no podía más, en aquella salita de la planta baja, con la estufa que humeaba, la puerta que rechinaba, los muros que rezumaban y la humedad del suelo; era como si en su plato le sirvieran toda la amargura de la existencia, y con los vapores de la sopa, le subían del fondo del alma como otras tantas vaharadas de hastío.¹⁹¹

¿Y qué eran esa amargura de la existencia y ese hastío, sino la constatación de que la realidad se ha agotado y ya no hace sino repetirse una y otra vez? “Las acciones que debieran emprenderse de una vez acaban por perder el rumbo, y dejan de llamarse acciones,” se dice Hamlet,¹⁹² cuestionando el sentido soporífero de una vida que excusa la inacción con la prudencia (*Thus conscience does make cowards of us all / And thus the native hue of resolution / Is sicklied o'er with the pale cast of thought*).¹⁹³ Si tuviese que trazar un paralelo con sus pares literarios, diría que Hamlet se siente anestesiado y furioso a la vez por lo que hoy llamaríamos corrección política, esto es, recurrir a la virtud para eludir el deber (en efecto, anegar una virtud con otra) de tener que actuar; a Hamlet es la lucidez la que lo enloquece, lo mismo que a Emma Bovary la consciencia del tedio; don Quijote, en cambio, abandona la lucidez y obtiene a cambio, no la locura, sino la realidad anhelada. Sin locura, no hay gigantes, no hay caballero de los espejos, no hay nada, solo el tedio de Bovary o la espeluznante indecisión de Hamlet.

¹⁹⁰ Mario Vargas Llosa en Gustave Flaubert; *Madame Bovary*; Madrid; Espasa Calpe S.A.; 2007; p. 103.

¹⁹¹ Flaubert; p. 138.

¹⁹² Tomado de *Hamlet*; III, 1; Internet; Sparknotes; <https://goo.gl/Zghwa7>; acceso: 20/9/2016.

¹⁹³ *Ibíd.*

Recapitulemos: el mito no solo nos mantiene alejados de la historia, se interpone con ella. Y no solo eso, sino que acabamos por preferirlo a la realidad. La historia real nos produce tedio, nos cansa. No queremos oír hablar de archivos, de actas, de cartas. No queremos sentir la angustia de un caso no resuelto, de un dictamen postergado. Más aún: no queremos las culpas compartidas, la zona gris, los vacíos. Queremos la diferencia y la polaridad, los extremos, la separación entre el “ellos” y el “nosotros,” la oposición clara y tajante. De allí el desinterés que mencionaba Toynbee, la indiferencia, el escaso atractivo de lo que bien pudo ser de otro modo..., aquel que trae consigo el estudio de la historia. Es mejor repetir que por “...tres siglos lavamos la afrenta / combatiendo en el campo de honor...,” antes que detenerse a pensar, como haría Sancho Panza (“¿Qué gigantes?”), que ni hubo afrenta, ni fueron tres siglos de “lucha sangrienta.” Los mitos invitan, como las sirenas, a escuchar un canto que conduce a la nada, pues lo que cantan es algo que nunca sucedió, que no es real, que no está. Mientras tanto, aquello que llamamos identidad, se va componiendo también; en ella se dan cita y se entretajan las hebras de la verdad y la ficción; y tal como en los números llamados complejos, que se componen de una parte real y de otra imaginaria, aquí también ocurre otro tanto: la identidad es un agregado de historias reales y ficticias, de verdades y mentiras, de esclarecimientos y de falsedades. De allí que en la suma final siempre habremos de suponer la presencia de cifras imaginarias.

LA IDENTIDAD

La identidad es un mecanismo individual y grupal que nos dice dónde empezamos y dónde terminamos. O de una manera más simple, nos dice quiénes somos, pero también —y de un modo muy especial— nos dice quiénes *no* somos. Y es quizá esta última, la mejor manera de comprender lo que ella es. La identidad nos dice que si clavamos un clavo en la pared, no nos va a doler como si nos lo claváramos en nuestro pie. Asimismo, la identidad es un mecanismo efectivo y, más aún, poderoso, porque

puede construir realidades como las puestas de sol o los arco iris y “convencernos” de que ellos están allí y de que son lo que son.¹⁹⁴ De aquí entonces que nuestra consciencia tenga una enorme capacidad para absorber como ciertas ideas equivocadas, tales como la de que la Tierra es el centro del universo y que todo él gira en torno de ella. O la de que el sol se “oculta” tras las montañas, se “esconde.” “En cuanto a la infinita variedad de la naturaleza,” dice Oscar Wilde por boca de uno de sus personajes, “eso es un puro mito. No hay variedad tal en la naturaleza. Reside en la imaginación, en la fantasía, o en la cultivada ceguera del hombre que la cultiva.”¹⁹⁵

Aquello que define la identidad en el individuo sigue un patrón idéntico en la colectividad. Las creencias de uno pueden contagiar a miles. Si uno puede ser víctima de sus propias ilusiones, lo mismo puede ocurrir con la sociedad o con el grupo humano al que ese uno pertenece. Si el individuo no se halla a salvo de los engaños a los que puede someterlo su mente, tampoco la sociedad. Y así, las personas, en tanto grupos de individuos, absorben igualmente esas imaginaciones y fantasías y se las toman por ciertas. Hay una realidad que viene dada por lo que las personas creen, esto es, hay realidades que existen porque se las cree y no al revés. En cuanto a la identidad, esos sistemas de creencias, como ocurre con la consciencia en el individuo, son los mecanismos que nos ayudan a separar el nosotros de ellos, a reconocer que lo que le pasa a un grupo – sea esto bueno o malo – no es lo que le pasa al grupo nuestro o sí lo es (y por lo tanto no es algo que le pase a otro grupo de individuos). Tal como existe un mecanismo cerebral que nos permite conocernos a nosotros mismos para saber que esta mano que escribe es nuestra y no de otro, así también sucede con el grupo. Nuestro cerebro ha desarrollado la capacidad de reconocer patrones familiares que nos permiten saber si el que está a nuestro lado pertenece o no a nuestro grupo;

¹⁹⁴ Algunas expresiones sobre la identidad las he extraído de John Searle; *Our shared condition – Consciousness*; Internet: Ted Talks; <https://goo.gl/tBcOAh>; acceso: 16/8/2016.

¹⁹⁵ Oscar Wilde; *The decay of lying an observation*; Create space Independent Publishing Platform; 2012; p. 2.

dicho de otro modo, nuestro cerebro posee la capacidad (igualmente poderosa) de fabricar y reconocer patrones culturales como propios o ajenos.

Ese vínculo que une o aglutina mentes individuales en redes familiares, de clanes, de grupos de clanes, de tribus, de grupos de tribus, de sociedades, etc., lo llamamos cultura. O mejor, cultura local. Una familia tan extendida como la humana, ha debido desarrollar esa especie de olfato mental que nos ayuda a diferenciar lo nuestro de lo ajeno. El hecho de que se trate de construcciones mentales queda ejemplificado en el hecho, bastante visible y evidente, de que las fronteras entre países no son sino esquemas mentales, pues las líneas que vemos en los mapas no están allí en la Tierra. Son artificios que sirven para cerrar estructuras grupales o de compromiso, creadas (o seleccionadas) por nuestra mente para ese fin. Tal como la consciencia nos dice qué somos y qué no somos, así también y de alguna manera, nuestro cerebro ha venido a dar con la manera de extender esta posibilidad al grupo. En otras especies funciona, me parece, de manera similar, pues ya puede el lector preguntarse qué ocurriría si un cardumen de atunes no fuese capaz de reconocer que navega entre ellos un tiburón blanco (algo a lo que, de paso, no le han dado ningún nombre) y que, por lo tanto, no pertenece al grupo. O que las gacelas no diferenciasesen como ajeno al león.

Este mecanismo de reconocimiento y de diferenciación (lo que soy y lo no soy) se vale, en el caso de los hombres, de patrones que no existen en la naturaleza (como las fronteras) y así entonces, los crea. De allí que los hombres llamen dinero y le asignen valor a un trozo de papel o llamen universidad a un conjunto de edificios¹⁹⁶ o Santiago a un abigarramiento de calles y edificios. Podría haber tenido cualquier otro nombre, pero se la conoce con ese y por lo tanto se incorpora en esos términos a la cultura local.

¹⁹⁶ Tomo este ejemplo de John Searle; ver nota *supra*.

Estos patrones, surgidos de la imaginación, se van dando en un grupo determinado hasta alcanzar cierta extensión. El poder de esta construcción mental es tan grande que dos personas de grupos diferentes no tendrán mayor dificultad en reconocer como propia o ajena la ciudad, la calle o el conjunto de edificios de que se trate. Tampoco tendrán inconveniente en compartir valores propios o ajenos y en reconocerlos como tales: historias, anécdotas, costumbres, comidas, bailes, etcétera.

Ahora bien, la autoestima juega un rol clave en el individuo. Sin una opinión elevada de uno mismo se está a merced de una serie de amenazas. “Nadie puede hacerte sentir inferior sin tu consentimiento,” sentenciaba Eleanor Roosevelt, y de eso se trata en cierto modo. La autoestima no depende del poder ni la riqueza, pues los hombres suelen tener una opinión elevada de sí mismos con independencia de estos factores. Con las sociedades ocurre lo mismo. Ideas como la del honor patrio son igualmente elevadas en un grupo o en otro, con independencia de factores como los mencionados. Basta asistir a un partido de fútbol entre selecciones nacionales para comprobarlo. No por nada, el dramaturgo irlandés George Bernard Shaw decía que el patriotismo es, fundamentalmente, una convicción de que un país en particular es el mejor en el mundo porque nosotros nacimos en él.

Pues bien, es aquí donde la cultura se da a sí misma, para usar una figura retórica, un perfil de identidad al cual concurren la geografía, la historia, la lengua, las obras, los símbolos, entre otros, de modo que se va formando la imagen – siempre algo difusa – de los que el grupo ve o piensa de sí mismo. Es natural que estos valores vayan siempre al alza, pues ningún grupo se considerará a sí mismo como cobarde, desleal o sinvergüenza. Sí es probable que un grupo vecino lo considere bajo estos supuestos, pero internamente el grupo se va a dar otros que serán siempre (o casi siempre) de este tipo, es decir, virtuosos.

Pues bien, es aquí donde entra Ercilla. Él escribió un poema, una ficción literaria fuertemente influida por un hecho real, pero que acabó siendo justo lo contrario, una realidad fuertemente influida por una ficción literaria.

CRIATURAS DEL PAÍS DE NUNCA JAMÁS¹⁹⁷

Alonso de Ercilla, creó y publicó una realidad inexistente (al menos parcialmente¹⁹⁸) y al hacerlo, al hacer realidad la publicación, hizo real la fantasía. Es decir, dio carta de ciudadanía a un mundo que no existió sino en sus versos. Aquí no hubo guerreros organizados en un Estado¹⁹⁹ ni mucho menos senados en los que se discutieran el curso o los asuntos de la guerra,²⁰⁰ pues a la llegada de los españoles el pueblo araucano era un conjunto de grupos²⁰¹ “que estaban saliendo de la edad de piedra y que además carecían de toda cohesión [por lo tanto] no estaban posibilitados de ofrecer una resistencia armada organizada y permanente.”²⁰² Si bien con el tiempo fueron adquiriendo algunas de las destrezas del conquistador, ello no cambia en nada el hecho de que se trataba de meros mecanismos de supervivencia comunes a todas las culturas. Si opusieron resistencia al invasor fue antes que nada por una cuestión instintiva que no es propia de ninguna latitud. “Los araucanos,” escribe Sergio Villalobos, “no eran una raza guerrera, porque no hay razas guerreras, sino que cada pueblo desarrolla habilidades bélicas o de cualquier otro tipo, urgido por necesidades momentáneas.”²⁰³ Todo lo demás fue creación de Ercilla, los discursos sobre la virtud, la autoridad y el prestigio de los caciques, los que “[r]ara vez tenían ascendiente,

¹⁹⁷ He tomado este título de Jonathan Gottschall; *The Storytelling animal. How Stories make us human*; First Mariner Books Edition; 2013; p. 177.

¹⁹⁸ No debemos olvidar la sentencia de Barros Arana al respecto, “...sus indicaciones [las de Ercilla] nos han sido muy útiles para fijar la verdadera cronología;” en ob. cit.; p. 206; n. 11.

¹⁹⁹ “Caciques, del Estado defensores, etc.,” Pehuén; p. 27.

²⁰⁰ “Celebraba con pompa allí el senado / de la justa elección la fiesta honrosa, etc.,” Pehuén; p. 31.

²⁰¹ En Álvaro Jara; *Guerra y Sociedad en Chile*; Santiago de Chile; Editorial Universitaria; 1971; p. 49. “Más justo sería hablar,” escribía Jara; “de sociedades o de grupos.”

²⁰² Jara; p. 51.

²⁰³ Sergio Villalobos et al.; *Relaciones fronterizas en la Araucanía*; Santiago de Chile; Ediciones Universidad Católica de Chile; 1982; p. 24.

aunque algunos se hacían respetar y eventualmente alcanzaban prestigio más allá de su levo.”²⁰⁴ Los nombres, la elección, la sucesión, las disputas entre los más bravos por hacerse del mando, sus rencillas (como las de Tucapel y Rengo y las de este con Orompello²⁰⁵) que los más fieros combates apenas conseguían postergar.²⁰⁶ Y hasta los mismos planes, que Ercilla nos hace creer que se trata de auténticas maniobras de largo alcance, estratégicas si se quiere, y que no pasaban de ser creaciones salidas de la mente de él. Con todo este haber en su cuenta, Ercilla hizo de esta latitud remota del Imperio, un campo de batalla formidable.

Chile se ganó la reputación de ser “el Flandes del Nuevo Mundo..., el palenque y estacada del más conocido valor en la América, así de parte del español en su conquista, como del araucano en su resistencia.” Esta cita es algo hiperbólica. La intensidad de la guerra en la Frontera disminuyó durante el siglo XVII y aún más durante el siglo XVIII. Un comercio fronterizo estable se había desarrollado: los mapuches aportaban ganado, caballos y ponchos a cambio de herramientas de metal, vino y diversos artículos manufacturados provenientes de Europa.²⁰⁷

La reputación de Flandes Indiano que había adquirido Chile — y en que se basa la cita precedente — proviene de la obra de Ovalle que sigue en esto a Ercilla.²⁰⁸ La influencia del poeta, en él como en otros autores, será decisiva. En otra parte de este trabajo he señalado la importancia del poeta para fijar, en palabras de Barros Arana, la cronología de la primera etapa de la Conquista. Aquí debo agregar su importancia como intérprete del ethos araucano, e incluso antes que como intérprete, como

²⁰⁴ Villalobos et al; pp. 24-5.

²⁰⁵ Ver Canto XVI y posteriores.

²⁰⁶ Ver Canto XXV.

²⁰⁷ Simon Collier, William Sater; *Historia de Chile, 1808 – 1994*; Madrid; Cambridge University Press; 1998; pp. 18-9.

²⁰⁸ “El segundo autor en importancia, a quien Ovalle debe información es Ercilla. De él dice: ‘No hay duda que abstrayendo de los hipérbolos y encarecimientos propios del arte poética todo lo histórico es muy conforme a la verdad.’ Este influjo se nota en los libros III y V de la *Histórica Relación*. En ocasiones cita sus versos, en otras prosifica el poema... Ovalle recibe de Ercilla un sentimiento épico que se advierte en sus narraciones de guerra, en la elevada concepción del indígena (que no es exclusiva suya) y en los aspectos de una educación un tanto espartana.” Tomado de Walter Hanisch; *El historiador Alonso de Ovalle*; Caracas; Universidad Católica Andrés Bello; 1976; p. 180; en www.memoriachilena.cl; acceso: 20/8/2016.

creador de ese ethos. Antes de Ercilla no había un Arauco como el que conocemos hoy y sin él tampoco hubiese existido. El Arauco que creemos ver es una ficción literaria de primera clase, una fantasía de la que Ercilla es perfectamente inocente, al menos en la medida en que debe serlo un creador como él y en pleno acuerdo con lo que formulara Oscar Wilde cuando dijo que toda poesía cuando es sincera es mala. No es la verdad lo que busca el poeta sino alcanzar la perfección por medio de la belleza. Lo que manda en el poema es una cuestión estrictamente estética. En la indagación histórica, en cambio, lo que manda es la verdad, no la belleza. Por eso, Góngora Marmolejo puede usar la palabra “huyó” para referirse a la retirada de Caupolicán en Millarapue y Ercilla, en cambio, no.

“Podrá no leerse mucho *La Araucana*,” escribe Alfonso Escudero, “pero es innegable que de ella arrancan los Galvarinos, Caupolicanes, Lautaros y las Fresias, Guacoldas, etc., con que nos topamos a cada momento.”²⁰⁹ Todos estos inventos ercillanos, elevados a la categoría de mitos nacionales, no hacen sino evidenciar que pese a las diferencias somos iguales a todas las sociedades y que no poseemos más humanidad que la que heredamos de nuestros antepasados. No somos hijos de dioses, sino que, como chilenos, provenimos de una mezcla que en la época de Ercilla apenas empezaba a aparecer. Los araucanos de *La Araucana* no eran chilenos, mucho menos los españoles que los combatieron.²¹⁰ De paso, en cuanto ambos grupos se fusionaron ya habían dejado de ser lo que fueron para dar paso a una sociedad nueva, la de los chilenos.²¹¹ Lo que la guerra no pudo extinguir lo extinguió la civilización que es inexorable en su avance. No solo fusiona los pueblos o los lenguajes, sino que también

²⁰⁹ Alfonso Escudero; p. 49.

²¹⁰ Fernando Casanueva recoge el siguiente testimonio del general (y futuro Presidente de Chile) Francisco Antonio Pinto: “Por primera vez leí en ese tiempo *La Araucana* de Ercilla, y nos reunimos en corrillo para saborear su lectura. No era porque gustáramos de las bellezas de su poesía (...) sino por las heroicas hazañas de araucanos y españoles, que las considerábamos como propias, por ser compatriotas de los primeros y descendientes de los segundos;” en *Indios malos en tierras buenas: visión y concepción mapuche según las elites chilenas (siglo XIX)*; en Gillaume Boccara (Editor); *Colonización, resistencia y mestizaje en las américas; siglos XVI y XX*; Lima – Perú, Ifea; Quito – Ecuador, Abya – Yala; 2002; p. 292.

las historias y los mitos, de modo que van y vienen préstamos provenientes de otras realidades, pues en tanto hombres, las pasiones, los rasgos esenciales que comprenden desde el vicio a la virtud y desde la pasión hasta la indiferencia más acusada, son exactamente los mismos.

Cuando se trata de nuestra cultura, todos habitamos el país de Nunca Jamás. “Los humanos,” escribe el profesor Jonathan Gottschall, “son creaturas del [país de] Nunca Jamás. Nunca Jamás es nuestro nicho evolucionario... Somos atraídos a Nunca Jamás porque, en conjunto, es bueno para nosotros. Alimenta nuestras imaginaciones; refuerza nuestra conducta moral; nos entrega un mundo seguro con el que jugar interiormente. La historia (story) es el pegamento de la vida social humana: define a los grupos y los mantiene unidos. Vivimos en Nunca Jamás porque no podemos *no* vivir en Nunca Jamás. Nunca Jamás es nuestra naturaleza. Somos [a fin de cuentas,] el animal que cuenta historias.”²¹²

Hay algo en La Araucana que no nos pertenece, pero a lo que recurrimos cada vez que nos preguntan quiénes somos o cuando escribimos discursos y poemas, cuando hacemos películas, cuando damos nombre a las calles o a las ciudades. En cierto modo, hay mucha más realidad en el pueblo de Ercilla, en la provincia de Malleco, en la Novena Región de Chile, que en el de Lautaro o el de Tucapel, pues no fueron estos los que crearon a aquel sino Ercilla el que los creó a ellos. Aunque, como sabemos, tanto es el autor el creador de la obra cuanto la obra lo es del autor. Qué sería del autor sin su obra. Mas de la obra sin el autor, qué duda cabe, no hay problema ninguno, pues bastará con llamarle Anónimo a ese desconocido, para que ella aspire a todo el reconocimiento que le sea debido. La obra no necesita del autor y hasta en ciertos casos, vivirá más que él, mucho más. Su realidad podrá llegar a ser total, tanto, que como *La Araucana* llegue a sustituir a la realidad misma, pero de esto

²¹² Gottschall; p. 177.

*El Mito Como Factor de Identidad.
De La Araucana de Alonso de Ercilla al Pastiche Mural
Por Sergio A. Rosales Guerrero*

ya hemos hablado lo suficiente y es hora de que emprendamos el camino de vuelta a la realidad, poniendo punto final a este ensayo.

EPÍLOGO. EL PASTICHE MURAL

No debiera repetir que *La Araucana* es un poema formidable, una obra que nos supera porque, a diferencia de muchas otras, ha dado a luz un pueblo. No debiera repetirlo, pero este es el epílogo y aquí debieran confluir todas las ideas en una sola frase que se quede con el lector y recuerde este tiempo perdido leyendo sobre épocas remotas y acabadas, pero al mismo tiempo gravemente presentes.

Hoy por hoy, los araucanos se encuentran asimilados a la población del país, que es producto del mestizaje entre españoles y aborígenes, esto es, habitantes de lo que hoy es Chile cuando se produjo la llegada del conquistador. Es decir, la mezcla abarcó a todos (o a gran parte de) los pueblos, hoy llamados originarios. Los chilenos del presente provenimos de esa amplia variedad, a la que con los años se fueron sumando nuevas y más variadas influencias.

Sin embargo, la ligereza con que en el uso cotidiano nos referimos al encuentro del español con el araucano, o más precisamente, del español con *la* araucana, ha ido escribiendo, no la historia, sino la memoria del pueblo chileno. Diría que ha monopolizado ese largo período que va de 1540 a 1810 y que es, con mucho, el período más largo de nuestra historia conocida.

En ese lapso, el conquistador entró en contacto *con* la población aborígen y *contra* ella. No solo la de los araucanos, sino que también y a su debido tiempo la de los atacameños, diaguitas y picunches –igualmente bravos y tenaces que sus

coetáneos de más al sur. Aquellos, señala Sergio Villalobos, mantuvieron por cuatro años a los conquistadores en “duros aprietos,” sorprendiendo, espiando y atacando, perdiendo el temor al caballo, “inundando los campos de batalla” mediante el desvío deliberado de canales de regadío “y, en fin, practicaron [también] la entrada sucesiva de masas de combatientes, táctica cuya invención se ha atribuido a Lautaro equivocadamente.”²¹³

Sin embargo, el recuerdo suele converger casi con exclusividad en el araucano. Este pueblo, que resistió más que otros, primero al conquistador y luego al colono, fue un obstáculo más duro de vencer, favorecido no solo por su menor grado de civilización y de organización, sino que también por la condición geográfica de la zona, perfectamente adecuada para sorpresas y asonadas, lo mismo que por los períodos de lluvias, por el tipo de alimentación, y por el número de sus gentes.²¹⁴

Ellos han monopolizado el pasado de nuestra edad heroica, hasta el punto de abolir —en la idea, al menos, de la masa de la población, no así en los historiadores, como los que aquí he citado— cualquier otra presencia y, con ello, los desarrollos, los avances logrados y hasta las lenguas en las que se comunicaron. El tema de nuestra edad heroica se volvió en algún momento araucano, quizá cuando Ercilla, profundamente afectado por una pena de amor, y maravillado al mismo tiempo por los relatos de cierto Jerónimo de Alderete, se convenció de venir a este lugar remoto y encantado, del que tanto parecía hablarse y del que tan poco se sabía.

A semejanza de todos los otros grupos, el araucano acabó asimilado por la sociedad nueva que emergía del encuentro de españoles y aborígenes, pero a diferencia de ellos, tuvo en Ercilla al poeta del que las otras carecieron. El logro

²¹³ Villalobos et al.; p. 27.

²¹⁴ Cf. Villalobos en *ibídem*.

estético del poema voló más alto que los hechos que lo produjeron. El mito reemplazó a la historia, volviéndose una suerte de *pastiche* de ella.

Este *pastiche*, como lo he llamado aquí, es por definición una imitación, ya sea del estilo o de la obra de alguien más. Pero también es un agregado de elementos tomados de trabajos diferentes, de allí que puedan encontrarse *pastiches* ya sea en la música, en la pintura, en el cine o en la literatura. No es la obra en sí, entonces, sino su remedo, su copia, su duplicación. El logro mayor de Ercilla —un logro probablemente no buscado— consistió entonces en volverse el objeto de imitaciones y farsas y, lo más importante, de fuente historiográfica, lo que viene a ser el mayor de los logros a los que puede aspirar cualquier creación del intelecto humano —esto es, el que las personas la crean cierta. Cualquier historiador menos atento que Barros Arana habría caído en la trampa de tomarse en serio todo el poema, algo que no resultaba completamente descabellado, puesto que Ercilla había transformado un conjunto de tribus neolíticas en una civilización de tipo griega, romana, o cartaginesa,²¹⁵ lo que en la dinámica del poema funcionaba perfectamente bien.

Creo que Ercilla siempre actuó de buena fe y no podía saber, por tanto, que su poema iba a volar tan alto, hasta el punto de que se le considere hoy día como la cumbre de la poesía épica renacentista en lengua castellana. Para entender las claves de su transformación en instrumento de sacralización del “Estado araucano,” es fundamental descomponer el poema y recoger solo aquellas octavas o aquellos nombres de personas o lugares que mejor encajen en el *pastiche*, olvidando que *La Araucana* es mucho más que eso, algo que el lector podrá comprobar si lee el poema, una tarea que no podría recomendar con más fervor.

Es de ella entonces, de *La Araucana*, que deriva el que quizá sea el mayor de todos los mitos, a saber, el de la identidad nacional. Si bien hay rasgos que son más

²¹⁵ Enciclopedia Británica; Internet: <https://goo.gl/8cgPmn>; acceso: 29/10/2016.

propios de unas sociedades que de otras, como el lenguaje, el hábitat, las costumbres, no se puede decir igualmente que algunas sean más bravas o belicosas que otras, pues todas lo son a la hora de defender lo que sienten como propio, especialmente cuando se ve amenazado. Así, ella es un compuesto de realidades y ficciones, de verdades y falsedades, que provienen todas de un venero llamado imaginación. Y la imaginación carece de un valor absoluto en tanto es propia de las personas y se manifiesta en cada una de manera diferente, si bien sobre la base de patrones más o menos comunes. La imaginación no es como la temperatura, que sí puede asimilarse a una realidad natural objetiva, como es la velocidad con que se mueven las partículas en el espacio. Pero a diferencia de lo que pasa con la ciencia de la termodinámica, la imaginación es capaz de crear realidades inexistentes en la naturaleza, para instalarlas en las mentes de las personas. Y Ercilla lo hizo. Y los que le siguieron fueron absorbiendo sus palabras, sus versos, escogiéndolos selectivamente, para oír una y otra vez que éramos algo así como una raza o un pueblo indomable (ver figura 8, más abajo).

Con ello, Colocolo, Lautaro, Caupolicán, Rengo, Tucapel, Fresia, Tegalda, y otros tantos más, seguirán poblando nuestra imaginación, irremediamente. Ercilla triunfó y pasó por encima de las actas, los documentos, las cartas, los testimonios, las crónicas, los estudios históricos – ya fueran más y menos profundos o extensos – las generaciones, los siglos, todo, hasta instalarse en lo que quiera que sea la imagen que un pueblo tiene de sí mismo.

Y esto, no es poco.



DIVERSAS MANIFESTACIONES DEL PASTICHE MURAL



Figura 6. Mural del Proyecto Villarrica denominado "Lautaro."²¹⁶

NOTA A LA FIG. 6: Pintura mural en la que se dan cita los elementos más recurrentes de la guerra de Arauco, con el aborígen en el centro y sometido a la acción violenta de españoles y chilenos.

²¹⁶ Tomado de Alapinta; Internet: <http://www.alapinta.cl/>; acceso: 29/10/2016.

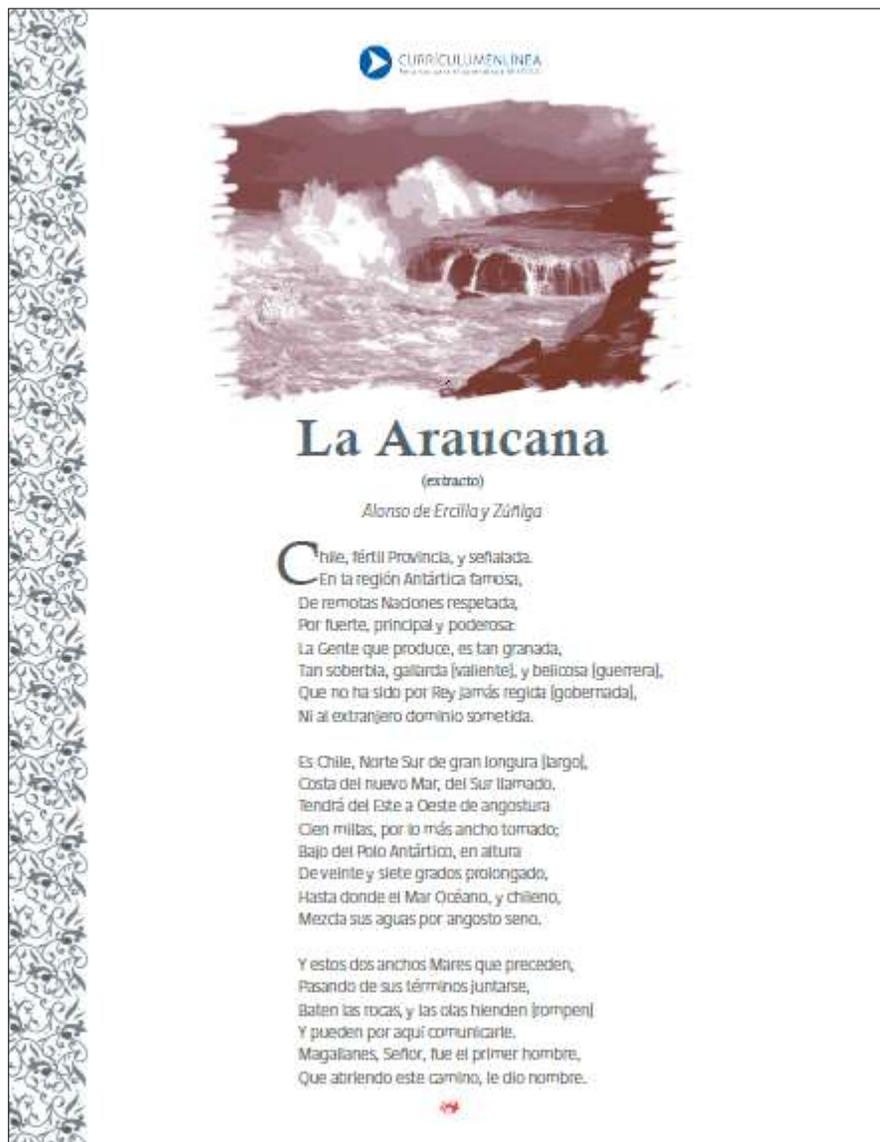


Figura 7. La Araucana, nivel 5° básico.²¹⁷

NOTA A LA FIG. 7: Fragmento de “La Araucana” en un texto para 5° básico. El mismo fragmento puede verse en la versión para 4° básico de la página siguiente (figura 8). En la descripción del MINEDUC se lee “Extracto del poema épico La Araucana que describe el territorio chileno.”

²¹⁷ Tomado de MINEDUC; Internet: Currículum en línea; <http://www.curriculumenlineamineduc.cl/605/w3-contents.html>; acceso: 29/10/2016.

LA ARAUCANA (fragmento)
Alonso de Ercilla
CANTO I (Fragmento)

Chile, fértil provincia y señalada
en la región Antártica famosa,
de remotas nociones respetada
por fuerte, principal y poderosa:
la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida.

Es Chile norte sur de gran longura,
costa del nuevo mar, del Sur llamado;
tendrá del leste a oeste de angostura
cien millas, por lo más ancho tomado;
bajo del polo Antártico en altura
de veinte y siete grados, prolongado
hasta do el mar Océano y Chileno
mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden,
pasando de sus términos, juntarse,
baten las rocas y sus olas tienden,
mas esles impedido el allegarse;
por esta parte al fin la tierra hieden
y pueden por aquí comunicarse:
Magallanes, señor, fue el primer hombre
que, abriendo este camino, le dio nombre.



Ilustración de Mariana Acosta

CURRÍCULUM EN LÍNEA 1

Figura 8. La Araucana, nivel 4° básico.²¹⁸

NOTA A LA FIG. 8: Fragmento de “La Araucana” en un texto para 4° básico. El mismo fragmento puede verse en la versión para 5° básico de la página precedente. En la descripción del MINEDUC se lee esta vez “Poema sobre las características de Chile y *su pueblo indomable*.”

²¹⁸ Tomado de MINEDUC; Internet: Currículum en línea; <http://www.curriculumenlineamineduc.cl/605/w3-article-23753.html>; acceso: 29/10/2016. (La cursiva es mía.)

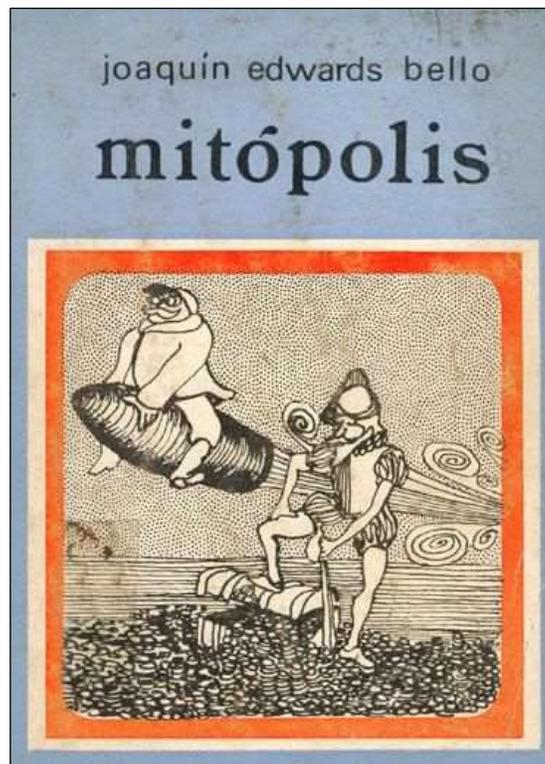


Figura 9. Mitópolis, de Joaquín Edwards Bello.²¹⁹

NOTA A LA FIG. 9: Mitópolis es una obra del escritor chileno Joaquín Edwards Bello, consistente en un conjunto de crónicas escritas entre 1965 y 1967. “En ellas denuncia la tendencia criolla de tergiversar la verdad... [Así,] el autor se encarga de desbaratar los mitos... respecto de figuras como Caupolicán [y] Colo Colo.” (Tomado de Memoria Chilena).

²¹⁹ Tomado de Memoria Chilena; Internet: <https://goo.gl/Th05nF>; acceso: 29/10/2016.



Figura 10. Estatua a Caupolicán de Nicanor Plaza.²²⁰

NOTA A LA FIG. 10: Escultura de Nicanor Plaza. La discusión sobre el carácter de la misma permanece abierta; lo cierto es que ni la anatomía ni los atuendos (penacho de plumas y aros) corresponden a los propios de un araucano, por lo que originalmente bien pudo haberla creado su autor con otro fin distinto del que se le dio. Hay versiones que atribuyen el original a un piel roja y otras al “último de los mohicanos.” En un texto vigente de quinto básico se lee, al pie de la misma imagen, “*Lautaro* fue un destacado toqui araucano...”

²²⁰ Imagen e información en Urbatorium; Internet: <https://goo.gl/sQyC2N>; acceso: 29/10/2016. (La cursiva es mía.)



Figura 11. Monumento a Caupolicán en Temuco.²²¹

NOTA A LA FIG. 11: Escultura de José Troncoso Cuevas, en Temuco, que representa la prueba que debió sortear el cacique araucano para que el “senado” lo nombrara “capitán general,” (Canto II, e. 51). La carga del tronco por dos días y dos noches es una figura surgida de la imaginación del poeta.

²²¹ Tomado de Wikipedia; Internet: <https://goo.gl/Fssqgj>; acceso: 21/10/2016.



Figura 12. Señalética en lengua mapuche en la Biblioteca de Santiago.²²²

NOTA A LA FIG. 12: Incorporación de la lengua mapuche en una señalética de la Biblioteca de Santiago. La escritura misma fue desarrollada por los conquistadores, particularmente por los preladados que buscaban facilitar la propagación de la fe católica; la primera gramática data de 1903. Con todo, la presencia casi exclusiva de esta lengua en organismos oficiales, no contempla otras como la aimara, la quechua y la rapanui o pascuense.

²²² Diario El Mostrador; Internet: <https://goo.gl/pWfgPr>; acceso: 29/10/2016.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS.

1. Diego Barros Arana; *Historia General de Chile*; Santiago; Editorial Universitaria; 2000; Tomos I y II.
2. Gillaume Boccara, Ed.; *Colonización, resistencia y mestizaje en las américas; siglos XVI y XX*; Lima - Perú, Ifea; Quito - Ecuador, Abya - Yala; 2002.
3. Miguel de Cervantes; *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*; México, D.F.; UTEHA; 1961.
4. Simon Collier, William Sater; *Historia de Chile, 1808 - 1994*; Madrid; Cambridge University Press; 1998.
5. Francisco A. Encina; *Historia de Chile*; Santiago; Sociedad Editora Revista Ercilla Ltda.; 1983; T. II.
6. Francisco A. Encina; *La literatura histórica chilena*; Edición, prólogo y notas de Alfredo Jocelyn-Holt L.; Santiago de Chile; Editorial Universitaria; 1997.
7. Alonso de Ercilla; *La Araucana*; Santiago de Chile; Editorial Andrés Bello; Tercera Edición - 2005.
8. Alonso de Ercilla y Zúñiga; *La Araucana*; Santiago de Chile; Pehuén Editores; 2001.
9. Alonso de Ercilla y Zúñiga; *La Araucana*; México D.F.; Editorial Porrúa; 2006.
10. Gustave Flaubert; *Madame Bovary*; Madrid; Espasa Calpe S.A.; 2007.
11. Joshua Foer; *Los desafíos de la memoria*; Madrid; Paidós; 2012.
12. Cristián Gazmuri R.; *Historiografía chilena*; T. I.; Santiago de Chile; Aguilar Chilena de Ediciones S.A.; 2006.
13. Michael Gazzaniga; *¿Quién manda aquí?*; Madrid; Paidós; 2012.
14. Michael Gazzaniga; *El pasado de la mente*; Santiago de Chile; Andrés Bello; 1998.

15. Alonso de Góngora Marmolejo; *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado*; Estudio, edición y notas de Miguel Donoso R.; Santiago de Chile; Editorial Universitaria; 2015.
16. Jonathan Gottschall; *The Storytelling animal. How Stories make us human*; First Mariner Books Edition; 2013.
17. Walter Hanisch; *El historiador Alonso de Ovalle*; Caracas; Universidad Católica Andrés Bello; 1976.
18. Homero; *Odisea* - versión de Carlos García Gual; Madrid; Alianza Editorial; 2013.
19. Bruce M. Hood; *Supersense. Why we believe in the unbelievable*; New York; Harper Collins Publishers; 2009.
20. Álvaro Jara; *Guerra y Sociedad en Chile*; Santiago de Chile; Editorial Universitaria; 1971.
21. Jacques Lafaye; *Los Conquistadores*; México D.F.; Fondo de Cultura Económica; 2000.
22. Pedro Mariño de Lobera; *Crónica del Reino de Chile; en Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*; Tomo VI; Santiago de Chile; Imprenta del Ferrocarril; 1865.
23. José Toribio Medina; *Vida de Ercilla*; México D.F.; Fondo de Cultura Económica; 1948.
24. Friedrich W. Nietzsche; *El origen de la tragedia*; México D.F.; Editorial Porrúa; 2006.
25. Pedro de Oña; *Arauco Domado*; Edición crítica de la Academia de la Lengua; Anotada por J. T. Medina; Santiago de Chile; Imprenta Universitaria; 1917.
26. Mario Orellana R.; *Chile en el siglo XVI. Aborígenes y españoles, el proceso de aculturación*; Santiago de Chile; Librotecnia Editores; 2005.
27. José Ortega y Gasset; *Obras Completas - El Espectador*; Madrid; Alianza Editorial - Revista de Occidente; 1983.
28. Edgar Allan Poe; *Narraciones extraordinarias*; México, D.F.; Editorial Porrúa; 1997.
29. Robert M. Price; *The reason driven life*; New York; Prometheus Books; 2006.

30. Julio Retamal A.; *La cultura colonial*; Santiago de Chile; Editorial Salesiana; 1980.
31. David Rieff; *Contra la memoria*; Barcelona; Random House Mondadori, S.A.; 2012.
32. Jorge Román-Lagunas, Ed.; *Don Alonso de Ercilla, inventor de Chile*; Santiago de Chile; Ediciones Nueva Universidad - Universidad Católica de Chile © 1970; Editorial Pomaire © 1971; 1971.
33. Michael Shermer; *The believing brain: From spiritual Faiths to Political Convictions*; London; Constable & Robinson Ltd.; Kindle version; 2012.
34. Arnold Toynbee; *Los griegos: herencias y raíces*; México, D.F.; Fondo de Cultura Económica; 1995.
35. Sergio Villalobos et al.; *Relaciones fronterizas en la Araucanía*; Santiago de Chile; Ediciones Universidad Católica de Chile; 1982.
36. Sergio Villalobos; *Historia del pueblo chileno*; Santiago de Chile; Empresa Editora Zig Zag; 1983.
37. Oscar Wilde; *The decay of lying an observation*; Create space Independent Publishing Platform; 2012.

INTERNET.

1. Archivo Nacional de Chile; <http://www.archivonacional.cl/616/w3-channel.html>
2. Bible Gateway; <https://www.biblegateway.com/>
3. Enciclopedia Británica. <https://www.britannica.com/>
4. Goodreads; <https://www.goodreads.com/>
5. Memoria Chilena; <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-channel.html>
6. Nueva Imperial; <http://www.nuevaimperial.cl/>
7. Persee; Fernando Casanueva; *Crónica de una guerra sin fin: La "Crónica del reino de Chile" del capitán Pedro Mariño de Lobera*; <https://goo.gl/EOTtyy>

8. Sparknotes; William Shakespeare; *Hamlet*; III, 1; <https://goo.gl/Zghwa7>; acceso: 20/9/2016
9. Ted Talks; John Searle; *Our shared condition - Consciousness*; <https://goo.gl/tBcOAh>; acceso: 16/8/2016.
10. Wikipedia; https://en.wikipedia.org/wiki/Main_Page

DIARIOS

1. El Mostrador; Biblioteca de Santiago integra señalética en mapudungun; Internet: <https://goo.gl/pWfgPr>; acceso: 29/10/2016.
2. The Telegraph; Phil Stone; *Richard III: A hero maligned by Shakespeare*; 21/3/2015; en <http://goo.gl/Fvdsqt>; acceso: 3/4/2016.

OTROS RECURSOS.

1. *Divergent*; Dir. Neil Burger; EE.UU.; CA: Lionsgate; 2014.